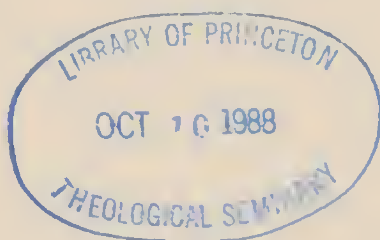
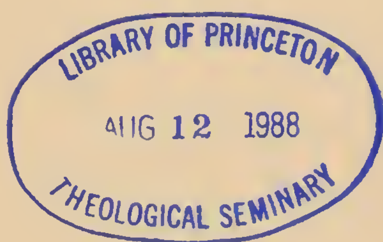

LIBRARY OF PRINCETON
OCT 10 1988
THEOLOGICAL SEMINARY


VICENTE MARIA BERNADOT O. P.
LA ORDEN DE PREDICADORES



EDICIONES
CAN Y ANTORCHA

Los propásitas que guían a los editores de esta colección na san otros que los de dar a canacer, particularmente ol público católico de los naciones americonos de hablo española, el espíritu y las realizacianes de lo Orden de Predicadores.

En Colombia de modo especial, y no obstante la abra incomparablemente fecunda y sabremodo benemérita que ha llevodo a términa la Orden de Santo Daminga desde el primer momenta de la Conquista hasta las días que corren, es relativomente poca la que se sabe acerco de su índole, de sus tradicianes, de sus arígenes, de su carácter específico, de sus contribuciones admirables al progreso espiritual de las generacianes.

La canvicción de que uno serie de obras suficientemente atractivas por la importancia del tema, la autoridad de sus autores y la sinceridad y el afán apastálico de sus conclusiones, puede remediar este vacío injustificoble, ha impulsodo a la Hermandad de Sonto Tomás de Aquina, de la Orden Tercero de Santa Dominga, can sede en Bogotá, o iniciar estas ediciones en la canfianza de que el Señar, a cuyo servicio se encaminan todos los pensamientas de esta familia religiasa, bendecirá el esfuerzo y hará que fructifique en el corazán de los hambres de buena voluntad.

LA ORDEN DE PREDICADORES

CAN Y ANTORCHA

Hemos escogido el nombre de **Can y Antorcha** como emblema o símbolo de las ediciones que con este volumen se inician, para revivir de tal modo una de las más bellas tradiciones de la vida de Santo Domingo de Guzmán, que narra así el Beato Jordán de Sajonia: "A su madre, antes que lo concibiera, se le mostró en visión que llevaba en su vientre un cachorrillo con una tea encendida en la boca y que al salir de sus entrañas prendía fuego a todo el mundo; con lo cual se prefiguraba que el hijo que había de concebir sería predicador insigne que, con el ladrido de su santa palabra, excitase a la vigilancia a las almas dormidas en el pecado y llevase por todo el mundo aquel fuego que Jesucristo vino a traer a la tierra."

VICENTE MARIA BERNADOT, O. P.

LA ORDEN DE PREDICADORES

Fue hecho esta versión castellana por varios miembros de la "Hermandad de Santo Tomás de Aquino" de la Orden Tercera de Sonto Domingo.



BOGOTA

DECLARACION:

El autor declara que quiere conformarse enteramente a los decretos del Papa Urbano VIII. Al darles el título de Santo o de Beato a ciertas personalidades cuyo culto todavía no ha sido reconocido por la Iglesia, no tiene la intención de anticiparse a las decisiones de la Santa Sede en esa materia.



SANTO DOMINGO DE GUZMAN

Reconstrucción científica de su rostro
por F. Frassetto y Carlos Pini, Bolonia

(Tomado de la obra "Santo Domingo de Guzmán", de la Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, MCMXLVII)

A LA SANTISIMA VIRGEN DEL ROSARIO,
REINA Y PATRONA DE LA ORDEN
DE PREDICADORES.

NIHIL OBSTAT

Fr. Manuel J. Bonilla, O. P.
Dr. S. Th.

Fr. Juan J. Díaz Plata, O. P.

IMPRIMATUR

Fr. Juan B. Nielly, O. P.
Prior Provincial de Colombia

IMPRIMATUR

† *Luis Pérez Hernández*
Obispo Auxiliar de Bogotá

PROLOGO PARA LA EDICION CASTELLANA

Santo Tomás de Aquino coloca la Orden de los Hermanos Predicadores entre las familias religiosas apostólicas. El dominicano, como el Apóstol, como Cristo-Jesús, junta en su vida la contemplación a la acción: Contemplari et contemplata aliis tradere. *Si es verdad, como lo dice el Evangelio, que la boca habla de lo que en el corazón abunda, existe un problema central que se presenta desde siempre a la inquietud del apóstol: ¿Cómo estar en el mundo sin pertenecerle? ¿Cómo sentir las necesidades de los hombres, nuestros hermanos; cómo hablarles en un lenguaje que puedan comprender; cómo participar de sus angustias... y al mismo tiempo mantener las miradas profundamente fijas en Dios, hablarle a Dios en la intimidad del corazón, vivir únicamente de El?*

Se presentan dos soluciones, ambas fáciles por lo extremas: O bien volverle la espalda deliberadamente al mundo, abandonarlo a su miseria, para no cuidarse más que de la propia alma; o bien entregarse totalmente al mundo, y quizás bajo el especioso pretexto de dejarse devorar por las almas, agotarse en la agitación humana, en un apostolado que arriesga a no ser más que una propaganda y un proselitismo.

¿Qué sacerdote, qué cristiano consecuente, no sabe lo que es esta lucha interior? Sobre todo en nuestra época, libertada al fin del complejo de inferioridad a que la había reducido la reacción anti-protestante, el laicado cristiano, bajo la voz de los Pontífices, impulsado por los pastores, adquiere conciencia de sus tremendas responsabilidades para con la Iglesia. El dilema contemplación-acción se ha hecho más angustioso.

Además, estos verdaderos cristianos del siglo XX son hijos de su tiempo. Gentes precisas, enemigas de lo superfluo, pertenecen a la edad de la arquitectura escueta, de la historia exacta, de las relaciones directas. Piensan que toda grandeza y toda belleza deben brotar espontáneamente de la belleza y de la grandeza de la verdad. Hasta su misma plegaria busca despojarse de cierto verbalismo con que en otros tiempos se la complicaba. Como lo ha dicho un hombre eminente, los hombres de hoy, no quieren rogar extensa sino intensamente: Nolunt orare multa sed multum. *¿No estamos comprobando en la Iglesia Universal un "retorno a las fuentes", una marcada predilección por las oraciones antiguas, tan ricas de sentido teológico, tan penetrantes en su concisión que dejan el alma como impregnada, ardida del amor de Dios y de los hombres?*

Esta sobriedad señalada es la resultante de una más clara visión de la inteligencia. En efecto: el hombre moderno, aun dentro del propósito de una vida interior más intensa, en manera alguna pretende re-

negar de las conquistas morales de su época. Está prendado de la libertad, se siente aún más "entre las manos de su propio consejo"; cualquier forma de servidumbre le pesa, así sea con la promesa de un enriquecimiento espiritual. Cuántos conductores de almas han comprobado esta aversión para todo esquema de meditación estereotipada, y ese deseo de levantar una vida de oración sobre fundamentos doctrinales que permitan, a la luz del espíritu, dirigir personalmente su vida. Las almas interiores quieren disfrutar de la espontaneidad de "Aquel que conoce a su Amigo". De aquí un nuevo problema: no ir a perder nada de las conquistas de la moderna inteligencia; reaccionar contra un dogmatismo desecador y disolvente.

Tales aspiraciones del hombre de nuestro tiempo explican, talvez paradójicamente, el benéfico retoñar de antiguas Ordenes religiosas, y especialmente de la de Santo Domingo. Algunos han podido encontrar desueta, en ciertas épocas, su adhesión a las formas monásticas de la vida religiosa, y a nombre de modernas exigencias han podido calificar de caducas su tradición litúrgica, su consagración a los estudios teológico-escolásticos y hasta las observancias de su Regla. Y sin embargo, cuantos visitan nuestros claustros y se ponen en contacto con nuestra tradición, se maravillan de sentir tan cerca de sí a esos hombres del medioevo. Allí donde sin duda pensaron aspirar un hálito de siglos fenecidos, descubren precisamente algo que el alma ansiaba, a veces con angustia; y entonces nos han pedido que les revelemos el secreto.

Ese secreto de siglos no podríamos revelarlo en mejor forma que presentando este libro a las almas de buena voluntad. Es la obra de un religioso que ha vivido intensamente antes de escribirlo.

*
* *

El padre Bernadot murió el 25 de junio de 1941 a los cincuenta años de edad. Por sus orígenes campesinos que tanto amaba recordar, está arraigado en la más vieja tradición de esta raza francesa idealista y positiva a la vez, y que según el común decir, mantiene los pies sobre la tierra; raza cuyas gentes sencillas, de pocas palabras, preguntan; "¿Bueno, y qué se hace?"; raza en que el verso del clásico "¿La fe que no elabora, será una fe sincera?" pasó derecho a convertirse en proverbio.

Al leer esta vida en que se conjugan sin esfuerzo una alta experiencia mística, expuesta con sobriedad constante, y una actividad digna de hombre de negocios, no puede menos que recordarse a la Santa Teresa de "Las Moradas", que fue al mismo tiempo la restauradora infatigable del Carmelo.

La etapa decisiva de la vida del padre Bernadot es la de su ordenación sacerdotal: será un apóstol...: "Los Santos Padres han conmovido en todo tiempo a las almas pecadoras, y han guiado las otras hasta las alturas." Se entregará a Dios: "El corazón puro es aquel en que Dios se ha extendido con tal abundancia que no ha dejado sitio alguno para otra cosa extraña." Esta doble exigencia de su alma lleva al

abate Bernadot a dar un paso más. Párroco diocesano, será religioso, y religioso dominicano. El 28 de junio de 1910 escribe a un miembro de familia: "En lo que a mí respecta, te equivocas completamente al pensar que fácilmente voy a hacerme benedictino. ¡Oh no! Con todo y lo que admiro a esa Orden, el Buen Dios me ha puesto en el alma una vocación distinta. Monje y apóstol. Monje para ser apóstol: ser santo para formar santos."

Bien pronto la enfermedad le impone reposo. Aprovecha la inacción y la soledad para escribir un pequeño y notable tratado de vida interior: De la Eucaristía a la Trinidad. *La obrita alcanzará el mismo tiraje de las novelas francesas más célebres: cerca de doscientos mil ejemplares. Ha sido traducida a todos los idiomas.*

Después de la primera guerra mundial, el padre Marie-Vincent inaugura, con la fundación de La Vida Espiritual, *la acción apostólica a que el Buen Dios lo destina. La amplitud de su apostolado llega en breve a ser tal, la tarea material tan poderosa, que intranquilizan al contemplativo: "Sólo confío en la misericordia del Señor, pues todo lo he hecho para eludirme de esta actividad exagerada, pero en vano... Esa es mi desdicha. Los santos permanecen tranquilos en la acción y saben hacer de ella la prolongación de sus contemplaciones..."*

A pesar de todo —y en ello se revela la seguridad de su doctrina espiritual, muy lejos de las sospechosas exaltaciones de la sensibilidad— confía en que

"también ello contribuirá a alimentar el alma, ya que esa es la voluntad de Dios". Profundizando en ese surco encontrará su equilibrio espiritual: "A Dios corresponde disponer de nuestra vida, y debe ser para nosotros un júbilo el que lo haga en forma tal que sólo podamos responder con un acto de fe. Asumir el sacrificio, vivir de esfuerzo y de contrariedades; emplearse en el servicio del prójimo: todo eso es justo, lleno de gracia. Aceptarlo con alegría es una obra de religión." Y más tarde: "Sólo hay una santidad verdaderamente auténtica: la que se despliega conforme a la Voluntad Divina, tomando por base el renunciamiento total, la mortificación y el olvido de sí mismo. Las obras son la prueba de que los sentimientos no son una ilusión. No hay ilusión posible en el propio olvido para poder cumplir con el deber. La dificultad radica entonces en no ir a sacrificar la necesaria contemplación; en encontrar el medio de conciliar la contemplación y la acción y en no abandonar a Dios por ocuparse de las criaturas... Para mí, es esta confianza en la Providencia, la que me da un poco de fortaleza. Yo disfruto, no diré que de alegría, pero sí de una paz que me defiende de inquietudes."

Entre tanto su vida se orienta, el instrumento está listo. El padre Bernadot pone al servicio de la gloria de Dios sus extraordinarias dotes de organizador, y esparce sobre sus hermanos las luces de la contemplación. Es entonces cuando funda La Vida Intelectual (1928). Seis años más tarde se deja sentir

la necesidad de difundir más ampliamente las ideas de la revista, y lanza un importante hebdomadario: Sept. *Le anima la pasión de proyectar sobre las ideas, sobre los hombres y sobre los acontecimientos, la luz del Evangelio; abarcar el mundo, la actualidad, el presente y el porvenir, con una mirada* simplemente cristiana. *Sobradamente se sabe lo que son las servidumbres de la vida de periodista, de editor, de publicista, para medir qué intensidad de vida interior exige del padre una dispersión como la suya. Pero en las obras se evidencia el espíritu que las anima. Querer guardar ante el mundo una actitud rigurosamente cristiana, esquivarse a toda presión de la carne y de la sangre, es empresa de heroísmo. A despecho de los ataques, por sobre dificultades económicas que pudieran inducirlo a compromisos, su ideal se mantiene intacto.* La Vida Intelectual *Dios la propicia; ¿no ha sido fundada, acaso, por la expresa orden de Pío XI? Allí librará el buen combate, aunque tenga de quedarse solo, aunque sus propios hermanos lo desaprueben y se le separen. Esa alma iluminada por el espíritu es hija de la verdad. El padre Bernadot detestaba el fariseísmo tanto como la injusticia; despreciaba la ambición humana tanto como la cobardía. El silencio de los ministros de Dios frente a los desórdenes sociales lo consideraba como una traición, todo compromiso le indignaba. El "predica opportune et importune"; el "caritas Christi urget nos" de San Pablo, lo animaban sin cesar. Sabía que el heraldo del Señor suele ser un profeta de verbo rudo...*

Con toda energía, sin vacilar un punto, el padre sabía "practicar la abertura" —como él mismo lo llamaba— en el muro de la indiferencia y de los prejuicios en que se atrincheran no sólo los incrédulos sino todos aquellos que, con rótulo de católicos, carecen sin embargo del espíritu de Dios. Los representantes patentados del conformismo, los amigos del "orden establecido" no podían perdonarle que les perturbara su muelle quietud, ni el que les recordara la tragedia de la Cruz y la radical oposición entre el espíritu del mundo y el espíritu de Jesús.

'Qué alegría fue para el padre Bernadot el haber podido escribir poco antes de su muerte: "Mi vida entera ha estado al servicio de la Iglesia y del Pontífice Romano. No he tenido otro anhelo más profundo que el de emplear todas mis fuerzas al servicio del Cuerpo Místico de Cristo, y de Aquel a quien Santa Catalina de Sena nos enseñara a llamar "el Dulce Cristo de la tierra".

¿Pero su temperamento nervioso, su vibradora sensibilidad cómo hubieran podido evitar el cruel sufrimiento de los ataques dirigidos contra su obra? A fines de 1937, cuando juzgaba su empresa arruinada para siempre, dejó desbordarse el dolor de su alma en las preciosas páginas de su Nuestra Señora en mi vida. *Es a la Virgen a quien dirige su última mirada:*

"Nuestra Señora —escribe— nos enseña una cosa muy difícil: saber sufrir por el prójimo. Cuando el sufrimiento nos viene directamente de Dios, lo corriente es que lo aceptemos. La dificultad resulta

muy más considerable cuando es el prójimo quien nos carga con la cruz. Y hay casos en que la prueba es peor todavía. No son sólo los enemigos de Dios quienes se nos atraviesan en la vida; también la gente buena suele alzarse contra nosotros. Separaciones muy duras, las incomprensiones, una severa interpretación de nuestros actos, la pública reprobación, la tacha de dañino a nuestro celo, y de peligrosos para nuestros proyectos. Una mirada hacia Nuestra Señora nos conforta. Ella también va por nuestra senda. ¿No fue Ella, acaso, la madre de un negado por los suyos, de un calumniado, de un hombre acosado por los sabios de su tiempo, por los príncipes de los sacerdotes?"

Como el Divino Maestro a quien tanto amara, el padre Bernadot debía acabar su vida en una Cruz. Su obra, aparentemente aniquilada; abandonado de tantos que se dijeron sus amigos, viendo la Patria pisoteada por un invasor que pretendía dividirla y arrebatarle su alma... murió sin haber visto amanecer el día de la liberación, sin haber podido ser testigo del renovado y magnífico ímpetu de su labor.

*
* *

Se comprende ahora por qué ninguno de nuestros hermanos hubiera podido presentar con más autoridad la vida dominicana. Vida de plegaria y de estudio, de oración y de acción, vida de luminosa piedad —según las palabras de Cristo a Santa Catalina de Sena— y de austera penitencia.

Este libro —de ello estamos seguros— tendrá bue-

na acogida entre los lectores de lengua española. Su mensaje nos parece especialmente esperado en esta tierra de Colombia, tierra espiritual, tierra de creyentes, tierra de generosidad y de entusiasmo, tierra de apóstoles, vasto campo donde mañana granará una próvida cosecha. Y quizás para algunos este libro constituya un signo orientador...

Sobre la provincia dominicana de Colombia, de tan glorioso pasado, se proyectan sombras ilustres. Ningún hijo de este país podrá olvidar que la mayor parte de sus libertades, de su fe y de su cultura, se la debe a los hijos de Santo Domingo de Guzmán. Hacer la historia de Colombia es hacer la de la Provincia de San Antonino. Los hermanos de San Luis Beltrán, de fray Domingo y fray Bartolomé de las Casas y de tantos más no pueden renunciar ni jamás lo podrán a ese cuantioso pasado de gloria. Como sus padres, testigos y defensores de la fe, los Frailes Predicadores no tienen sino una ambición: el conocimiento de la verdad y su servicio.

Cuando va cayendo la noche, y con el silencio de la tierra la paz del alma va envolviendo los corazones y los reposa en la sinceridad, ellos alzan en coro vesperal a Aquella que los acoge bajo su manto, el clamor de su deseo único: ET JESUM BENEDICTUM, FRUCTUM VENTRIS TUI, NOBIS OSTENDE.

FR. JUAN BAUTISTA NIELLY, O. P.
Prior Provincial de Colombia.

Bogotá, 8 de julio de 1948
Fiesta de la Reina de Colombia.

¡PARA VOSOTROS, JOVENES!

Este libro es para vosotros, jóvenes.

Gracias a Dios hoy, como antiguamente, el ideal de la vida religiosa atrae a los más puros y más generosos de entre vosotros. Son numerosos los jóvenes que con el propósito de hacer su destino lo más noble y útil posible sienten en su corazón palpitar el deseo de la vida perfecta y creen oír el llamamiento dirigido antiguamente al joven príncipe del Evangelio: *Vende todo lo que posees, ven y sígueme.*

Pero muchos, aunque sienten que este estado religioso supera todo otro, no poseen de él sino un conocimiento demasiado vago y no tienen a su alcance el consejero desinteresado que les revele la belleza austera y fecunda de aquel estado: una de las desgracias de nuestro tiempo es que algunos de aquellos a quienes la Providencia ha llamado para dirigir la juventud cristiana la apartan, bajo pretextos diferentes, de la vida religiosa, propuesta sin embargo por Dios mismo a los corazones generosos como el ideal más perfecto. De aquí que haya tantas vidas frustradas e infecundas.

A la hora decisiva en que vuestra carrera se orienta para siempre, este librito quisiera ayudaros, haciendoos conocer mejor este ideal propuesto por Nuestro Señor Jesucristo y la manera como ha tratado de

realizarlo una de las grandes Ordenes que, a juicio de la misma Iglesia, más estrechamente se ha aproximado a El.

Os lo ofrecemos con confianza. Primero, porque os invita a lo que puede haber de más grande en el mundo: la vida religiosa y el apostolado; el apostolado que tiene su fuente en las íntimas energías de la vida religiosa. Y es cosa admirable en la Iglesia que se pueda siempre conmover al más humilde de los jóvenes, con tal que ame a Dios, proponiéndole grandes ideas y nobles empresas.

Así, pues, estas páginas no exponen una teoría en el vacío sino una concepción de la vida que ha sido ya probada. Siete siglos atestiguan su eficacia. Una multitud de santos, de mártires, de grandes hombres declaran deberle su santidad y su valor. Nosotros no hacemos sino repetir lo que ellos afirman de ella: *Quod scimus loquimur, quod vidimus testamur.* (Decimos lo que sabemos, atestiguamos lo que hemos visto.)

A cada uno ha fijado la Providencia su lugar. En el universo toda criatura tiene su finalidad: en la ardiente contienda de las almas, todos tenemos que cumplir con una tarea, una misión de luz y de redención. Conocerla es gracia grande; cumplirla, nuestro primer deber. Para ayudaros a comprenderla se os ofrecen estas páginas. Lo que dicen ha sido vivido.

Quizá vosotros sois de éstos a quienes Dios llama a lo que Clemente de Alejandría denominaba "la obra regia de la redención de las almas".

Leed y, ante Dios, pensad...

LOS ORIGENES DOMINICANOS

PRIMEROS ORIGENES

Los primeros orígenes de la Orden de los Predicadores se remontan al año de 1203.

Durante el verano de este año el rey de Castilla, Alfonso IX, mandó al obispo de Osma, Diego de Azevedo, en embajada para pedir del señor de la Marca la mano de su hija para su hijo Fernando, hijo del rey. Don Diego tomó como compañero de viaje al prior de su capítulo reformado, Domingo de Guzmán, con el cual le unía una fuerte y santa amistad. Atravesados apenas los Pirineos, los dos viajeros se encontraron en plena tierra de herejes. El error albigense infestaba por aquel entonces el mediodía de Francia. En Tolosa, Domingo advirtió que el hotelero que les recibía era partidario de la nefasta doctrina. Inmediatamente despertose en su alma apostólica, cuenta el Beato Jordán de Sajonia, el deseo de convertir a este pobre extraviado. No fue cosa fácil. Durante toda la noche Domingo tuvo que discutir, refutar, exponer. Pero si el hereje está fuertemente arraigado en su error, el prior de Osma es un santo y difícilmente se resiste a los santos. Cercano a los treinta y tres años de edad, descendiente de familia española de grande abolengo, más noble todavía por

las virtudes que practicaba desde su temprana infancia, particularmente por una radiante pureza y un vivo amor al estudio, varón de clara inteligencia y de voluntad fuerte, Domingo de Guzmán era una de esas almas a quienes los dones más ricos de la naturaleza fecundados por un alto grado de santidad predestinan a servir como instrumentos para los más extraordinarios designios de la Providencia. Al rayar la aurora el hereje había cedido al encanto irresistible del hombre de Dios y, abjurando de su error, profesaba la fe católica.

Dios quiso recompensar en seguida el celo de su servidor con una luz que le hizo conocer su destino: mostrole la obra para la cual El le había elegido. En efecto, asegura Bernardo Guy, que "desde este momento el bienaventurado Domingo alimentó en su corazón el proyecto de dedicarse a la salvación de los infieles y de fundar una orden de predicadores para la evangelización de los pueblos".

Desde entonces la vida entera de Santo Domingo fue absorbida por este gran designio: la fundación de la Orden de los Predicadores.

Cuando en 1205, al regresar de un segundo viaje y después de haber permanecido algún tiempo en la Ciudad Eterna, los dos piadosos viajeros volvían al sur de Francia, se encontraron a las puertas de Montpellier con los legados del Papa, Arnoldo Amalric, abad de Cister, y los frailes Pedro y Raúl. Hacía varios años que los misioneros pontificios se esforzaban en hacer volver a la Iglesia esas bellas provincias

meridionales que habían llegado a ser, en medio de la cristiandad, una hoguera permanente de trastornos y de desórdenes. Pero sin resultado alguno.

Los esfuerzos más perseverantes de los legados fracasaron ante la tenacidad de los herejes y ante la indiferencia y, a veces, la complicidad del clero. El abad del Cister lo confesó con tristeza: "Cada vez que queremos exhortar a los herejes, éstos nos reprochan la vida culpable de los clérigos: Corregidlos, nos dicen, o no vengáis a predicarnos." Así, añade el Beato Jordán, por cansancio y disgusto, los legados quisieron renunciar la misión que el Papa les había confiado.

La llegada del obispo de Osma y de Santo Domingo cambió el aspecto de las cosas.

Habiéndoles pedido consejo los legados acerca de la misión, les contestó el Obispo expresando no solamente sus propios pensamientos sino también, lo sabemos, los sentimientos íntimos de su amigo Domingo:

"No es así como se debe proceder, hermanos míos, —les dijo mostrando el séquito mágnífico de los prelados, el lujo de sus vestidos y de sus cabalgaduras— vosotros no haréis volver a la fe por medio de discursos a hombres que se apoyan en ejemplos. Para ganar a los sencillos, los herejes se cubren de apariencias de santidad, de pobreza y de penitencia evangélica. El espectáculo de vuestra vida, totalmente opuesta, no edificará en forma alguna y destruirá mucho. Nadie se rendirá; sacad un clavo con otro clavo: expulsad una santidad aparente con las prácticas de una sincera religión."

—"¿Qué consejos nos dais venerable padre?", preguntaron los legados.

—"Haced lo que voy a hacer", replica el santo obispo. Tocado de repente por el Espíritu de Dios llama a su séquito y hace volver a España su servidumbre, sus coches y bagajes conservando consigo sólo algunos clérigos y a Domingo a quien amaba con una predilección especial, y declara que permanecerá en el país para predicar la fe.

Y, en efecto, Diego y Domingo se dedicaron en seguida a la evangelización de los herejes practicando el perfecto renunciamiento.

El gran proyecto de Santo Domingo comenzaba a tomar cuerpo. Pero su realización completa apenas se lograba con una lentitud extrema y en medio de dificultades capaces de desalentar a una voluntad menos bien templada que la del prior de Osma.

Algunos meses más tarde el obispo volvió a España y murió dejando a su amigo la dirección de la *Santa Predicación*. El que desde entonces se llamó Fray Domingo empleó los diez años siguientes de 1206 a 1216 en la conversión de los herejes. No rehuyó él ninguna pena. Consagrando el día a la predicación y la noche a la oración, implorando con las más duras penitencias que se fecunde su palabra de fuego, no cesó de recorrer, humilde, pobre, con los pies descalzos, las regiones del sur. Para ilustrar mejor las poblaciones engañadas por ministros hábiles e instruídos, organizó discusiones con los jefes albigenses y disputó contra ellos victoriosamente en Ser-

vian, Béziers, Carcassonne, Pamiers, Verfeil, Montreal, Fanjeaux y en otras ciudades donde, a menudo, los milagros vinieron en apoyo de la fuerza de su palabra. Aparentemente los resultados no correspondieron a su celo y a la virtud heróica. Tuvo que soportar muchos ultrajes y amenazas. Varias veces su vida estuvo en peligro. Por otra parte, la Cruzada que se hizo necesaria por los excesos de los herejes y que se desencadenó en 1208 hasta 1215, estaba lejos de favorecer su ministerio de paz; los corazones exacerbados por la ruda represión por parte de los cruzados se volvieron totalmente rebeldes.

En medio de esta labor ingrata, Santo Domingo no perdió de vista el gran proyecto formado en 1203. En efecto, desde su llegada a Languedoc hasta su muerte (de 1203 a 1221) tuvo un solo pensamiento: la fundación de una orden de predicadores. Todas sus diligencias, sus viajes, sus esfuerzos están gobernados por este fin, perseguido con tal claridad de inteligencia y con tal perseverancia de voluntad que han hecho escribir a los historiadores de nuestro tiempo que el fundador de la Orden de Predicadores es un gran político. Era sobre todo un santo apasionado por el amor de Dios y de las almas, a quien este amor ayudado por extraordinarias cualidades naturales, le hizo capaz de concebir y de ejecutar un gran designio.

Desde los primeros días su propósito estaba bien definido: fundar una orden de predicadores cuyo

apostolado se ejerciera por el ejemplo del renunciamiento evangélico y por la predicación de la doctrina.

En el curso de sus largos viajes y de su apostolado laborioso en el país herético, él se dio cuenta de los graves peligros que amenazaban entonces a la sociedad cristiana y que el clero recientemente secularizado era incapaz de conjurar. Para acudir en auxilio de la fe amenazada él quiso fundar una orden de apóstoles.

Era este un proyecto perfectamente nuevo en la Iglesia.

Hasta entonces los clérigos regulares, como los monjes, se habían agrupado alrededor de una iglesia particular de la cual eran ministros, y bajo la autoridad inmediata del obispo llevaban vida común en la práctica del renunciamiento perfecto. Santo Domingo fue el primero en concebir el proyecto de una orden extrajerárquica, es decir, de una sociedad de religiosos que, abrazando plenamente la vida de penitencia y de contemplación instituída por los Apóstoles, se consagraran al apostolado bajo la dependencia directa del Romano Pontífice. No serían ellos ni clérigos de tal obispo, ni monjes de tal abad, sino los misioneros y los teólogos del Papa cuya voz harían escuchar allí donde él tuviera a bien confiarles la defensa de la verdad. Formaría una orden esencialmente apostólica, la Orden de la Predicación Universal, sometida inmediatamente al Soberano Pontífice y enviada por él al mundo entero para instruir a los fieles, convertir a los herejes, defender la fe en las naciones cristianas y llevarla a los pueblos bárbaros.

FUNDACION Y APROBACION

Es cosa notable que un proyecto tan nuevo en la Iglesia hubiera sido concebido desde un principio con tan clara visión que no fuese necesario retocarlo en lo futuro. Por el mismo tiempo se formaron otras sociedades religiosas que han adquirido en el curso de los siglos un marcado parentesco con la Orden de los Predicadores. Pero todas ellas fueron en sus orígenes hermandades laicas que tuvieron que evolucionar para incorporarse útilmente al movimiento eclesiástico, más o menos hacia la forma clerical, adoptada desde un principio por el Padre de los Predicadores. Entre las órdenes religiosas fundadas en esta época, tan sólo la de Santo Domingo se constituyó desde su nacimiento con los elementos necesarios para el ejercicio del apostolado, tal como lo reclamaban las necesidades de la sociedad cristiana.

Eso se debía, en verdad, al genio organizador de Santo Domingo, pero también, no cabe duda, a la estrecha unión con la Iglesia Romana con la cual se afirmó el Fundador desde los primeros años. En el curso de dieciseis años durante los cuales Santo Domingo maduró y ejecutó su designio, de 1205 a 1221, él hizo hasta seis veces viaje a Roma para mantener al corriente a los dos grandes Papas que ocuparon entonces la Silla de Pedro. ¿Hasta qué punto contribuyeron Inocencio III y Honorio III a precisar el proyecto del prior de Osma? ¿Cuál es la parte personal de ellos en la inspiración de su obra? En ausencia

de documentos explícitos es imposible discernirlo. Pero sabemos, por ejemplo, que cuando el Cuarto Concilio de Letrán, al prohibir la creación de nuevas congregaciones religiosas, parecía condenar a muerte la fundación dominica, fue el Papa mismo quien aconsejó a Santo Domingo poner sus proyectos en armonía con los decretos del Concilio acogiéndose a la regla de San Agustín.

Sea de ello lo que fuere, el Papado aprobó los esfuerzos de Santo Domingo con una decisión y un ardor tan poco acostumbrados dentro de la lentitud y la reserva romanas, que resulta evidente que conocía a fondo la nueva obra y le otorgaba toda su confianza. En efecto, desde el 17 de noviembre de 1206, por cartas dirigidas a sus legados de Languedoc, Inocencio III constituye a Domingo y a sus compañeros *predicadores apostólicos.* Era éste un régimen perfectamente nuevo en la Iglesia. Sin embargo, el grupo de misioneros era de lo más humilde; eran ellos poco numerosos: *pauci,* escribe el Beato Jordán de Sajonia. Pronto Santo Domingo mismo quedó casi solo.

A fuerza de su perseverancia y solamente al cabo de nueve años, logró reclutar un pequeño número de discípulos, cerca de una docena, que reunió en Tolosa, fundando así el primer convento, el 25 de abril de 1215.

Parece que la Iglesia no esperaba sino esta fundación para recomendar públicamente la nueva milicia. Algunas semanas después, en julio, el obispo Foulques aprueba canónicamente para su diócesis de To-

losa la naciente Orden por cartas que nos hacen ver que ya el carácter de la Orden estaba definido: "Constituímos a fray Domingo y sus compañeros como predicadores para extirpar la herejía, luchar contra el vicio, enseñar la regla de la fe, propagar las buenas costumbres. Ellos han decidido vivir en pobreza evangélica e ir a pie, anunciando la palabra de Dios."

En agosto de 1216, al regreso de Roma y por consejo de Inocencio III, Domingo reunió en Prouille sus frailes (eran dieciseis entonces), y de acuerdo con ellos adoptó la regla de San Agustín a la cual añadió: "Constituciones más estrictas relativas a la alimentación, los ayunos, los lechos y vestidos", cuyo fondo ha sido tomado de las costumbres de los canónigos de Prémontré, en este tiempo la rama más ferviente y más difundida de la Orden canónica.

Nuestras Constituciones, escribe el Beato Humberto, han sido extractadas de las Constituciones de los Premonstratenses. Y esta elección es justa, porque los Premonstratenses han reformado y perfeccionado la regla de San Agustín, como los Cistercienses la de San Benito. En tal religión ellos son los primeros por la austeridad de su vida, la bondad de la observancia, el prudente gobierno de una multitud de religiosos por medio de capítulos generales y de visitas canónicas. De aquí que el bienaventurado Domingo y los primeros frailes, no habiendo podido obtener de Su Santidad el Papa la regla nueva y austera que deseaba su fervor, eligieran la regla de San Agustín y tomaran con mucho acierto de las Constituciones de

aquellas órdenes que eran las primeras en la orden canónica lo que en ellas encontraron de austero, de bello y de prudente en cuanto pudo convenir a su fin: *quod arduum, quod decorum, quod discretum.* No contentos con eso, los predicadores añadieron y en sus capítulos anuales no dejan de añadir muchas otras observancias, porque aspiran al primer lugar en la religión de San Agustín, no solamente por la enseñanza y la predicación, sino también por la santidad de vida."

Después de la asamblea, el Fundador emprende de nuevo viaje a Roma, para recibir allí, en esta vez el 22 de diciembre de 1216, la bula pontificia que aprueba solemnemente la Orden de Predicadores: "Honorio, obispo, siervo de los siervos de Dios, a sus caros hijos Domingo, prior de San Romano de Tolosa y a sus frailes presentes y futuros que profesen vida regular... Accedemos gustosamente a vuestras justas solicitudes y por el presente privilegio recibimos bajo la protección del bienaventurado apóstol San Pedro y bajo la nuestra la iglesia de San Romano de Tolosa, en la que vosotros os habéis consagrado al servicio divino. Decretamos que la ORDEN CANONICA establecida en esa iglesia según Dios y la regla de San Agustín se mantenga ahí perpetua e inviolablemente."

El mismo día, una segunda bula, ya calurosa, aprueba los nuevos religiosos como Predicadores: "Considerando —escribe el Papa a Domingo— que los frailes de tu Orden serán los campeones de la fe y las

lumbreras del mundo, Nos confirmamos tu Orden y la tomamos bajo nuestro gobierno y nuestra protección."

Un mes después, el 21 de enero de 1217, una bula todavía más entusiasta llega a traer nuevo estímulo a Santo Domingo y a sus frailes dándoles el título que les distinguirá en la Iglesia: "Honorio, obispo, siervo de los siervos de Dios, a sus amados PREDICADORES en la comarca de Tolosa."

Santo Domingo vuelve a Francia y el 15 de agosto de 1217 reunió una segunda asamblea en Prouille. Se instaló llena de alegría: "el suavísimo Padre", como gustaban llamarle sus hijos, había vuelto trayendo las bendiciones del Padre común de los fieles; la Orden estaba fundada, aprobada, calurosamente recomendada a todos los obispos en comunión con la Iglesia Romana.

LA DISPERSION

Pero la asamblea terminó como nadie lo había previsto.

Después de haber recibido de nuevo la profesión de los frailes, el bienaventurado Domingo se puso a exponerles los grandes proyectos que él había concebido para la extensión de la Orden. Después usando las mismas palabras del Salvador: "¡Id, les dijo, por el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura! Vosotros no sois todavía sino un pequeño grupo, pero he aquí que tengo formado en mi corazón el proyec-

to de dispersaros. No habitaréis ya mucho tiempo juntos en esta casa."

Y anuncia que les dispersará por el mundo.

Eran dieciséis.

Los íntimos del Fundador, todos a una le acusaron de imprudente. Nadie comprendió la audacia de su designio. Sus mejores amigos, el obispo Foulques, Simón de Montfort, le hicieron presente el peligro de dispersar una obra que apenas comenzaba: dividirla era arruinarla.

Pero "el bienaventurado Domingo —cuenta Jordán de Sajonia— era firme en sus designios y rara vez se le ocurría revocar una palabra que él había dicho después de haberla pensado detenidamente delante de Dios". En aquel momento obró bajo la inspiración del Espíritu de Dios que le permitió lanzar sobre el porvenir una mirada profética:

"Señores y hermanos míos —respondió a Foulques y a Simón— no os pongáis en oposición conmigo. Yo se lo que hago. Cuando el grano se amontona en pila, se corrompe; fructifica cuando se le siembra."

Y tranquilo, en nombre de Dios, reparte a Europa entre sus dieciseis compañeros:

Noel y Guillermo Claret tomarán la dirección de Prouille.

Pedro Seila y Tomás se quedarán en San Romano de Tolosa.

Otros cuatro, sus compatriotas Pedro de Madrid, Miguel de Uzero, Domingo de Segovia, Suero de Gómez volverán a España.

Matías de Francia, Manés, Miguel de Fabia, Beltrán de Garrigue, Lorenzo de Inglaterra, Juan de Navarra y Uldarico de Normandía irán a París.

Y bendiciéndoles,

"Id —les dijo— a pie, sin dinero. No os preocupéis jamás del mañana. Mendigad vuestra comida. Yo os prometo que jamás os faltará lo necesario y cada día os sostendré con mis oraciones."

Y él mismo, llevando como compañero a Esteban de Metz, emprende de nuevo el viaje a Roma, pero esta vez para fijar allí su residencia y "elegir como capital de la Orden el centro mismo de la unidad católica".

La Orden de los Frailes Predicadores estaba definitivamente fundada.

PRIMERA PARTE

LA PREPARACION PARA EL APOSTOLADO

Media, a Sanctissimo Patriarcha ad nostrum finem consequendum praestituta, sunt: Praeter tria vota solemnia obedientiae, castitatis et paupertatis, vita regularis cum observantiis monasticis, divini officii solemnis recitatio, et studium sacrae veritatis assiduum. Haec apud nos nec tolli nec substantialiter inmutari possunt...

Constit. Nº 4, par. 1

Por voluntad de Santo Domingo y aprobación de la Iglesia, el fraile predicador está consagrado al ministerio apostólico. Por amor de Dios, emplea su vida en la salvación de las almas. Pero como es menester elegir entre las innumerables obras de caridad espiritual, adopta él una entre todas como objeto especial de su vocación: la salvación de las almas por la predicación de la doctrina.

Ante todo busca comunicar la verdad a las almas, a todas las almas: a los fieles, exponiéndoles las riquezas de la fe; a los extraviados, esforzándose por ilustrarlos y por hacerlos volver; y, aun por medio de las misiones lejanas, a los desgraciados habitantes de los países no civilizados que duermen todavía en sus errores paganos. El fraile predicador es esencialmente apóstol.

Al decir de Santo Tomás de Aquino, entre todas las obras de caridad ésta es la más perfecta: "Ocuparse en la salud espiritual del prójimo es mucho más útil que subvenir a sus necesidades corporales. Es una obra que supera a todas las obras, tanto como el alma supera al cuerpo. Mejor que todas, ella prueba la gloria de Dios a quien nada agrada tanto como la salvación de las almas." (Sum. Th. II II, q. 188, a. 4.)

La Orden es apostólica.

Se debe sin embargo entender bien este término "apostólica" y conservarle el sentido que le ha dado la tradición: designa, pues, el *carácter específico* de la Orden Dominicana.

Desde hace mucho tiempo se acostumbra clasificar las diferentes sociedades religiosas en institutos de *vida activa*, consagradas, por ejemplo, al cuidado de los enfermos, a la enseñanza, a la predicación; institutos de *vida contemplativa* totalmente entregados a las cosas divinas; en fin institutos de *vida mixta* cuyo fin es la contemplación que fructifica en el apostolado. A éstas les reservan los doctores el nombre de *apostólicas* cuando quieren diferenciar las órdenes religiosas.

Según la doctrina común que Santo Tomás ha precisado con su maestría habitual hay que colocar por sobre las congregaciones activas, las contemplativas, porque la contemplación prevalece sobre las obras exteriores, y hay que colocar en la cima los institutos de vida mixta o apostólica. En efecto, dice el Doctor Angélico, es todavía "mejor entregar a los otros los frutos de su contemplación que contemplar solamente, como es más perfecto iluminar que solamente brillar". La vida mixta o apostólica es más completa que la de sola contemplación; ella reúne la perfección de la vida activa y contemplativa (1).

Hemos dicho ya que Santo Domingo ha fundado

---

(1) *Passerini, O. P., De hominum statibus et officiis,* in ultimas septem quaestiones IIae, t. III, q. 188, a. 6: "Religio

una Orden de vida mixta, o apostólica. De ello resultan conclusiones importantes:

En primer lugar que la predicación y la enseñanza no son *directamente* el fin de la Orden, porque la enseñanza y la predicación por sí, si no derivan de la plenitud de la contemplación son, al decir de Santo Tomás, obras de vida activa y no de vida apostólica. "Se equivocan grandemente —dicen los Salmantinos— los que afirman sin discernimiento que una religión profesa la vida mixta cuando ella está ordenada en primer lugar a enseñar y a predicar; porque la predicación y la enseñanza doctrinal que no provienen de superabundancia de contemplación son obras de vida activa... La religión mixta, más perfecta que las otras, semejante a la vida de Cristo, de los Apóstoles y de los obispos, no considera como lo primordial la predicación o la enseñanza, sino primera y principalmente se aplica a la contemplación y en seguida, como reflejo de esta contemplación, se consagra a obras perfectas atañederas al prójimo; de lo contrario les faltaría mucha perfección a tal predicación y a tal enseñanza de la doctrina."

---

mixta perfectior est quam contemplativa et quam activa, quia respicit principaliter contemplationem, ut fructificantem ad extra. ...Illa vita est perfectior quae continet totam alterius perfectionem *non diminutam,* sed addit aliam; talis vero est vita mixta." (La religión mixta es más perfecta que la contemplativa y que la activa, porque atiende principalmente a la contemplación en cuanto fecunda en frutos *ad extra*... Una vida es más perfecta que otra si contiene sin disminución la perfección de ésta y tiene además otra perfección; tal ocurre en verdad con la vida mixta.)

Se deduce en segundo lugar que la contemplación en la Orden no puede ser considerada como un medio, así sea el primero de todos, para cumplir perfectamente el santo ministerio. Es, en efecto, lo propio de la vida activa el subordinar la contemplación a la acción. ¿Cuál es la congregación activa que no ordena ejercicios piadosos, oraciones, lecturas, a veces prolongadas, a fin de preparar al religioso para un intenso ministerio para el prójimo? (2).

"Si el religioso se dedica a la oración y al estudio no principalmente por la contemplación misma, sino

(2) Los Salmantinos hacen a este respecto reflexiones tan claras como importantes: "Es esencial hacer notar que para poder afirmar de manera absoluta de una religión que ella se consagra a la contemplación como fin primario del cual deriva la acción, como lo exige la definición esencial de la vida apostólica, a saber, una vida que contenga eminentemente la perfección de la vida puramente contemplativa, no bastan algunos actos de oración, como una meditación, un examen de conciencia, el recuerdo de la presencia de Dios, un retiro de algunos días y otras cosas semejantes que se llaman comúnmente ejercicios. En efecto, no hay religión, por activa que se le imagine, que no tenga tales ejercicios u otros más importantes; más aún, los seglares en el estado del matrimonio, acostumbran practicarlos, como lo prueba la experiencia. Debe, pues, decirse de una religión que su acción procede de la contemplación y que ella contiene, por consiguiente, de manera eminente la perfección de la vida puramente contemplativa y *algo más*, cuando ella prescribe a sus hijos los medios apropiados para la contemplación, como la clausura, el silencio, la mortificación de los sentidos, la penitencia, el ayuno, las vigilias, la salmodia, las lecturas piadosas y otras cosas semejantes. De aquí que una religión que se dedique de tal manera a esas cosas en el convento, las observe absolutamente y no las interrumpa sino cuando es menester ayudar al prójimo por la

en vista de una obra de vida activa, para ser capaz de predicar y de enseñar, su dedicación a la contemplación se reduce a la vida activa, porque ella se propone principalmente una acción exterior. Y esa vida está lejos de ser perfecta, porque la caridad no está perfectamente ordenada a ella, porque lo que debe ser amado por sí y ante todo, no es amado sino en vista de un ministerio exterior." (3.)

¿Cuál, es, pues, el fin de la Orden?

La contemplación: pero no una pura contemplación, sino la contemplación que fructifica en el apos-

---

predicación y la enseñanza de la doctrina, es una religión que profesa la vida mixta, es decir, una vida que desciende de la contemplación a la acción. Tal es el caso (para no citar sino este ejemplo) de la Orden de los Frailes Predicadores que, si bien, aparentemente se ordena ante todo a la enseñanza doctrinal no solamente emplea todos los medios apropiados a la contemplación que hemos enumerado, sino que los prefiere a la enseñanza misma.

No podría juzgarse del mismo modo a una religión que se ocupara mucho en trabajos de enseñanza de la doctrina y en la predicación y sin embargo hablando en términos absolutos no utilizara los medios que acabamos de indicar propios para la contemplación. Esta religión sería puramente activa, y de consiguiente, menos perfecta que las religiones mixtas o que las puramente contemplativas." (*Salmantinos,* Del estado religioso, Dis. II, dub. III, pars III, Nº 31.)

(3) *Passerini,* loc. cit. Nº 7: "Si aliquis incumberet lectioni et doctrinae *non principaliter* secundum se, *sed intuitu activae disciplinae,* ut posset docere et praedicare et hujusmodi agere tunc hujusmodi studium contemplandi *reduceretur ad vitam activam,* quia finis ejus principalis esset actio externa. Et tale studium esset *valde imperfectum,* quia non haberet caritatem perfecte ordinatam, quia quod est per se et principaliter diligibile non diligeretur nisi in ordine ad actionem externam."

tolado. "En la obra de Santo Domingo la vida contemplativa no está subordinada a la acción apostólica, como un medio subordinado a un fin, sino que ella la produce, como una causa eminente y superabundante." Tal es propiamente el carácter de las órdenes mixtas o apostólica en las cuales el apostolado no es el fin, sino el efecto de la contemplación. "La religión mixta, dice también Passerini, se caracteriza por el hecho de que ella se propone principal y directamente la contemplación, no para que esta contemplación se acabe en ella misma, sino para que ella brille, por su fuerza interna, y se emplee en las obras que más agradan a Dios, las obras que se ocupan en la salvación de las almas. En una palabra, el fin de una orden mixta es la contemplación que se extiende y fructifica en las almas." (4.)

Se ve el lugar de la Orden Dominicana en el grupo de los institutos regulares. Desde el siglo XVI siguiendo una nueva concepción de la vida religiosa, los fundadores de las congregaciones las han eximido poco a poco de las observancias antiguas. Sus discípulos ya no se preparan para el apostolado como los clérigos de los tiempos primitivos por la oración litúrgica y ese conjunto de observancias que hasta entonces acompañaba universalmente la práctica de los consejos evangélicos. Ellos han abandonado el ascetismo tradicional y renunciado a la mayor parte

(4) *Passerini,* ibid.

de sus prácticas esenciales como el oficio coral diurno y nocturno, los ayunos prolongados, por atenerse en este punto a las obligaciones de los clérigos seculares y de los simples fieles. Se esfuerzan en reemplazar el apoyo que venía de la salmodia coral y del fortificante ejercicio de los prolongados ayunos, por la práctica asidua de la meditación y del examen de conciencia. Su mira al eximirse de las antiguas observancias ha sido dar mayor libertad a su ministerio.

El fraile predicador ha permanecido fiel al método primitivo de formación apostólica. Se prepara para el ministerio por la penitencia y la contemplación. Lejos de ver una oposición entre el apostolado y las observancias del claustro los une estrechamente en su vida, y con numerosas generaciones de santos encuentra en el ascetismo tradicional un socorro para la acción.

Proyectando emplear a sus hijos en todas las fatigas del ministerio, Santo Domingo habría podido preguntarse, como más tarde otros fundadores, si era prudente someter a sus hijos también al rigor de las observancias religiosas. Parece que la pregunta no vino a su espíritu. ¿No era él mismo la solución viviente de la antinomia de la acción y la contemplación? Después de largos años él mezcló íntimamente en su vida la austeridad, la acción y la oración. Orar sin cesar, pasar las noches en la contemplación, estudiar, ayunar, flagelarse y al mismo tiempo predicar a todos, sostener a los fieles, perseguir la herejía, esta era su vida diaria. Lejos de encontrar un obstáculo

en el cumplimiento exacto de las reglas, de él extraía su gran fuerza.

Lo que ha hecho, ha pedido que hagan sus hijos. Decidió que sus hijos se prepararan para el apostolado por medio de las antiguas observancias a las cuales agregó el estudio.

Antes de ser apóstol el fraile predicador es asceta y contemplativo.

Asceta, él pide a la penitencia purificarle, prepararle para la caridad, protegerle y acrecentar en sí el hombre interior.

Contemplativo, en el silencio pide al estudio de las ciencias divinas, a la lectura asidua de los libros santos, a la oración privada y litúrgica, llenar su alma de vida sobrenatural.

Entonces solamente viene a ser apóstol. Cuando su alma está llena de vida interior, desbordante de caridad, se va hacia sus hermanos para hacerles partícipes de sus íntimas riquezas; y su apostolado, protegido por las prácticas claustrales de los peligros inherentes a toda acción exterior, extrae durante la contemplación una eficacia soberana. Las horas más importantes del predicador, las más plenas de beneficios futuros, donde llega al punto culminante de su vocación, son las que emplea en asimilar a Cristo, en la contemplación. Allí está el pináculo de su vida.

Una palabra de Santo Tomás resume la economía dominicana y expresa su originalidad: *contemplata aliis tradere.*

Otras órdenes también antiguas y más antiguas que la de los Predicadores se han dedicado a la contemplación por el oficio divino y las observancias regulares; ellas conducen a sus monjes hacia la unión divina y, sin desentenderse de la salud del prójimo, a quien ellos socorren ordinariamente por la oración y la penitencia, no se dedican sino secundariamente a las obras exteriores de la caridad fraternal. La mayor parte de los institutos modernos al contrario son directamente conducidos a la acción y han abandonado las antiguas prácticas en las que nuestros padres hallaban imponderables recursos.

La Orden de Santo Domingo unió en una síntesis superior estas dos concepciones de la vida religiosa. Ni únicamente activa, ni únicamente contemplativa: combina estos diversos elementos que funde en un tipo completamente original. Lejos de oponerse en la economía dominicana la contemplación y la acción, se unen y se fortifican una a otra. La contemplación prepara y produce la acción, la alimenta, la fecunda; la acción según el pensamiento de Santa Catalina de Sena no es sino una plenitud interior que se expande.

Desviaríase el fraile predicador que, confundiendo su vocación con la de los hijos de San Bruno o de San Bernardo, se encerrara en una contemplación silenciosa para buscar, creería él, una unión más íntima con Dios y olvidara que está destinado a la salud de sus hermanos.

Pero se extraviaría aún más el predicador a quien

una acción febril llevase a la negligencia de las prácticas claustrales destinadas a dar a su acción la fuerza calmada y continua, la seguridad, la amplitud y su irradiación sobrenatural, indispensables condiciones de un apostolado fructuoso.

En una palabra, el fraile predicador se prepara al ejercicio del apostolado por la práctica del perfecto renunciamiento evangélico y por la vida contemplativa.

CAPITULO I

EL PERFECTO RENUNCIAMIENTO APOSTOLICO

LA ESENCIA DE LA VIDA PERFECTA

En todo tiempo la Iglesia ha pensado que la práctica del renunciamiento perfecto es el estado normal de quien aspira al honor de ejercer el santo ministerio. Los doctores y los santos siempre han estado de acuerdo para enseñar que la vida perfecta instituída por los Apóstoles es la más conforme a la vocación de los ministros de Dios y la que los coloca en estado de cumplir más eficazmente su misión sobrenatural.

Ahora bien. Esta perfecta vida apostólica es la vida religiosa en la cual, dice Santo Tomás, "el cristiano se da totalmente al servicio divino y se ofrece a Dios en holocausto" (1). Es la vida perfecta porque conduce a la perfección de la caridad.

---

(1) S. THOM. SUMM. THEOL., II. II. qu. 186, art. I.—Es una doctrina constantemente admitida en la Iglesia que la vida religiosa reproduce la vida de los Apóstoles. Después de haber traído a memoria el perfecto renunciamiento de los doce y de los siete primeros diáconos, Santo Tomás agrega: "A quorum exemplo omnes religiones derivatae sunt." *Opus de perf. vit. spir., XVII.* El Doctor Angélico no hace sino resumir la enseñanza patrística continuada por la masa de los teólogos modernos. Se podría resumir esta enseñanza en la siguiente pro-

Innumerables obstáculos, los cuales se reúnen ordinariamente en tres grandes categorías: los bienes exteriores, los bienes del cuerpo y los bienes del espíritu, nos impiden realizar la completa unión con Dios en la cual consiste la perfección del hombre; distraen el espíritu y dividen el corazón. La vida religiosa los aparta; separa al hombre de todo lo que no es Dios o de Dios.

Por el voto de pobreza el religioso renuncia a los bienes exteriores; abandona no solamente toda propiedad personal sino tambien el libre uso de todo bien material.

Por el voto de castidad sacrifica los bienes del cuerpo; renuncia a tener una familia terrestre y a probar todo placer carnal aun el legítimo en otros estados.

Por el voto de obediencia va aún más lejos: hiere la última raíz del pecado sacrificando su libertad y sometiendo su voluntad, y por el mismo hecho todos los actos de su vida, a un superior representante de Dios.

---

posición: Nuestro Señor mismo instituyó una comunidad de vida perfecta, la Comunidad de los Doce, de la cual han salide las otras comunidades clericales; de donde se ve la ligereza de quienes dicen que el clero secular forma "la Orden de San Pedro", como por ejemplo los Frailes Predicadores forman "la Orden de Santo Domingo". En realidad los clérigos regulares son de "la Orden de San Pedro" más bien que los seculares; porque si el clero secular reproduce en parte la vida de los Apóstoles por el ejercicio del santo ministerio, el clero regular reproduce esta misma vida tanto por el santo ministerio como por la práctica de los consejos evangélicos.

Este triple renunciamiento por un acto magnífico que lo eleva al punto culminante de la grandeza moral, lo hace no por un día o una época de su vida sino para siempre. Se obliga a la perfección "usque ad mortem", como dice la fórmula de profesión dominicana. Escapa así a las vicisitudes de la fragilidad, a las recaídas de la miseria humana. Ciñéndose a la caridad perfecta, se une indisolublemente a Dios y participa —tanto como es posible aquí abajo— de la inmutabilidad misma de los bienaventurados.

El triple voto de pobreza, de castidad y de obediencia lleva al religioso a la consumación de la justicia, a la plenitud del amor. Magnífica invención del corazón del hombre, le permite devolverle a Dios todo lo que de El ha recibido: sus bienes, sus placeres, su corazón, su espíritu, su voluntad, en fin, todo él. Hace del religioso "una hostia viviente, santa y de agradable olor".

Así Santo Tomás dice que la profesión religiosa es un holocausto. Los padres de la Iglesia la comparan al martirio. Los mártires y los religiosos tendrán la misma recompensa, asegura San Bernardo: como el martirio, la profesión religiosa da todo para siempre. Desde que ha pronunciado esas dos palabras tan cortas y tan grandes, *promitto obedientiam,* el religioso no se pertenecerá más, nada de él volverá a ser de él sino de Dios. Santo Tomás enseña formalmente que la profesión solemne es una consagración tan real y tan profunda, que todos los actos del profeso quedan cobijados por la virtud de religión y "per-

tenecen al culto divino como una especie de sacrificio". Aun el más humilde, cada uno de sus actos es un acto sagrado y de tal manera engrandecido que "la menor obra que haga por obediencia —dice Tauler— es mucho más agradable a Dios y vale incomparablemente más, que la más grande acción en la cual la obediencia no haya tomado parte".

Tal es la esencia de la vida religiosa y tal el estado en el cual la Iglesia quisiera contar a todos sus ministros, los cuales deben ser, según la palabra de San Pedro, "la forma del rebaño".

Al fundar la Orden de los Predicadores, Santo Domingo no podía hacer otra cosa que basarla sobre ese triple renunciamiento, puesto que sin él, no podría haber en ella vida religiosa. Pero asignando a sus hijos una misión especial, también tuvo que prever un modo especial en la práctica de los tres votos. Es fácil de comprender que sin dejar de ser esencialmente la misma, la práctica de los consejos evangélicos reviste matices diversos según el objeto perseguido: el clérigo dedicado a la enseñanza, por ejemplo, no practicará la pobreza como el cisterciense que cultiva la tierra. Esencialmente apóstol, el fraile predicador practica los tres votos según las necesidades de su apostolado. El es pobre, casto y obediente como todos los religiosos, pero también como un apóstol, dedicado a la salud de las almas por la predicación de la doctrina. Por esto, aunque los votos son comunes a todas las órdenes, la manera como los practica da a su vida religiosa una fisonomía especial.

LA POBREZA

LA POBREZA RELIGIOSA ANTES DE SANTO DOMINGO

En los primeros siglos de la Iglesia, el clero vivía en la pobreza evangélica. Los clérigos se creían tan obligados a renunciar a los bienes de la tierra como a abstenerse del matrimonio. No se concibe en efecto la vida común perfecta sin la comunidad de bienes y la estricta dependencia de pobreza que de ella resulta; dependencia que es en definitiva la marca característica de la vida perfecta, la nota sobresaliente que denuncia con seguridad la pertenencia a Cristo. Nacido y muerto pobre, Jesús quiere discípulos pobres y pone la pobreza como primera condición de la vida perfecta: *Si vis perfectus esse, vade, vende omnia quae habes et sequere me* (Si quiere ser perfecto, vé, vende todo lo que tienes y sígueme).

Durante largo tiempo, los clérigos prácticaron a la letra ese perfecto renunciamiento: tenían todo en común. Era la comunidad la que poseía y la que distribuía a los clérigos, como a primeros pobres de Cristo, los modestos recursos necesarios para su sustento. Al decir de Thomassino, las primeras derogaciones a esta disciplina primitiva datan del siglo VI: por esta época, se comenzó a separar de la masa hasta entonces indivisa de los bienes de la Iglesia algunos bienes particulares cuyo usufructo se destinaba a una obra especial o a un clérigo. El abuso no era aún grave. Hacia los siglos IX y X se extendió y acabó por invadir toda la jerarquía. Se vio pronto

aparecer y luego multiplicarse a imitación del tributo feudal, lo que se llamó "el beneficio". Como los jefes militares se repartían los frutos de sus conquistas, los ministros del altar se repartieron los bienes de la Iglesia considerados hasta entonces como el patrimonio de los pobres. Los clérigos se hacen propietarios.

Cuando Santo Domingo fundó su Orden, hacía mucho tiempo que el abuso se había generalizado y arraigado. La mayor parte de los obispos eran grandes señores feudales frecuentemente más preocupados de sus ricos dominios que de los intereses espirituales de su grey. Los beneficiarios, en su mayoría, dormían en el goce de sus rentas. Por forzosa consecuencia, la santa jerarquía cayó en la ignorancia y en el relajamiento de las costumbres, mientras que los herejes, particularmente los albigenses, se dedicaban a sacar partido de aquella decadencia y a excitar contra los bienes de los eclesiásticos la cólera de las multitudes y la codicia de los príncipes. El Papado lo confesaba: "Los pastores han venido a ser mercenarios; se apacientan a sí mismos y no apacientan rebaños; no buscan sino la lana y la leche de las ovejas y dejan entrar al lobo" (2).

Es verdad que en esa misma época la pobreza primitiva era aún practicada en la orden monástica lo mismo que en la parte del clero que había conservado las tradiciones apostólicas y que se podía lla-

---

(2) Carta de Inocencio III a sus legados en el Languedoc, 31 de mayo de 1204.

mar, a causa de la secularización de la otra parte, el clero regular. Ese clero, fiel a la vida perfecta, florecía en fervientes congregaciones de canónigos de las cuales la más extendida era la del Prémontré.

Pero si canónigos y monjes eran personalmente pobres, sus abadías y prioratos no lo eran. Las comunidades de Cluny, de Císter, de Prémontré y otras órdenes poseían ordinariamente extensos dominios, según las constituciones más o menos estrictas que las regulaban.

LA CONCEPCION DOMINICANA DE LA POBREZA

Era necesario hacer algo para contener la secularización del clero por la riqueza.

Dios inspiró el remedio a los dos grandes patriarcas a quienes frecuentemente la Iglesia se complace en asociar en sus elogios: Santo Domingo y San Francisco de Asís. Casi al mismo tiempo e independientemente, uno y otro pensaron en tomar más a la letra la carta fundamental de la vida religiosa: *Vende omnia quae habes,* y en practicar estrictamente la pobreza evangélica renunciando no solamente para ellos mismos sino para las órdenes que fundaban a toda propiedad. Pensamiento generoso, que la experiencia ha revelado magníficamente fecundo, nacido al mismo tiempo en el corazón de dos santos que lo ponen en obra cada uno por su lado, sin haberse concertado, movidos únicamente por el espectáculo de los mismos abusos y por el mismo sentimiento de las necesidades de la Iglesia.

Santo Domingo amplió entonces el concepto tra-

dicional de la pobreza: no contento con despojar a cada religioso, impuso a la comunidad el renunciamiento a toda riqueza; el convento mismo viene a ser pobre e incapaz de poseer ni propiedad ni renta; individuos y comunidad deben vivir de la mendicidad. Por esto la Orden de los Predicadores ha sido llamada *Orden Mendicante.*

El Santo Patriarca fue él mismo un raro modelo de perfecto renunciamiento. Si no lo dijo como su gran amigo de Asís, él también, afirma Santa Catalina de Sena, "¡ha elegido por esposa a la Reina Pobreza!" Imposible llevar una vida más pobre y más desprendida. No tenía sino una túnica, la más rústica del convento, y cuando le era necesario lavarla, tenía que prestar otra. Su celda era la más estrecha y la más incómoda. Jamás comía más de un plato, queriendo en la misma alimentación conducirse como el más desheredado. Nunca viajó ni a caballo ni en coche, siempre a pie, sin dinero, ni provisiones, viviendo de limosnas, durmiendo sobre paja o tabla, feliz si era mal recibido. El era, dice el Beato Jordán de Sajonia, "un verdadero amante de la pobreza".

LA POBREZA, MEDIO DE APOSTOLADO

Pues bien. Nosotros sabemos por qué la amaba tanto. Algunas veces encontraba en ese desprendimiento absoluto, el medio de satisfacer su incomparable amor por Jesus pobre y él sabía que la estricta pobreza sería para sus hijos un eficaz medio de santificación personal. Pero la historia nos habla también de sus preocupaciones apostólicas en la prác-

tica del renunciamiento perfecto; ante todo, él mira la pobreza absoluta como un medio poderoso de apostolado.

Al comienzo de su predicación en Languedoc, en 1206, testigo contristado de la influencia considerable que las apariencias de pobreza daban a los predicadores heréticos, persuade a los legados papales, de acuerdo con el obispo de Osma, a que abandonen su tren de opulencia y él mismo se despoja de todo lujo e inaugura la predicación por medio de la santa pobreza. Tan pronto como ha reunido algunos compañeros de apostolado, los hace participar de su género de vida y los entrega a la mendicidad.

Esto para darle a la palabra santa mayor eficacia. El despojo absoluto del fraile predicador y la práctica integral de la doctrina que predica, tocarán los corazones y llevarán a cabo lo que la palabra ha comenzado. Los hombres se conmueven siempre por el desinterés. Son tan apegados a los bienes materiales que la vista de un hombre que renuncia a lo que ellos persiguen con un ardor jamás saciado, los maravilla y los convence (3).

La estricta pobreza, al formar al fraile predicador según el modelo de Jesús, al mismo tiempo que será

---

(3) Juan Joergensen cuenta que, antes de su conversión, cuando iba a ver a un benedictino de la Abadía de San Bonifacio, "le bastaba entrar en la pobre celda cuyo total mobiliario consistía en una mesa, un lecho, dos sillas y un reclinatorio, para que esto le hiciera más efecto que volúmenes enteros de apologética". *Vita vera,* traducción Sirgel-Launoy, París, Beauchesne.

segura garantía de su sinceridad, hará de él un apóstol. "Porque el apóstol no es solamente un hombre que sabe y que enseña por medio de la palabra; es un hombre que predica el cristianismo con todo su ser, y cuya presencia sola es ya una aparición de Jesucristo" (4).

Aun en ese desprendimiento de los bienes terrenales, el fraile predicador ve en definitiva "la santa predicación universal" a la que se ha entregado por voluntad de la Iglesia. Ante los bienes materiales él se pregunta: ¿en qué pueden ayudarme para la salud de las almas? Toma aquellos que pueden ayudarle, no por ellos mismos para gozarlos, sino para servirse de ellos como medio de llenar su misión. Los refiere al orden eterno que destina las criaturas inferiores para conducir al hombre a Dios. Los otros, los que

---

(4) LACORDAIRE, VIDA DE SANTO DOMINGO. En su opúsculo de *vita regulari*, el Beato Humberto de Romans expone con suma gracia esas mismas ideas y particularmente muestra cómo los bienes temporales son ocasión de infinidad de distracciones y tentaciones; el alma viene a ser su esclava y pierde esa libertad de acción que le permite consagrar todas sus energías vitales a la obra de Dios. "Testigo, dice, ese santo predicador que despojado de todo, se había reservado un asno para su servicio. Advirtió que ese asno le exigía muchos cuidados; era necesario alimentarlo, no dejarlo perder, asegurarse de que estaba bien. En una palabra el asno era para él una preocupación continua aun durante la predicación. Haberlo dejado todo para ser libre y sin embargo encontrarse en perpetuo afán por un asno, le pareció a ese santo hombre una ironía insoportable. Regaló su asno e hizo sus viajes a pie." (Cf. Montier, Historia de los Maestros Generales t. I, páginas 485-486.)

son un obstáculo para su apostolado, los rechaza. A veces rehuye usar aun aquellos que son indiferentes, a fin de que su acción, más libre, sea más fuerte. El luchador se despoja de todo lo que puede atar sus energías.

Esta concepción de la pobreza hace comprender por qué en las postrimerías del siglo XV, la Iglesia quiso que la Orden pudiera poseer colectivamente las rentas necesarias a su subsistencia. Habiendo disminuído la fe de los pueblos, su generosidad se aminoró y la mendicidad, en lugar de ayudar al apostolado, vino a ser un obstáculo. No se alteró ni la fidelidad al pensamiento del Santo Fundador, cuando se permitió al convento la propiedad colectiva que daba a los religiosos, menos numerosos en una sociedad menos creyente, la libertad de entregarse al estudio y a la predicación. Así, Santo Domingo mismo había aceptado por algún tiempo rentas modestas para el convento de Tolosa, cuyas limosnas en países heréticos no bastaban a sostenerlo. Para nosotros, en efecto, según la enseñanza precisada por Santo Tomás, la pobreza no es sino un medio.

Pero el fraile predicador, aun cuando no mendigue ya, no puede menos de recordar que está personalmente ligado a la pobreza estricta por su voto y por fidelidad al pensamiento de Santo Domingo. Si la comunidad puede hoy aceptar rentas que le aseguren una subsistencia decente, los superiores no podrán acrecentarlas indefinidamente sin ir contra el pensamiento del Fundador: por el decreto de Sixto

IV el convento domnicano no vino a ser una abadía, continúa siendo convento de una Orden mendicante. Los predicadores no pueden olvidar que cuando la necesidad obligó a Santo Domingo a aceptar algunas rentas para el país de Tolosa devastado por la guerra albigense, se estipuló que los frailes no usarían sino lo estrictamente necesario y distribuirían el resto entre los pobres.

No hay, quizá, un punto de las constituciones sobre el cual nuestro Santo Fundador haya insistido más. ¡En cuántas circunstancias manifestó él enérgicamente el horror que le inspiraba el apego a las riquezas en un religioso! Su último pensamiento fue para esta santa pobreza que había amado tanto y que quería dejar a la Orden como honor de ésta y prenda de su fecundidad: "Mis muy amados hermanos —dice a sus desolados hijos alrededor de su lecho de muerte— he aquí la herencia que os dejo como a mis hijos: tened caridad, guardad la humildad, poseed la pobreza voluntaria."

LA CASTIDAD

Nunca ha dejado el angélico pintor de Fiesole de proyectar sobre la frente de su padre Santo Domingo el brillo de una estrella. Era para significar la radiante pureza del patriarca de los predicadores, cuyo extraordinario atractivo han sentido todos sus contemporáneos. Su hija espiritual, la bienaventurada Cecilia, cuenta que "de la frente y de entre las cejas despedía una cierta luz radiante que obligaba al

respeto y al amor". Sobre la ceniza donde expiró, una de sus últimas palabras fue en favor de la castidad: "Hijos míos, la misericordia de Dios me ha conservado hasta este día una carne pura y una virginidad inmaculada. Es la guarda de esta virtud la que hace al servidor de Dios agradable a Cristo y le da gloria y crédito ante los hombres."

Organizó además, la vida religiosa de sus hijos para mantenerlos en una perfecta pureza y hacerlos capaces de andar entre el mundo sin contraer sus miserias. La vida dominica ataca directamente a todos los enemigos de la pureza: a los que provienen del cuerpo, mediante la mortificación de los sentidos, la abstinencia, el ayuno, las disciplinas, las vigilias y la dureza del lecho; a los que provienen del espíritu, mediante la disciplina de la imaginación, el estudio, la oración y la contemplación que ocupan todas las horas del religioso y lo apartan de la ociosidad; en fin a los enemigos externos, por la soledad del claustro y el silencio. Si el fin mismo de la Orden de por sí excluye un aislamiento total, no obstante la regla tiene mucho cuidado de no abandonar al religioso en el ejercicio de su ministerio: lo acompaña en todo momento regulando sus relaciones necesarias y, por su amplia y firme vigilancia, se esfuerza en continuar para el predicador los principales beneficios de la clausura.

LA PROTECCION DE NUESTRA SEÑORA

Por sobre todo, Santo Domingo puso a sus hijos bajo la especial protección de la Santísima Virgen, madre de toda pureza; protección que la Orden ha considerado siempre como su más fuerte apoyo sobre-

natural. La antigüedad dominicana es rica en hechos maravillosos que atestiguan la amable vigilancia de la Madre de Dios sobre la Orden que ella llama: *Mon Ordre, Ordo meus* (5).

"Había en Lombardía una piadosa mujer muy devota de la Virgen que llevaba una vida solitaria. Sabiendo que una nueva orden de predicadores acababa de fundarse, concibió gran deseo de ver a alguno de ellos. Sucedió que el hermano Paúl que predicaba en estas comarcas pasó por allí con su compañero. Según la costumbre se detuvieron ante la reclusa y le dirigieron alguna piadosa exhortación. Esta mujer preguntóles a qué Orden pertenecían, a lo cual respondieron, que eran de la Orden de los Frailes Predicadores. Y ella al considerar que eran jóvenes, hermosos y convenientemente vestidos se inclinó a menospreciarlos pensando que hombres de tal condición no podían, recorriendo el mundo, conservar su virtud durante largo tiempo. Pero a la noche siguiente la Virgen se le apareció con ceño adusto: 'Ayer me ofendiste gravemente: ¿No piensas que yo puedo guardar a mis servidores que recorren el mundo para salvar las almas, aun siendo ellos jóvenes? Has de saber que los he tomado bajo mi especial protección y voy a mostraros a aquellos que has despreciado ayer.' Levantando su manto hizo ver a la reclusa una multitud de hermanos y entre ellos a aquellos de quien había dudado la víspera" (6).

---

(5) Los tiempos primitivos de la Orden de Santo Domingo. t. II, p. 19, Poitiers, 1873.

(6) *Vitae Fratrum*, Ed. Reichert, p. 40-41.

"CASTITAS TRANSFUSIVA"

Autores piadosos han escrito que Santo Domingo, cuya bula de canonización afirma que murió con su inocencia bautismal, obtuvo de Nuestra Señora para su Orden la gracia de manifestar especialmente la virtud angélica así como otras órdenes tienen la gracia de manifestar particularmente la pobreza o la obediencia. Las *Vitae Fratrum* cuentan que "un religioso que oyó en poco tiempo la confesión general de cien hermanos, encontró más de sesenta que habían conservado la virginidad del cuerpo y del alma". Nuestro mayor teólogo es Santo Tomás de Aquino a quien por su admirable pureza se le ha denominado "el Doctor Angélico"; nuestro primer mártir canonizado San Pedro de Verona cuya inocencia de vida atraía hasta su celda la visita de los santos del cielo; uno de nuestros misioneros más importantes, San Jacinto, cuya radiante santidad le hizo el favorito de la Virgen; uno de nuestros más ilustres predicadores, San Vicente Ferrer llamado "el ángel del juicio" tanto por el esplendor de su pureza como por su formidable elocuencia (7); el primero de nuestros artistas, a quien su virginal candor le mereció el nombre de Fray Angélico; por último la flor de nuestra numerosa escuela mística, la seráfica Virgen del Sena. Todos llevan en la frente el signo de la virginidad.

(7) En el proceso de canonización numerosos testigos declaran que jamás había perdido la inocencia bautismal. Cf. Fages. "Proceso de canonización de San Vicente Ferrer, París, Picard, 1904.

En verdad todos los verdaderos cristianos honran y reproducen la virtud que el padre Lacordaire estimaba reservada a la Iglesia.

Sin embargo el fraile predicador debe tener por ella un culto especial; así lo ha querido Santo Domingo, así lo exige su vocación apostólica. El fraile predicador, se ha escrito, debe ser el "angel de la verdad". Bella palabra que expresa muy bien su sublime función y al mismo tiempo el por qué Santo Domingo ha recomendado tanto a sus hijos la admirable virtud. La Orden de la verdad debe ser la Orden de la castidad. Nada dispone mejor a la verdad que la castidad. "El alma que no ha obedecido nunca a la voluptuosidad de la carne, asegura San Alberto Magno, posee por esto mismo una inteligencia más pura y más dispuesta para las cosas de lo alto." Por otra parte la castidad ejerce ante los pueblos un atractivo único: ella irradia, conquista. Es una de las mayores fuerzas al servicio de una idea.

Es por esto sin duda, por lo que el blasón de la Orden simboliza el ideal dominicano en el rayo de una estrella: él dice al predicador que para distribuir las puras claridades de la verdad debe alejarse de la carne y del mundo.

También el hijo de Santo Domingo, se esfuerza por practicar su voto de castidad en su mayor perfección, primero por los motivos que obligan a todo cristiano y además porque la castidad gana los corazones para Cristo. Para ser mejor apóstol, sigue gozosamente las huellas de su bienaventurado padre, del cual Jacques de Voragine escribía que "su castidad era comunicativa: *castitas transfusiva*".

LA OBEDIENCIA

FUNDAMENTO DE LA VIDA RELIGIOSA

La primera palabra de Jesús al entrar en este mundo fue una palabra de total obediencia a la voluntad de Dios, su Padre: *Ecce venio, ut faciam, Deus, voluntatem tuam.*[1] Semejante a esta es la primera palabra de quien quiera que entra en la Orden de Santo Domingo, la palabra que hace al predicador: *Promitto obedientiam usque ad mortem.* Es el voto más esencial de su vida, el único que es enunciado en la fórmula de profesión. El promete "obediencia a Dios, a la bienaventurada Virgen María, al bienaventurdo padre Domingo y al Maestro general de la Orden".

Se pronuncian muy rápidamente estas dos palabras: *promitto obedientiam.* ¡Pero qué plenitud de sentido! Ellas encierran la vida entera del predicador, se apoderan de todas sus potencias, determinan la naturaleza y la medida del ministerio que ha de ejercer, los medios que ha de emplear; ellas regulan aun el menor de sus actos hasta la muerte.

La obediencia, condición indispensable y fundamento de toda vida religiosa, lo es particularmente de la vida dominicana. Gracias a Dios, los predicadores lo han recordado a través de su larga historia. La obediencia ha sido una de las grandes fuerzas de la Orden. Un vistazo a la historia de la Iglesia desde el siglo XIII basta para mostrar los inmensos servicios que ellos han prestado a la causa de Dios por haber adherido estrecha y unánimemente a su maestro general que los hacía adherir íntimamente al Papa. La

fuerza de la obediencia ha salvado la unidad de su gobierno (8), y por eso mismo la unidad en el espíritu religioso, en la doctrina, en la acción. Gracias a la obediencia han realizado durante varios siglos "la santa predicación universal" tan ardientemente deseada por Santo Domingo; han desarrollado en el mundo entero las misiones emprendidas desde comienzos del siglo XIII y aún hoy día florecientes; han hecho conocer y adoptar el rosario a la sociedad cristiana universal. Desde el punto de vista doctrinal basta nombrar la Escuela Tomista para decir los servicios prestados a la Teología Católica.

Por la obediencia es como se podría definir nuestra Orden: una idea organizada servida hasta la muerte por millares de soldados.

CARACTERES DE LA OBEDIENCIA DOMINICANA

Al igual que todas las demás obligaciones de su vida religiosa, la obediencia del hermano predicador tiene su carácter especial, fácil de determinar a la luz de la doctrina de las constituciones y de los comentarios o de la práctica de nuestros santos.

Por el voto de obediencia, el hermano predicador se da a su superior o mejor a Dios mismo para una obra precisa: la salud de sus hermanos. Para asegurar mejor esta obra es por lo que enajena su libertad en-

---

(8) La historia muestra que la Orden de Santo Domingo, mientras todas las otras Ordenes antiguas al sufrir reformas se dividían en diversas ramas, es la única que ha conservado la unidad de gobierno. Se ha extendido por toda la tierra sin que ni una sola rama se haya desprendido de su tronco.

teramente. El promete su tiempo y sus fuerzas, la sumisión siempre lista y confiada de su cuerpo a todas las penas y fatigas, de su voluntad a todos los mandatos, de todo él mismo en fin a lo que el superior juzgue oportuno ordenar para la gloria de Dios. El sacrificio exigido puede ir aun hasta la muerte si la caridad y la salud de las almas lo exigen. No hay obediencia más extensa. Nada escapa a su dominio. Para caracterizarla el Beato Humberto de Romans escribe que ella debe ser *universalis sine exceptione.*

El agrega: *simplex sine discussione.* El hermano predicador se veda de antemano toda discusión, pues discutir el mandato es disminuírlo y quitarle su energía; igualmente toda restricción, pues la obra divina requiere obreros resueltos, ardientes, y buscarle límites a la obediencia es lastrar, es romper su vuelo. La autoridad y la obediencia se confían la una a la otra sin temor de exceder la medida, se armonizan la una con la otra, así como en la familia armonizan la autoridad del padre y la obediencia de los hijos.

En efecto, la obediencia dominicana tiene un carácter familiar. El prelado es el padre de todos sus religiosos. El hace las veces de Dios en el convento, él llena la función de Cristo. Tiene plena autoridad, pero una autoridad que trata "más de hacerse amar que de hacerse temer". Como el padre en la familia debe gobernar por la armoniosa alianza del temor y del amor, de la fuerza y de la dulzura, merecer como Santo Domingo el doble título de "Consolador de los hermanos" y de "Celador de la regularidad",

Nuestro Fundador "castigaba las faltas con energía, y sin embargo imponía las penitencias con tanta dulzura y benignidad que los hermanos las aceptaban gustosos" (9). El Beato Humberto de Romans no quiere prelado indolente que deje embotarse la autoridad; tales son, dice él, estos obispos a quienes los pintores representan sentados sobre su cátedra durmiendo apaciblemente y dejando caer de sus manos el bastón pastoral. Que la autoridad sea fuerte. Pero agrega: Que ella sea al mismo tiempo amante, paternal. Pues si se corrige a los malos por el temor, se corrige a los buenos por el amor. La obediencia llegará a ser con esto más fácil y, como lo quiere la regla, alegre, libre, filial, sin sentimiento alguno de servidumbre. El fraile predicador obedece, no como el siervo que teme la amenaza ni como el cadáver que se deja mover mecánicamente, sino como el hijo amante que amolda su voluntad a la voluntad de su padre. Obediencia que no es resignación sino amor al estado de dependencia por cuanto él precave contra los desvíos de la voluntad propia, que va delante del prelado en quien el religioso ve a un protector contra las caídas siempre posibles, un suplemento para su debilidad; que sacrifica gustoso las ideas y las conveniencias personales y que se confía alegre, filialmente a quien Dios le ha deparado para dirigirlo.

Tal es el carácter tradicional de la obediencia dominicana; es familiar. Estricta y sin reserva pero también sin dureza. Ella armoniza el respeto a la auto-

---

(9) ACT. Canoniz.

ridad y una alegre libertad, la libertad de los hijos de Dios. En nuestra Orden, dice graciosamente Santa Catalina de Sena, "la disciplina es enteramente real; asimismo nuestra religión es enteramente amplia, enteramente alegre, enteramente perfumada y amada" (10).

LA PENITENCIA

El fraile predicador se entrega a la práctica de la penitencia por dos principales motivos:

Como religioso busca renovar el misterio de la Cruz, porque en el estado presente la perfección reside en este misterio: "Si alguno quiere seguirme, dice el Salvador, que tome su cruz cada día."

Como sacerdote y pastor de almas, se sacrifica con Jesús para salvar el mundo y expiar los pecados del pueblo. Extraña ilusión la de aspirar a digno ministro del Redentor y darle una colaboración eficaz sin querer asociarse a su Pasión por la mortificación universal: "Debo completar en mi carne, decía el apóstol, lo que falta a la pasión de Cristo para su cuerpo, que es la Iglesia." Es una ley sin excepción la de que sin penitencia no hay acción sobrenatural sobre las almas.

En la vida del fraile predicador, Santo Domingo ha destinado un lugar importante para la penitencia. Se pueden distinguir las diversas prácticas en observancias de regla y observancias de consejo.

---

(10) Santa Catalina de Sena, Dialogue, ed Hurtaud, t. II, p. 275.

LAS OBSERVANCIAS DE REGLA

Unas corresponden directamente al cuerpo: el ayuno de siete a ocho meses del año, la abstinencia perpetua, el uso exclusivo de lana en sus hábitos y la levantada durante la noche para el oficio canónico. Otreas son más bien mortificaciones espirituales, tales como el capítulo de culpas, el silencio y muchas otras obligaciones de la vida regular. Hemos citado ya el texto del Beato Humberto en que expone cómo los primeros predicadores tomaron de las constituciones de los "Chanoines Prémontrés" lo que ellos descubrieron de austero —quod arduum— y cómo agregaron ellos muchas otras observancias.

Pero las fuerzas humanas tienen su límite. ¿Cómo un hombre consagrado a las fatigas, a veces agotadoras, del ministerio apostólico, podrá entregarse habitualmente a la práctica de penitencias tan duras? ¿Cómo hacer que estas observancias, al menos en algunos casos particulares, no perjudiquen el apostolado, fin esencial de la Orden?

Santo Domingo ha previsto la dificultad. Para conciliar la austeridad, el estudio y el apostolado ha puesto a la cabeza de las constituciones la ley de la dispensa: "El prelado podrá dispensar a los frailes según lo juzgue conveniente, sobre todo en las cosas que pueden impedir el estudio, la predicación y el bien de las almas."

El ascetismo dominicano tiene por objeto el apostolado y por consiguiente está condicionado por él. "Los estatutos de la Orden, explica el Beato Humber-

to, no deben observarse con una rigidez tal, que impidan alcanzar a la Orden su fin primordial." Toda vez que los ejercicios penitenciales contraríen el apostolado, y solamente en los casos en que sean un obstáculo, cederán el puesto a un bien superior.

Esta ley de la dispensa es un órgano esencial cuyo funcionamiento asegura la normal actividad de la orden. En la vida cotidiana, ella aclara a los ojos del predicador la importancia de cada uno de sus deberes y jerarquiza los diversos capítulos de las constituciones. Ella organiza los diversos elementos; realiza la armonía del elemento contemplativo y el elemento apostólico adaptando sus observancias a la vida activa. Es esto lo que ha permitido a Santo Domingo levantar su obra como un edificio, tan armonioso como difícil, que carecería de modelo y debía tener pocas imitaciones. Una obra a la vez ascética, contemplativa y apostólica, donde la austeridad prepara la contemplación que ha de informar la acción.

En esto se ve la discreción como uno de los rasgos distintivos del espíritu dominicano. Nada más contrario a esto que ese espíritu neciamente igualitario que reclama para cada uno los mismos derechos e impone los mismos deberes. ¿No ha repartido Dios desigualmente los dones de la naturaleza y de la gracia? La regla quiere que el prior se esfuerce por imitar el arte divino en el gobierno de las almas y pone entre sus manos el instrumento delicado de la dispensa mediante el cual todos los elementos se coordinan para concurrir a la plenitud del aposto-

lado. El prelado es un padre que debe regir sus hijos con tanta amplitud de pensamiento y de afecto como de firmeza y que debe tratar a cada uno según sus necesidades y medios que ha recibido de Dios. *Distribuatur unicuique vestrum a Proeposito vestro, non aequaliter omnibus quia non aequaliter valetis omnes, sed potius unicuique prout cuique opus fuerit.* Es cierto que el prelado debe conducirse en tal forma que cada uno de los religiosos siga la auténtica vida de la austeridad, puesto que es la vía normal de los predicadores. En caso de duda, él pesará las fuerzas y necesidades para medir el trabajo y el reposo; tendrá cuidado de distribuir uniformemente los mandatos de austeridad y de dispensa, distinguiendo primero la vocación particular de sus hijos, su fortaleza o debilidad, lo que ha recibido y lo que rinde y aplicará los medios de sacar de cada uno el bien diferente que Dios le exige para la salud del mundo.

PRACTICAS PENITENCIALES DE CONSEJO

Son aquellas que las constituciones no imponen estrictamente, sino que sólo aconsejan con entusiasmo, pero cuyo uso se ha generalizado tanto en la vida dominicana que es necesario hablar de ellas para diseñar la fisonomía completa del predicador.

Con grande insistencia recomiendan las constituciones al maestro de novicios enseñar y comunicar a sus discípulos el espíritu de austeridad y ejercitarlos en la práctica: *Magister "Eosdem" novitios, "doceat... Ut nimirum, voluntariam in omnibus obedientiam servent, propriam voluntatem pro suis Ma-*

gistri et Praelati voluntate libenter pro amore Dei deserentes; ut puritatem et corporis et animae ardentissimo amore prosequentur, carnis insolentiam cohibentes tum continua mortificatione sensuum, maxime oculorum, tum austeritatibus Ordinis, tum etiam paenitentiis sponte susceptis de Magistri autem expressa licentia. (Cons. Nº 135.)

Estas prácticas penitenciales han sido el orgullo de la Orden hace mucho tiempo.

Santo Domingo había dado el ejemplo. Andaba descalzo por todos los caminos, excepto cuando recorría las ciudades, iba mendigando su pan de puerta en puerta, bebiendo agua de las fuentes y arroyos, paciente en toda adversidad, sonriente ante toda injuria. En Segovia se venera la gruta donde el se retiraba durante la noche para orar y disciplinarse. Cuando se quedaba en Santa Sabina, pasaba la noche en la Iglesia. Prosternado sobre las gradas del altar, se flagelaba tres veces por noche hasta verter sangre y prolongaba su vigilia y oración tanto como sus fuerzas se lo permitieran. Si la fatiga era excesiva y el sueño lo rendía, se apoyaba a lo largo del muro y se reclinaba un instante sobre la piedra funeral que cubría el cuerpo del santo Papa Alejandro.

Los hijos han seguido llenos de coraje el ejemplo de su Padre. Cuando se celebra la fiesta de un santo de la Orden, y esto sucede muchas veces a la semana, se oye con toda seguridad en la lectura de las lecciones del oficio lo que se ha llamado el "refrán del segundo nocturno", es decir, el relato del mismo volun-

tario martirio: *vigiliis, jejuniis, flagellis et aliis cruciatibus carnem suam affligebat.* Esta nota de austeridad es una de las que establecen la unidad en la extrema variedad de los santos dominicanos.

Por la gracia de Dios, la historia contemporánea recuerda en este punto las épocas primitivas. El biógrafo del padre Lacordaire no se ha atrevido a contar las secretas penitencias que se imponía el ilustre predicador. Lo poco que ha revelado llenó de estupor a los que sólo habían admirado la incomparable elocuencia del orador de Nuestra Señora, sin sospechar la austeridad del religioso. ¿Se podrá encontrar algo más conmovedor en su simplicidad que esta cruz de madera colocada contra un pilar de la cripta de los Carmelitas, en donde el restaurador de la Orden dominicana se hacía atar horas enteras para semejarse más fielmente al Divino Crucificado?

Uno de los auditores del padre Pesson, maravillado de su austeridad, exclamaba: "Es un crucifijo que habla." Este hombre tan dulce y de trato tan exquisito era en efecto un gran penitente: "El mobiliario de su celda consistía en una mesa sobre la cual permanecían abiertos algunos libros de teología; dos sillas burdas, y en un rincón un cofre en forma de ataúd que le servía de lecho; el fondo estaba tapizado de piedras y trozos de madera; un *in-folio* de San Agustín le servía de almohada y una colcha de lana extendida sobre el conjunto ocultaba sus instrumentos de penitencia y lo cubría durante la noche. Era allí donde tomaba su descanso enfermo y alentado."

Seguramente cada predicador no está obligado a repetir en carne propia cada una de estas temibles experiencias, tan temibles a la naturaleza como suaves para el alma generosa. Pero sí, del ejemplo unánime de sus padres debe concluir que el camino normal de su formación interior es el camino de la austeridad.

La medida de esta austeridad responderá a los llamados particulares de la gracia y sobre todo a las indicaciones de la obediencia. Porque estas penitencias que el libre amor agrega a observancias ya austeras, deben estar condicionadas por las necesidades del apostolado, como es costumbre en la vida dominicana. La obediencia las regula y les impone su justo medio, esta sabia ponderación que se mantiene tan alejada de un exagerado ascetismo como del extremo contrario. Ella mantiene los límites en esta admirable discreción, enemiga de las exageraciones en más o en menos, tan recomendada por nuestros santos: "La maceración del cuerpo, dice Santo Tomás, no agrada a Dios sino cuando se hace con la discreción necesaria: ella debe dominar la concupiscencia sin abatir la naturaleza."

Aun el austero San Vicente Ferrer recuerda a sus hermanos que "es muy difícil guardar la mesura en la penitencia", y que una de las más temibles astucias del demonio es la de "sugerir a un religioso ferviente abstinencias y vigilias exageradas propias para debilitarlo y hacerlo incapaz para el ministerio" (11).

(11) San Vicente Ferrer, "La Vida Espiritual", II parte, Cap. IV.

El ministerio apostólico es en efecto la razón de ser del predicador, el fin supremo que no debe perder jamás de vista. Después de haberle libertado de sus lazos naturales y aliviado de su peso humano, la penitencia vendrá a ser para él un medio de alcanzar este fin. Si por la exageración o la singularidad la penitencia lo desvía de tal fin, lo colocará al propio tiempo fuera de su vocación. Después de haber expiado por él mismo, el fraile predicador dirige la eficacia de su penitencia hacia la salud de las almas, a ejemplo de su Padre Santo Domingo que hacía tres partes de la sangre que derramaba en sus sangrientas disciplinas: "la primera por sus pecados, la segunda por los pecados de los vivos, la tercera por los pecados de los muertos." Así San Pedro de Verona se flagelaba para convertir más seguramente a los herejes. Y el padre Lacordaire se infligía o se hacía infligir en el Capítulo de Flavigny increíbles humillaciones o sangrientas flagelaciones a fin de "sufrir por justicia para expiar, sufrir por amor para probar".

¿Cuando se trata de salvar el mundo con Jesús, podrá el religioso vacilar ante la penitencia redentora? ¡Las almas salvadas, Dios glorificado! Es la recompensa al céntuplo. Las más duras penitencias no son entonces para el feliz supliciado sino fuente de incomparables alegrías íntimas. Le bastaría al predicador, para lanzarse con alegría por el camino de las santas austeridades, ver que el espectáculo de su vida despierta el sentido del arrepentimiento y del sacrificio, y fuerza a los hombres a recordar que Dios murió sobre la cruz.

CAPITULO II

LA VIDA CONTEMPLATIVA

¿POR QUE EL PREDICADOR ES UN CONTEMPLATIVO?

Porque él está consagrado al ministerio apostólico. Si hay alguna certidumbre fuertemente establecida por la enseñanza de la Iglesia y por la experiencia de los santos, es la de que la vida activa debe proceder de la vida contemplativa que aquélla traduce al exterior; para hacer fecunda la acción no puede prescindirse de la contemplación.

Los modelos a los cuales un religioso debe siempre volver si aspira a realizar el ideal de su vocación, los Apóstoles, cuando quisieron definir sus funciones hablaron de la contemplación y del ministerio de las almas, pero colocando la contemplación en primer lugar: *nos vero oratione et ministerio verbi instantes erimus* (Act. VI, 4).

Toda la antigüedad eclesiástica ha vivido según esta palabra: los clérigos vivían la vida contemplativa. Cuando Eusebio quiso explicar a los paganos lo que son los clérigos de la nueva religión, los definió: "Aquellos que viven en el renunciamiento de todas las cosas de la tierra y desprendidos de los cuidados temporales se aplican a la contemplación de las cosas

eternas." A fines del siglo V Julien Pomére al escribir un tratado de la vida de los clérigos lo titula *De vita contemplativa.* Vida clerical y vida contemplativa eran sinónimos. ¿Y quién ignora que durante largos siglos la oración litúrgica ha tenido el primero y más importante lugar en la vida de todos los ministros de Dios, aun entre aquellos que más activamente se ocupan en las obras de caridad? Y todavía en el siglo XIV, todas las horas canónicas eran en todo lugar solemnemente celebradas, y difícilmente se habría encontrado un párroco rural que no cantara rodeado de sus clérigos, cada día en su iglesia por lo menos la misa y las vísperas, y que no se levantara en la noche para entonar los maitines.

El ministerio extraordinariamente fecundo del clero primitivo se nutría pues de una abundante contemplación. Santo Tomás no hizo sino resumir esta larga experiencia de los santos, cuando escribió con su habitual precisión: *Vita activa secundum quam aliquis praedicando et docendo contemplata aliis tradit, proesupponit abundantiam contemplationis.* (La vida activa por virtud de la cual alguien transmite a los demás, por medio de la predicación y la enseñanza, lo contemplado, presupone una abundancia de contemplación.)

Puede decirse que esta verdad es la nota fundamental de las constituciones dominicanas. Santo Domingo quiso que la vida cotidiana de sus hijos fuera una vida contemplativa, lo que vale como decir una vida de recogimiento, de estudio y de oración: el silencio

facilita el estudio, el estudio alimenta la oración, la oración atrae la caridad, alma de todo apostolado; porque "el celo, dice también Santo Tomás, es un amor intenso" (Ia. IIae. qu. 28, a. 4).

La contemplación es el alma del apostolado dominicano. La Orden no podría renunciar a ella sino suicidándose, ni disminuirla sin disminuir en igual proporción la eficacia de sus obras. Sin vida contemplativa todo estará tocado de esterilidad: el estudio pierde su sentido profundo, las obras quedan vacías del espíritu de caridad, porque la contemplación es la gran fuente no sólo de amor sino también de la inteligencia.

Privada de esta fuente vivificante, la Orden se resecaría, se vería agostada como un árbol plantado en tierra exhausta, demasiado pobre para alimentarlo. Alcanzaría quizá a formar sabios profesores, capaces de doctas lecciones y de libros eruditos, pero lecciones y libros incapaces de producir piedad. Sus predicadores no distribuirían a las almas sino elocuencia humana, estéril.

Fue para evitar esta desgracia, de tener una Orden de religiosos cuya ciencia no estuviera orientada hacia la piedad ni sus obras penetradas de lo sobrenatural, por lo que Santo Domingo dio a la oración rango e importancia tan principales y por lo que las constituciones recomiendan con tanta instancia a los priores mantener en los conventos "las solemnidades del oficio divino, el canto, las procesiones y otras ceremonias prescritas, persuadidos de que el Dios

todopoderoso derramará bien numerosas bendiciones sobre la predicación y el ministerio de los frailes a quienes una alegre devoción hará más asiduos al coro". "Los predicadores —añade el Beato Humberto— toman en la contemplación lo que trasmiten después a la predicación." El hijo auténtico de Santo Domingo es un contemplativo. No es la ciencia ni la elocuencia lo que en primer lugar lo caracteriza, sino el amor a la oración. Antes que todo busca él "fortificar en sí mismo al hombre interior para estar enraizado y afirmado en la caridad y lleno de toda la plenitud de Dios" (Eph. III, 14). Se halla penetrado de esta convicción: que el apostolado lejos de ser agitación, es florecimiento de la vida interior, irradiación de un alma plena de Dios, cuya vida desborda y se comunica a otras almas. Guarda como norma de conducta cotidiana la breve sentencia del sublime testamento de Santo Domingo: *In fervore spiritus consistite:* permaneced en el fervor de la caridad.

LA MORADA DE LA CONTEMPLACION

Tal es el nombre que un viejo cronista daba al convento de los predicadores: *Domus contemplationis.*

Puesto que el fraile predicador es ante todo un contemplativo, Santo Domingo ha querido crear para su formación lugares adecuados a la vida contemplativa, revestidos de silencio y de oración.

Según lo organizan las constituciones de la Orden, el convento dominicano podría definirse: una mansión religiosa organizada para la contemplación.

Aun en su disposición material, el convento debe favorecer la vida interior (1). De ordinario, al lado de la iglesia, centro de la vida conventual, se desarrolla el claustro. El claustro rodea un patio silencioso y recubre las tumbas de los frailes difuntos. Lugar sagrado que no se atraviesa sino rezando. Alrededor, los lugares regulares: la sacristía, el refectorio, el capítulo, la biblioteca. Encima el *Dormitorium,* largo pasillo sobre el cual se abren todas las celdas de los religiosos.

Las constituciones quieren que este conjunto sea construído sin lujo, sin inútil decorado. Mas no excluyen ellas una cierta elegancia de forma, porque la belleza facilita las elaciones del alma. Las *Vitae Fratum* narran que el fraile Guy fue recompensado después de su muerte por el bello claustro que había levantado. No han faltado frailes artistas para enriquecer el interior del convento, el claustro sobre todo, con hermosas obras de arte que habrían de ayudar a los religiosos para elevarse hacia Dios.

En todos estos lugares, el recogimiento, la paz. Se trata en efecto de sortear ese que Santo Tomás señala entre los principales obstáculos para la contemplación: *tumultus exteriores.* Apenas ha entrado, el novicio es invadido por el silencio, una de las primeras obligaciones de la vida dominicana. Con

(1) "Se han construído sobre la tierra palacios augustos; se han levantado sublimes sepulturas; se han edificado a Dios mansiones casi divinas; pero el arte y el corazón del hombre jamás han ido más lejos que al crear el monasterio." (Lacordaire, Vida Santo Domingo, ch. VIII.)

qué urgente gravedad recomiendan las constituciones "la muy santa ley del silencio". "Que los frailes callen", ordenan ellas, al enumerar los lugares regulares donde jamás debe ser pronunciada una palabra: la iglesia, el claustro, el refectorio, la celda. Si alguna vez fuera absolutamente necesario hablar, será con palabras rápidas y como silenciosamente. En el refectorio el silencio es perpetuo; el Maestro general mismo, hasta el Capítulo General celebrado en Roma en el año de 1932, no podía permitir que se hablara allí. Este poder le fue acordado entonces, así como al ministro general de los menores, cuando ellos presiden la comida. La celda es un santuario: nadie puede entrar en ella sin permiso del superior; no se hable allí jamás, el religioso en ella no debe sino "leer, escribir u orar".

En el convento no debe oírse ningún ruido, ninguna palabra. Todo calle en el lugar de la paz. ¡Qué mal estarían aquí, en lugar de este silencio, los frívolos diálogos del mundo! Aun cuando se hable, no deben oírse allí sino palabras completamente interiores, palabras de plenitud que revelen los habituales pensamientos de quienes están acostumbrados a las cosas divinas y que muestren el culto que ellos ofician en el santuario íntimo del alma.

Porque la regla impone el silencio físico como medio de obtener un fin más elevado: el recogimiento interior. ¿A qué, ciertamente, callar con los hombres, ser sobrio en conversaciones si, detrás del mutismo de los labios, las voces interiores forman tumulto?

Más que a los labios es a los sentidos a los que la regla quiere imponer silencio, a la imaginación, a la sensibilidad. El ideal que ella nos propone es aquél de Santo Domingo, de quien las viejas crónicas traen este magnífico elogio: *Linguae observantissimus custos non nisi cum Deo aut de Deo loquebatur* (custodio observantísimo de la lengua sólo con Dios o de Dios hablaba); aquel de Santa Catalina de Sena que conversaba sin cesar con Jesús en su "celda interior", al propio tiempo que se ocupaba en las más diversas obras; aquél de Santo Tomás de Aquino, que reducía todos sus estudios y cada uno de sus pensamientos a Dios; aquél de San Alberto Magno, cuando escribía a sus hermanos: "El religioso que penetra en sí mismo se supera a sí mismo y verdaderamente asciende hacia Dios. Recojámonos pues lejos de las disipaciones mundanas para obstinarnos en la lumbre de la contemplación."

Verdaderamente, en su convento, el fraile predicador está consagrado al silencio.

De ordinario el novicio llega agitado, con el alma herida de inquietud. El primer beneficio del convento es el de darle el radioso sosiego del silencio. Todo conspira a hacerle olvidar los vanos tumultos de afuera y le estimula a buscar el triunfo en el reino interior. Si no es él un alma mediocre, una de esas almas tibias, faltas de profundidad y de misterio, ama en seguida ese silencio que comienza por poner òrden en sí mismo y poco a poco lo introduce en la paz.

Al mismo tiempo que se halla protegido contra las fuerzas malignas que asediaban su alma, una misteriosa fuerza viene a conmoverlo. Todo lo aleja del mundo. Todo lo eleva hacia Dios. Se siente circuído por lo sobrenatural. De todas partes se levanta la oración, y a toda hora. A menudo en el día y aun en plena noche, la campana lo convoca para el magno deber de la alabanza divina. De todos los lugares de esta mansión habitada por el espíritu se levanta hacia él un canto que no se cansa de escuchar, que lo arrastra, el canto de las almas a la búsqueda de Dios, el motivo eterno del amor.

Desde el primer día, se encuentra él en presencia de ejemplos vivientes. Sus nuevos hermanos le indican a cada instante cuál es esta vida que debe realizar. Les ve a toda hora tender hacia este ideal común. Todos sus pensamientos, todos sus actos, allí convergen. Y de este esfuerzo colectivo, de este ardor comunicante irradia una fuerza plena de esperanza. Irresistiblemente, el novicio obedece a este llamamiento que se desprende de todas las cosas y de todos los corazones, a esta orden de llegar a ser perfecto. Se siente arrastrado en un vasto movimiento cuyo término es Dios. Se da cuenta de que continúa una larga tradición. Cuando atraviesa los claustros, pisa tumbas. Un gran hálito de historia pasa y lo envuelve. Los menores gestos de los novicios, que armonizan un mismo pensamiento y una igual generosidad, descubren la belleza de la tradición; reúnen a los hijos con sus padres. Así oraba Santo Domingo,

así los innumerables hijos que Dios le ha deparado en el curso de los siglos. Todos ellos han dado a su fe una expresión idéntica. Todos no forman sino uno, confundidos en la generosidad del mismo sacrificio, en la fórmula de una misma oración.

La regla llega a apoderarse de su vida influyendo en sus menores detalles, organizándolos todos hacia Dios, imprimiendo en todos, aun en los más vulgares, algo de la santidad del deber. Imponiéndole la pobreza, la castidad, los renunciamientos de la obediencia o las austeridades de la penitencia, ella remueve el otro obstáculo para la contemplación, señalado también por Santo Tomás: *vehementia passionum.* La observancia de la regla purifica al mismo tiempo el cuerpo, el corazón y el espíritu. Basta al predicador observar todos los puntos de ella, para ser elevado, por la virtud de los esfuerzos que esta fidelidad supone y por la fecundidad de la gracia de la cual la regla es como el cauce, a un grado eminente de vida interior. "Dadme un fraile predicador que observe su regla hasta la última letra, decía el Papa Juan XXII, y yo lo canonizo sin necesidad de otro milagro."

El hijo de Santo Domingo adquiere una fuerza inmensa sometiéndose a disciplina tal. Ella lo liberta, lo adiestra, lo levanta. Es por esta regla, escrita y experimentada por santos innumerables y tan prodigiosamente fecunda, por lo que la vida dominicana se presenta, para usar una expresión de las constituciones, como un bella ceremonia, *pulchra cere-*

monia: vida grande, colmada, feliz, armoniosamente bella, fuente inagotable de alegría intelectual y afectiva (2).

Los días del predicador se desenvuelven en la paz de la observancia, la alegría de los renunciamientos y de la caridad fraterna. Extraño a las inquietudes y placeres del mundo, libre de las preocupaciones de la vida exterior, desdeñoso de toda distracción vulgar, no ve ni entiende, en el transcurso de sus horas de voluntaria soledad, sino lo que hay de divino en el mundo. Recoge todo lo que le habla de Dios. Realiza así la unidad de la vida: todo lo penetra de lo divino. En esta paz del claustro, donde la austeridad y la castidad conforman su alma para la verdad, él vigila y está en espera: cuando Dios llega, oye mejor su voz.

Ahora bien, Dios viene a menudo. En todo lugar y en todo instante El se da al alma que le desea: durante el estudio que la caridad vivifica, en el claustro, en el coro, en la celda. La celda es el refugio todo lleno de Dios, el lugar habitual de la contem-

(2) Es de observar que las grandes órdenes de la Edad Media acertaron plenamente a organizar una vida a la vez muy austera y muy alegre, y a hacer de la alegría uno de los rasgos característicos de la vida religiosa. Al descuidar los cristianos la práctica de la penitencia y de la oración litúrgica, la alegría cristiana ha disminuído. A propósito de esto dice Mgr. d'Hulst: "Todas estas congregaciones que datan del Renacimiento no me dicen nada. Encuentro su género de vida frío y triste como su teología, como su hábito. Yo amo la liturgia, el coro cantado, los viejos oficios, los antiguos usos, el perfume del claustro" (Pensamientos y consejos, París, de Gigord, 1913, pág. 133).

plación del religioso y el de sus más abundantes conversaciones interiores. Al predicador fervoroso, ella le habla siempre, y le trasmite lecciones que sólo ella conoce. El padre Lacordaire aseguraba que en su celda estrecha había descubierto "un horizonte más vasto que el mundo".

Verdaderamente la vida dominicana tal como la organizó Santo Domingo, luminosa, grande y disciplinada, austera y alegre, revela y da a Dios. El convento dominicano es el sitio favorable al reposo y a la expansión del alma. La oración se despliega allí libremente. El estudio, tranquilo y sereno, se hace allí profundo y fructuoso. Es aquélla, exactamente, la *pax operosa* que reclama San Agustín. Si pues una alma generosa llega allí a refugiarse, su influencia, suficientemente sostenida, producirá una vida fuerte y plena, una vida armoniosa y fecunda.

Después de haber preparado al predicador para el ejercicio del apostolado, esta misma vida conventual le protegerá contra el agotamiento causado por el ministerio. Al regreso de sus correrías apostólicas, volverá al recogimiento del claustro y a la paz de su celda a fortalecerse para nuevas labores.

El convento le ofrecerá el necesario descanso; el recogimiento le enriquecerá con nuevas provisiones de vida; su alma se hará nueva. Restaurado y otra vez provisto, podrá partir nuevamente sin riesgo, a la conquista de las almas (3).

---

(3) Es un deber del prior velar porque el religioso entregado al ministerio no se agote por demasiada vida activa; debe impedir todo exceso de cansancio y conceder a sus religiosos un tiempo de retiro. El padre Lacordaire escribía al prior de Nancy, en 1846: "Es importante que los frailes no prediquen

San Antonino había mandado escribir sobre la puerta de su celda: *Silentium est pater Praedicatorum.* Y es en verdad en el silencio de su convento donde el fraile predicador llena su alma de la vida sobrenatural que debe distribuir a los hombres. Ciertamente un pensamiento genial guió al Patriarca de Osma, cuando, proponiéndose formar apóstoles, comenzó por sumergir a sus hijos en la vida contemplativa (4).

EL ESTUDIO

EL ESTUDIO EN LA VIDA DOMINICANA

Los frailes deben tener una extrema aplicación al estudio: "leer y meditar de día, de noche, en el convento y cuando viajan, y esforzarse por retener en la memoria todo lo que puedan" (5).

---

demasiado, careciendo de tiempo para recogerse y preparar sus sermones.. es necesario que los religiosos tengan consagrada una parte de su tiempo al retiro y a la meditación, a fin de fortalecerse en el estudio, la penitencia y la sumisión."

(4) Las constituciones dominicanas imponen un año de noviciado simple durante el cual el novicio estudia el espíritu de la Orden, su tradición, su historia, y se forma en la vida religiosa. Al cabo del año, hace profesión simple por tres años, e inmediatamente se aplica a los estudios, y pasa a la casa de estudios bajo la dirección de un padre maestro de estudiantes. Después de estos tres años es llamado a hacer profesión solemne y puede, si llena de otra parte las condiciones fijadas para los estudios, recibir las órdenes sagradas. Deja el grupo de los hermanos estudiantes cuando es sacerdote. Pero el religioso nunca es destinado al ministerio sino después de haber terminado completamente sus estudios teológicos y de un examen especial relacionado con el sagrado ministerio.

(5) Constituciones primitivas y constituciones actuales, Nº 627, par. 1.

El estudio, en efecto, es uno de los principales medios que permiten a la Orden alcanzar su objeto. "Sin duda, dice el bienaventurado Humberto, él no es el fin de la Orden, pero es eminentemente necesario para predicar y obrar la salud de las almas; sin él no podríamos ni lo uno ni lo otro." ¿Cómo, ciertamente, predicar la doctrina, enseñar, discutir, refutar, sin una preparación seria y metódica?

Por ello Santo Domingo organizó la vida de sus hijos de tal suerte que favoreciese el estudio, impuesto como una obligación de regla, como una ocupación necesaria y permanente.

A su regreso de Roma en donde había obtenido la aprobación del Papa Honorio (Teodorico de Apolda es quien lo cuenta) reunió a todos sus compañeros para exponerles el fin de la nueva Orden: *ut studerent et praedicarent.*

Así, pues, una de las primeras obligaciones del prior es velar para que "los estudios estén siempre en pleno vigor y los estudiantes muy aplicados". Dará las dispensas del caso convenientes para que la fatiga que proviene de la observancia no disminuya el celo de los lectores o la aplicación de los estudiantes. Aun el oficio debe cantarse brevemente y sin prolongarlo demasiado para no estorbar el estudio (6).

---

(6) *Constitución.* 46. Explicando este texto el Beato Humberto hace esta justa observación: "En este pasaje las constituciones no ponen el estudio por encima de la oración; solamente sacrifican la duración exagerada de ésta. Es preferible, en efecto, tener un oficio breve que permita el estudio a un oficio largo que lo impida, y esto a causa de las muchas ventajas del estudio." (*De vita regulari,* t. II, p. 97.)

De acuerdo con las necesidades momentáneas del ministerio, el fraile predicador regulará las diversas observancias pero jamás estará dispensado de la obligación del estudio; de tal manera es esto fundamental en la vida dominicana. Cayetano exageraba sin duda cuando afirmaba que todo dominicano que no consagraba cuatro horas por día al estudio estaba en pecado mortal. No es menos cierto que estaría completamente fuera de su vocación y en grave falta contra la regla, el fraile predicador que no amase el trabajo intelectual.

Fue una de las grandes preocupaciones de la Orden en sus comienzos organizar los estudios en la forma más completa posible e inducir a los hermanos al trabajo intelectual. Ninguna otra sociedad religiosa lo había hecho. Tan pronto como Santo Domingo instaló sus primeros hijos en Tolosa los hizo frecuentar la Escuela Episcopal de Teología. Después de él los maestros generales rivalizaban en celo con los Capítulos para colocar a la Orden a la cabeza del movimiento intelectual de la Edad Media y realizar al mismo tiempo la profecía de Honorio III que, desde el 22 de diciembre de 1216, saludaba en los hijos de Santo Domingo a "los campeones de la fe y las verdaderas lumbreras del mundo".

En nuestros días la Orden ha guardado fidelidad a su vocación científica y pide a sus hijos que, así como en el pasado, se consagren con entusiasmo al estudio. Esclarece su blasón con la palabra tan fecunda: "Veritas". El dogma es para el fraile predi-

cador tierra sólida e inconmovible sobre la cual apoya todas sus obras, toda su acción. Tierra de inagotable fecundidad: excavada por los teólogos, los Alberto Magno, los Tomás de Aquino, descubre tesoros inmensos; cultivada por los predicadores y los místicos se adorna con una espléndida floración, hace germinar el trigo que da el pan a las almas y dilatar las flores de amor, las elaciones de un Enrique Suzo, de una Catalina de Sena.

Por largos años antes de empezar a ejercer el ministerio, el fraile predicador debe recibir una preparación seria y metódica. No se procede a la manera moderna en la iniciación científica. Su educación se hace lentamente, tradicionalmente, según el antiguo método escolástico que ha formado los más grandes espíritus de la Iglesia. Llegado hacia los veinte años al noviciado, no es entregado al ministerio sino alrededor de los veintiocho. Durante estos años alejado de todo lo que puede dividir su esfuerzo o debilitar su atención recogerá con una docilidad inteligente y activa las enseñanzas del pasado; aprenderá a conocer y a amar el trabajo de sus padres, acomodado a ese espíritu deberá crecer según su espíritu en el profundo respeto de su obra. Cuando llegue el momento de obrar, soñará en aumentar la riqueza tradicional en vez de destruírla y en llevar su aporte personal al tesoro acumulado por sus padres.

En la Orden, siempre ha tenido el religioso tiempo disponible para dedicarse al estudio. Acerca de los

estudiantes de los siglos XIII y XIV escribe monseñor Douais "que jamás les hizo falta tiempo. Tres años pasados en el *Studium artium*, tres años en el *Studium naturalium*, tres años rigurosos en el *Studium theologiae*, es decir, nueve años consecutivos de estudios que comienzan a la edad aproximada de veinte años. Además, para los frailes dotados y juzgados aptos para llegar a ser a su vez maestros, tres años pasados en el *Studium solemne*, y aún otros tres años más pasados en el estudio general, es decir, quince años durante los cuales el estudio, después de la oración, era la preocupación principal, única, necesaria... También es preciso añadir que el fraile predicador por el hecho de haber franqueado el umbral de los colegios no dejaba de ser estudiante; lo era por profesión, si así puede decirse, porque presente en el convento tenía que asistir a todas las clases. Así su inteligencia estaba sin cesar aguijoneada, siempre despierta al contacto de un maestro hábil y experimentado" (7).

Hoy día la organización de los estudios ha variado un poco para poder plegarse así a las necesidades modernas, pero no es menos cierto que consagra largos años al estudio de las ciencias sagradas, sacando siempre cierta la frase de que "fraile predicador es estudiante por profesión" (8).

---

(7) Douais, Essai... pp. 143-144.

(8) Actualmente, el reglamento del Capítulo General de Roma es el que rige los estudios de la Orden. He aquí lo esencial del mismo: la duración de los estudios es de siete años, a razón de nueve meses de curso por año. Este período

EL OBJETO PRINCIPAL DEL ESTUDIO

Sin embargo, por mucha importancia que le atribuyamos, el estudio no es el fin de la vida dominicana. Si las constituciones no ahorran estímulo alguno para animar a los hermanos al trabajo intelectual más intenso, no ponen menos insistencia en reservarle al estudio su lugar y su carácter: "Nuestro estudio debe tender principal y ardientemente a ayudar al alma de nuestro prójimo."

---

se divide en dos ciclos. El primero está consagrado a la filosofía y a las disciplinas anexas a la teología: lógica, criteriología, ontología, cosmología, psicología, ética, historia de la filosofía, historia de la Iglesia, apologética, introducción a la Sagrada Escritura, estudio del griego bíblico y del hebreo. El segundo comprende el estudio de la teología dogmática y moral en la Suma Teológica de Santo Tomás de Aquino, la teología bíblica, la Sagrada Escritura, el derecho canónico, la historia de los dogmas, las ciencias sociales, etc.

Desde su quinto año de estudios, el joven dominico que ha estudiado ya el texto de la Suma, está orientado hacia el lectorado, grado que lo habilita para la enseñanza en las escuelas de la Orden si sus capacidades lo señalan para ello, o si es aparente para adelantar estudios especiales. En este caso, al concluir los dos ciclos normales, dedica uno o varios años a esta especialización.

I.—La enseñanza fundamental comprende dos secciones: las de estudios filosóficos y preparatorios o anexos a la filosofía y la de estudios teológicos. La primera dura tres años y la segunda cuatro. Hay en cada uno quince cursos regulares de una hora por semana dejando el domingo y el jueves libres.

a) En la primera sección las materias de estudio son las siguientes: filosofía (que comprende, la lógica, criteriología, la ontología, la cosmología, la psicología, elementos de teología natural y de moral y la historia de la filosofía); la *Propaedeutica ad Theologia,* que abarca los tratados de la verdadera religión de la Iglesia y de los sitios teológicos, la introducción

El fraile predicador no trabaja como el "diletante" que se complace en su saber y lo guarda para sí, menos aún como el monje que busca en los libros nuevos motivos para amar con amor más intenso a Dios. El dominicano persigue un fin preciso: la salvación de las almas. *Utilia potius quam curiosa,* decía el Venerable Humberto. Y puesto que antes de cualquier ciencia es la teología la que está ordenada a la salvación de las almas, todo el esfuerzo del fraile predicador debe tender hacia los libros teológicos. Por esta expresión, que se encargan de explicar las constituciones, entienden primeramente la Sagrada Escritura, cuyo estudio fue tan recomendado por Santo Domingo (9), la teología propiamente dicha y la historia sagrada de la Iglesia.

---

a los libros de las Sagradas Escrituras y de la lengua hebrea y la historia de la Iglesia.

b) En la segunda sección se establece desde el principio el estudio directo de la Suma Teológica de Santo Tomás para todos los estudiantes. El curso cuenta cada semana cinco lecciones de teología dogmática, cinco de teología moral, tres de Escritura Santa durante cuatro años, tres lecciones de derecho canónico durante los dos primeros años y de la historia de los dogmas durante los últimos.

II.—El ciclo complementario abraza cuatro direcciones científicas especiales: I) La filosofía con las ciencias matemáticas y naturales; II) El estudio profundo de los libros santos y de las lenguas orientales; III) La historia patria, el estudio de los Padres de la Iglesia y las ciencias históricas; IV) El derecho canónico, las ciencias jurídicas y sociológicas. (A. Gardese, dans L'Année Dominicaine, 1908 pág. 120-123, etc.)

(9) "Et quia sine sanctarum notitia Scripturarum perfectus praedicator nemo esse potest (S. Dominicus) hortabatur fratres ut semper in novi et veteris Testamenti lectione essent." (Teodorico de Apolda.)

No queremos decir que el fraile predicador no pueda abrir otros libros fuera de estos. Santo Tomás de Aquino no tenía a menos buscar pruebas de la fe aun en los libros de los herejes y de los paganos. La ciencia de su maestro, San Alberto Magno, se extendía a todas las materias profanas al punto que le permitía componer una verdadera biblioteca del saber humano en su época. El fraile predicador puede darse al estudio de las ciencias auxiliares de la teología y aun a otras que no tengan con ellas más que relaciones lejanas. La Orden no tiene temor, para la defensa de la Iglesia, de proporcionar a algunos de sus hijos una extensa y completa formación científica. Mas el estudio de la teología permanecerá siempre como el estudio fundamental, de suerte que las otras ciencias no sean cultivadas sino en las medidas reclamadas por las necesidades apostólicas. Cultivándolas cuidadosamente, pues se podrían extraviar, deben integrarse al fin de la Orden: la salvación de las almas (10).

CARACTERES DEL ESTUDIO

Por lo demás, las constituciones atienden cuidadosamente a que el estudio no llegue jamás a ser un obstáculo convirtiéndose en un objeto de curiosidad o de vana complacencia. Quieren que su carácter

---

(10) Cfr. S. Tomás, Sum Theol., II-II, q. 188, a. 6, ad 3: "Religiosis competit principaliter intendere studio litterarum pertinentium ad doctrinam quae secundum pietatem est. Aliis autem doctrinis intendere non pertinet ad religiosos nisi in quantum pertinet ad sacram doctrinam."

predominante sea la piedad. Tal es la condición de su utilidad.

¡No permita Dios que nuestro estudio sea jamás un obstáculo en la contemplación! Todo libro debe hablarnos de Dios. Nuestro deber es buscar a Dios en todas partes, por cuanto nuestra primera obligación es la de descubrir en toda criatura la imagen o el vestigio del Creador.

Un simple trabajo intelectual, una especulación abstracta y fría no definen el estudio del fraile dominico. Malamente entendido quedaría el fin señalado por las constituciones. La verdad estudiada debe descender hasta el corazón, tomar posesión del alma hasta su más secreto fondo para que por este medio llegue a ser un principio de acción soberana y universal.

Nuestros primeros padres llamaban al estudio *lectio;* para ellos era el primer escalón del camino que lleva a Dios: *Lectio, meditatio, oratio, contemplatio.* Por este medio la comenzaban en la inteligencia para proseguirla en el corazón. Así estudiaba Santo Domingo: "Después de la comida, refiere el padre Lacordaire resumiendo las actas de canonización, se retiraba en un aposento para leer el Evangelio de San Mateo, o las Epístolas de San Pablo, que siempre llevaba consigo; pero pronto la palabra divina le ponía fuera de sí. Hacía ademanes como si hablara con alguno; parecía que escuchaba, que disputaba, que porfiaba; casi al mismo tiempo sonreía y lloraba; miraba fijamente, luego bajaba los ojos, después ha-

blaba en voz baja y en seguida se golpeaba el pecho. Pasaba continuamente de la lectura a la oración, de la meditación a la contemplación; de cuando en cuando besaba el libro con amor, como para darle gracias por la dicha que le proporcionaba; y engolfándose más y más en aquellas sagradas delicias se cubría el rostro con las manos o con la capucha."

No de otra suerte estudiaba Santo Tomás, quien podía hacer a sus discípulos esta cándida confidencia: "Jamás he leído un libro sin que el Espíritu Santo me haya ayudado a comprenderlo y a encontrar en él las profundidades de un misterio." Su secretario y testigo de toda su vida, fray Reginaldo, revelaba a los estudiantes de Nápoles el secreto de su inmenso saber: "Hermanos míos, cuando mi maestro vivía me prohibió que revelase las maravillas de que yo era testigo: su ciencia maravillosa no procedía únicamente de su genio natural, sino de su oración. Cada vez que quería estudiar, argumentar, enseñar, escribir o dictar, oraba anegado en lágrimas, en secreto, a la Verdad divina que vive también en el secreto, de modo que por el mérito de su oración todas sus dudas quedaban resueltas. Y si alguna duda le sobrevenía antes de haber orado, se ponía en oración: la duda se disipaba como por encanto. En su alma se armonizaban la libertad de la inteligencia y la del corazón, se imperaban y se servían mutuamente. El corazón, por la oración, merecía el contacto de Dios; la inteligencia, beneficiaria de este contacto, gozaba de una alta intuición, tanto más luminosa cuanto más ardiente era el amor del corazón."

Dichoso el dominico que sabe comprender que el

estudio así practicado es la fuente en donde inagotablemente se alimenta el celo y que, fiel a la gracia de su vocación y asociándose a las innumerables generaciones dominicanas, se ocupa en seguir las huellas de sus padres, repitiendo con ellos las palabras del salmista: *Ingrediar in veritate.* A la manera de ellos, podrá gustar aquel gozo profundo, lleno de amor y de admiración que San Agustín llamaba: *gaudium de veritate,* suprema felicidad del alma. Dante la expresaba en tres versos admirables:

Luz intelectual llena de amor,
amor de la verdad lleno de gozo,
de gozo que excede a toda suavidad.

LA ORACION LITURGICA

"¿Sería mejor, preguntaba un fraile al Beato Jordán de Sajonia, vacar a la oración o aplicarse al estudio?" Y el Maestro le responde: "¿Qué es mejor, comer siempre o beber siempre? Evidentemente es preferible hacer lo uno y lo otro sucesivamente. Puede aplicarse lo mismo a lo que me preguntáis."

El fraile predicador, en efecto, no se decidiría jamás al apostolado sin la oración.

¿De qué le serviría la ciencia si ella no estuviera vivificada y fecundada por la caridad? Hay muchos sabios, pero pocos santos, porque muchos sabios aprisionan la verdad en su espíritu sin permitirle penetrar el corazón. De por sí la ciencia no determina a la acción, menos todavía al don de sí. Sin la caridad, ella no hará jamás un apóstol.

La ciencia no basta tampoco para hacer un contemplativo. La contemplación religiosa, aunque resi-

de esencialmente en la inteligencia, principia y termina en la voluntad. Porque el que ame a Dios, quiere conocerle; el que lo conoce, lo ama más todavía. El amor es el comienzo y el fin, y es el que hace, a lo menos aquí abajo, la perfección última de la vida.

El fraile predicador no entrará entonces plenamente en su vocación sino cuando el conocimiento que él tiene de Dios por el estudio, deja de ser abstracto para convertirse en una ciencia viviente y activa, ciencia que ame y a la que, por consiguiente, se le consagre y ofrende. Pero la caridad es un don de Dios. colocada por ello mismo fuera de nuestro alcance. Ella se conquista por la oración. Por eso la oración tiene en la vida religiosa, y en la vida dominicana de un modo particular, un sitio tan eminente. Tiene por fin llamar a la caridad, que habrá de vivificar y fecundar la ciencia.

Ahora bien: las Constituciones nos imponen la oración en una doble forma: oficial y privada. La primera, instituída por la Iglesia, es la oración litúrgica; la segunda fue designada por nuestros Padres con el nombre de *orationes secretae.*

LA LITURGIA Y LA VIDA COTIDIANA

Aunque Santo Domingo hubiese destinado a sus hijos a todas las tareas del apostolado, nunca soñó con libertarlos de lo que San Benito llamó *opus Dei.* Para él la oración litúrgica era la oración propia del religioso. Hubiera temido mutilar a su Orden, si no hubiese inscrito a la cabeza de las Constituciones el

texto *De Officio Ecclesiae.* Le pareció que un clérigo regular que no hiciera de la oración litúrgica su primer deber, usurparía en parte este nombre. Y todo el pueblo cristiano pensaba entonces como él, porque la piedad conservaba aún sus formas tradicionales.

Las *Declarationes,* que comentan las Constituciones primitivas, mencionan la *Solemnis divini officii recitatio.* Lo que quiere decir que Santo Domingo deseaba el culto externo arropado de belleza. Por tal motivo adoptó el oficio canónico con todos sus ritos y su tradicional ceremonial, incluyendo el canto que es una manifestación necesaria del amor: *cantare amantis est* (1). Quiso que de sus conventos se elevara perpetuamente un verdadero cántico de gloria, ya que el oficio coral, preparación y complemento del sacrificio eucarístico del que no debe estar nunca separado,es la solemne expresión del culto divino, la voz del pueblo cristiano interpretada por la Iglesia: voz de adoración, de alabanza, de oración y de perdón.

De hecho es la liturgia la que regula la vida cotidiana del fraile predicador. Estudios, recreaciones, aun el mismo descanso, están limitados por la economía de los divinos oficios. En medio de la noche la campana llama a los frailes para el oficio de maitines:

---

(1) El canto dominicano es el canto litúrgico tal como fue compilado en la primera mitad del siglo XIII. Es el canto gregoriano, pero con matices propios y ciertas simplificaciones que lo hacen más sobrio, más rápido y en cierto modo más viril y más acorde con una Orden de apóstoles.

mientras las sombras cubren el mundo, ellos quieren velar y orar para hacer llegar la alabanza hasta Dios, y reparar de ese modo los crímenes y los desórdenes nocturnos. Oficio emocionante que conmueve al alma en sus cimientos. Con el alba, ellos regresan para ofrecer las primicias del nuevo día en el canto de prima. Siete veces al día, el ritmo de las horas los postra periódicamente al pie del altar: tercia, sexta, nona, vísperas, una en pos de otra, los renuevan en el fervor y les impiden olvidarse de Dios. Por último, cuando llega la hora del descanso, sigue siendo la oración litúrgica la que cierra con las completas, siempre cantadas de modo solemne, la jornada que se inició con los maitines.

Vemos así cómo la oración litúrgica forma la trama de la vida dominicana. Nuestros Padres la distribuyeron de manera que ella impregnara los trabajos del religioso. Lo hicieron con un propósito claramente definido. Hoy en ciertos conventos donde se ha debilitado el sentido litúrgico, se tiende a agrupar la recitación de varias partes del oficio a fin de disfrutar de largas horas de estudio no interrumpido, en la ilusión de que es más útil, lo que supone un desvío del primitivo espíritu y un cambio de las antiguas costumbres. Nuestros Padres, como los Apóstoles, recitaban cada una de las diversas horas en distintos momentos del día y de la noche. Veían mejor que nosotros la íntima trabazón de la oración y del estudio. Si ellos interrumpían regularmente el estudio para entregarse a la oración litúrgica, no preten-

dían sacrificarlo; más bien sabían que de esta manera lo harían más fructuoso. El regreso frecuente al coro impide que el estudio se convierta en un simple trabajo intelectual, en una especulación abstracta y fría; conserva el contacto íntimo con Dios y mantiene a los frailes en la contemplación. Si el religioso se consagra al estudio recomendado por su regla, el de las ciencias sagradas, lejos de perturbar su trabajo, mira en el oficio su complemento, su conclusión fecunda: la verdad que el predicador buscaba en los libros, torna a encontrarla en el coro, en fórmulas litúrgicas, no ya abstractas, sino vivientes, plena de amor, más sugestiva y penetrante.

En realidad, ha sido una sicología muy atinada la que ha inspirado a nuestros Padres estas frecuentes interrupciones del estudio propiamente dicho. Ciertamente tenían para el trabajo intelectual un aprecio tan vivo como el que puede tenerse hoy, y obtuvieron en el estudio de las ciencias sagradas victorias que nosotros apenas alcanzamos a igualar. No despreciaban, pues, el estudio; pero les había enseñado la experiencia que estas pausas litúrgicas eran necesarias para que el alma asimilase el fruto del trabajo, porque de la inteligencia la verdad desciende al corazón, en donde se encienden y depuran las resoluciones que gobiernan la vida.

"Cuando estudiéis —decía San Vicente Ferrer— postraos de vez en cuando de rodillas y elevad a Dios una breve y ardiente plegaria; aún más, abandonad vuestra celda; id a la iglesia o al claustro, donde so-

pla el Espíritu; por una oración vocal o simplemente por medio de gemidos y ardientes suspiros, implorad el socorro divino, presentad al Altísimo vuestros votos y deseos, llamad a los santos en vuestro auxilio. Después, recordad lo que estabais estudiando; entonces tendréis de ello una inteligencia más lúcida. Volved al estudio y de nuevo a la oración, combinando de este modo los dos ejercicios. Por estas alternativas, tendréis el corazón más fervoroso en la oración y el espíritu más despierto para el estudio."

Así lo hacía Santo Tomás. El gran doctor no aprovechaba sino en el mínimo posible las dispensas a que tenía derecho por sus lecciones y la preparación de sus numerosas obras. Y no satisfecho con su asiduidad al coro, llegaba antes que los demás y permanecía en él durante largas horas. Cuando se le preguntaba por qué interrumpía su trabajo, respondía: "Yo renuevo mi devoción para poder elevarme más fácilmente después a la especulación."

De este modo nuestros santos, lejos de encontrar oposición alguna entre la frecuencia de la oración litúrgica y la fecundidad del trabajo intelectual, unían la oración y el estudio en la contemplación.

LITURGIA, APOSTOLADO, VIDA INTERIOR

Tampoco vieron en la oración litúrgica un obstáculo para el apostolado. Por el contrario, siguiendo a Santo Domingo, juzgaban que la vida activa halla en la incesante oración litúrgica su más firme fundamento. ¿Y quién podía conocer mejor que esos após-

toles infatigables, las afinidades de la oración y de la acción?

A los hijos de Santo Domingo les fue legada la solemne recitación del oficio como un medio de apostolado. La liturgia tiene para ellos un poder de intercesión y es el método auténtico de santificación que los prepara para el ejercicio del ministerio.

Clérigo regular y apóstol, el fraile predicador es mediador entre Dios y el hombre. Ahora bien: es en el coro, en primer término, en donde ejerce esta función grandiosa; allí representa a la humanidad, es diputado por la Iglesia para ofrecer en nombre de todos el tributo necesario de la alabanza. *Magistrado de la plegaria,* adora, ruega, demanda perdón. Y porque en ese momento es la voz misma de la Iglesia, su súplica adquiere una eficacia soberana. Nuevo Moisés, detiene la cólera de Dios. Cuando en medio de la noche el hijo de Santo Domingo abandona su austero lecho y, atravesando los oscuros claustros, se dirige al coro para celebrar maitines, tiene conciencia de merecer su título de Predicador. Comprende que también en esta hora dispensa a las almas la verdad, y que sus oraciones, a la manera de ondas misteriosas, se difunden por todo el mundo en efluvios vivientes y saludables para llevar la vida y resucitar a los muertos.

En compensación, al mismo tiempo que santifica es santificado. A medida que penetra en los ritos, ceremonias y palabras sagradas, siente bien pronto cómo crece en su alma la vida divina, y cómo su ser

sobrenatural se desarrolla al compás de los designios de Dios. La oración litúrgica proporciona a su inteligencia un alimento abundante y escogido. Su corazón es sin cesar excitado por las fórmulas santas, todas ellas ardidas de fervor; su voluntad es estimulada por los ejemplos de Jesús y de sus santos, evocados todos los días. A mañana y noche, la oración litúrgica lo pone en contacto con el Artífice y Modelo de toda santidad. Porque la misión de la liturgia es la de continuar y ofrecer a Jesús, tal como nos lo hace conocer el Apóstol: *Christus heri et hodie et ipse in saecula.* Esta triple existencia de Cristo en el seno del Padre, en su vida mortal en medio de los hombres, en la Iglesia en el discurso de los siglos, la liturgia la manifiesta y comunica. Durante todo el ciclo litúrgico, al fraile predicador que sigue con inteligencia y fe las santas ceremonias, Jesús se muestra en el altar como es en la realidad, viviente, renovando los misterios de su inmolación bajo el velo de los ritos sagrados: uno tras otro se desarrollan los misterios de su nacimiento y de su infancia, de su vida privada y pública, de su Pasión y de su muerte, de su gloria y de su vida mística en la Iglesia y en los santos. Y para celebrar esos misterios, las fórmulas más bellas, las más henchidas de amor, las más sugestivas, las más emocionantes, y la mayor parte de ellas son al mismo tiempo fórmulas divinas, pues que han sido sacadas de la Escritura.

Sin esfuerzo, el alma hace suyos esos pensamientos y esos sentimientos; se apropia las admirables oracio-

nes de las almas más nobles y santas, reunidas por la Iglesia en el breviario y en el misal. Sigue a Jesús, lo admira y ama, participa en su sacrificio, se une a El; termina, a fuerza de renovar noche y día ese comercio con los divinos misterios, por no vivir más que en Jesús y por Jesús. Nutrido a toda hora por la liturgia con alimentos divinos, sus sentimientos, sus pensamientos y su vida llegan a ser divinos (2).

Así, en la sucesión de los siglos, se formaron todos los santos: siguieron los caminos litúrgicos. En esas almas ¡qué capacidad de intercesión y de expansión! Irradiaron sobre todo cuanto las rodeaba a la manera de focos de calor y de luz. Basta un alma contemplativa para convertir ambientes rebeldes a la piedad, como ha sido suficiente a veces un convento en donde florezca la oración litúrgica ferviente para transformar regiones enteras. Que se multipliquen esos lugares de la oración litúrgica en que se ha refugiado el antiguo espíritu de la Iglesia, manantiales

---

(2) La liturgia dominicana contiene ciertas antífonas e himnos que no se hallan en ninguna otra parte y que figuran entre las más bellas piezas de toda la liturgia. Por ejemplo, el himno de completas: *Christe qui lux es et dies,* en que la melodía es tan conmovedora en su dulzura melancólica; o el admirable responso: *Media vita.* Se refiere en la vida de Santo Tomás que cuando escuchaba cantar este último responso, esta trágica y sublime invocación le arrancaba lágrimas: *En medio de la vida, estamos en la muerte... No nos rechacéis al tiempo de la vejez. Cuando nuestras fuerzas decaigan, Señor, no nos abandones. ¡Dios santo! ¡Dios fuerte! Santo y misericordioso Salvador, no nos entregues a la muerte amarga.* Estos gritos del alma, sostenidos y realzados por un canto que multiplica su ardor, da a nuestros oficios una grandeza que emociona.

abundantes en que la vida sobrenatural se expande sobre el mundo en olas caudalosas (3).

LAS ORACIONES SECRETAS

Es este el nombre que en su comentario de la regla el Beato Humberto le da al otro modo de orar: las oraciones en que cada uno, prosternado delante de Dios, puede derramar lo más íntimo de su alma en una completa libertad.

La historia nos dice cuán honradas eran en los primeros tiempos de la Orden estas oraciones: "Nuestro bienaventurado Padre tenía la costumbre de permanecer en la iglesia después de las completas. Después de haber hecho entrar a los hermanos al dormitorio, pasaba la noche en oración llorando y gimiendo. A veces sus sollozos y sus gritos despertaban a los hermanos que reposaban en la vecindad y los conmovían hasta derramar lágrimas."

---

(3) En un bello libro, *La vida de los clérigos en los primeros siglos,* dom Paúl Benoit escribe estas líneas sugestivas: "La gran preocupación de los antiguos obispos para convertir y santificar a las almas, era la de establecer y mantener alrededor suyo un numeroso y ferviente presbiterado. No creían necesario poner a cada paso un sacerdote en relación con uno y otro fiel. No fue indispensable multiplicar, como acaece en los tiempos modernos, lo que se llama *las obras,* y asociar los laicos a ellas para que sufriesen el contacto y la influencia eclesiástica. Bastaba establecer en los centros un colegio ferviente de santos ministros del Evangelio. El espectáculo de sus oraciones incesantes y de su santa vida, tenía un poder irresistible, que terminaba por convertir a los más rebeldes y lograba elevar hasta las virtudes más sublimes a las almas favorecidas con tantas gracias" (página 102).

"El bienaventurado Jordán de Sajonia había recibido del Señor una gracia de oración especialísima que nada le podía impedir, ni los cuidados propios de su función de maestro de la Orden, ni las fatigas de los viajes, ni ninguna solicitud. En el convento tenía la costumbre de orar durante largo tiempo, de pie, las manos juntas, los ojos elevados al cielo. Permanecía así, sin sentarse ni moverse de ninguna manera durante largas horas, sobre todo después del canto de completas y maitines. Durante los viajes, así como en el convento, permanecía sumido en una contemplación que lo inundaba de delicias. Todo el tiempo que no dedicaba al rezo del oficio o a tratar asuntos serios con los hermanos, lo consagraba a la contemplación.

"Era tal el fervor de los primeros hermanos que no es posible dar de ello una idea. Prolongaban sus oraciones de la noche hasta la aurora. Rara vez, o mejor, jamás la iglesia se encontraba sin hermanos en oración, a tal punto que los porteros, para estar seguros de encontrarlos en seguida, iban a buscarlos a la iglesia. Asistían a las horas de completas como a una fiesta. Una vez terminado el oficio, después de haber saludado a la Reina y Abogada de nuestra Orden se disciplinaban duramente; después cada uno hacía como peregrinaciones de altar en altar, se prosternaba con humildad llorando con tanta compunción que sus gritos de amor se escuchaban hasta afuera. Después de maitines algunos volvían a los libros, todavía menos eran los que iban al lecho. Les gustaba

muchísimo acudir al altar de la Bienaventurada Virgen, alrededor del cual se veía a veces una triple fila de hermanos que recomendaban con elaciones de fervor admirable la Orden y sus necesidades. Nadie podrá encarecer su devoción a Nuestra Señora. En su celda tenían delante de sí su imagen y la de Jesús Crucificado a fin de que lo mismo durante la lectura, bien durante la oración, o bien al dormirse, les fuera fácil mirarlos y obtener de Ellos una mirada de misericordia" *(Vitae Fratrum).*

Se practicaba el consejo del bienaventurado Humberto: "Que los frailes se dediquen a las oraciones secretas con fervor, porque ellas son un signo manifiesto de santidad."

Pero se dirá: ¿de qué método se sirven los hermanos para hacer oración? De ninguno, responderemos. Y a mucha dicha. Nosotros pensamos como el santo abad de Solesmes, Dom Guéranger: "¡Dios nos libre de los hombres de sistemas y de ideas fijos!" Y como Santa Juana de Chantal que escribía: "El gran método de orar, es que no hay ninguno... Si al ir a la oración uno pudiera convertirse en una pura capacidad para recibir el espíritu de Dios, esto bastaría por todo; la oración debe hacerse por gracia y no por artificio" (11).

Que ciertos métodos recientes, que tienen santos por autores y que la Iglesia por otra parte ha alabado, merezcan respeto y presten servicio a ciertas almas, nada más cierto; pero son hechos para almas

---

(11) Obras, tomo II, pág. 260.

que viven en situaciones que no son las nuestras y responden a necesidades muy distintas. El desarrollo normal de nuestra espiritualidad sigue una tendencia diferente.

Hemos visto cómo Santo Domingo ha organizado la vida cotidiana de sus hijos: todo allí converge hacia la contemplación. No tuvo él la idea de reducir la oración a algunos instantes determinados. Conversar con Dios, contemplar, debía ser el fondo mismo de la existencia. El día entero lo consagran las constituciones a Dios. Cuando el fraile predicador está obligado al silencio es para que olvide el mundo y se olvide a sí mismo y en su recogimiento escuche a Dios; cuando se le ordena estudiar durante largas horas "la Santa Escritura y los libros teológicos", no se trata a la verdad de un estudio seco y abstracto, sino de un trabajo en el cual el corazón tendrá su lugar tanto como la inteligencia, en el cual el alma se nutrirá y se templará con la belleza de los divinos misterios; trabajo que también debe ser una oración. La oración debe sostenerlo todo, penetrarlo todo. Oración litúrgica, oraciones secretas, *lectio divina,* se complementan la una a la otra, se llaman entre sí, se compenetran y casi se confunden. Aislarlas, compararlas en un paralelismo envidioso, sería falsear la economía dominicana. Que el estudio sea piadoso, que la oración se nutra de verdad, y vendrá el amor, el amor que lleva a la unión, fin supremo de la vida sobrenatural.

Así por medio de la oración y del estudio, que se

sostienen el uno al otro, estudiando para amar mejor y orando para estudiar mejor, el alma dominicana se eleva hacia Dios y llega, sin choques y sin ruido, a la verdadera contemplación.

Téngase bien en cuenta lo siguiente: aunque la espiritualidad dominicana no use de métodos sistemáticos, no por esto se debe decir que no se conforma con ningún orden y que no observa ninguna disciplina. Nuestros santos no nos han dejado colecciones de meditaciones completas. ¡Y sin embargo qué unidad en sus puntos de vista! ¡Qué seguridad en su obediencia a la gran tradición mística que Denys, el Místico, denominaba ya "la tradición sacerdotal"! A la verdad, tienen un método, pero amplio, libre, gozoso: el método de la Iglesia que ha santificado siempre las almas por medio de la liturgia, método que se ha podido definir con tanta justicia como fuerza: "el método auténtico instituído por la Iglesia para asimilar las almas a Jesús" (12). Han pensado ellos que las verdades divinas, profundizadas mediante el estudio, asimiladas por medio de la oración, cantadas sin fin por medio de la plegaria litúrgica, tenían una gracia soberana para elevar a Dios un alma ya purificada por el silencio y las austeridades del claustro y para hacerla entrar en el misterio de Cristo y de la adorable Trinidad.

---

(12) Dom Festugiere. La Liturgie catholique, Maredsous, 1913, pág. 119.

Como se ve, la ascesis dominicana no pretende formar santos según una fórmula única impuesta a todas las almas. Ella no quiere dar un sesgo ni imponer un paso.

Cierto día Nuestro Señor le dijo a Santa Catalina de Sena: "¿Sabes tú lo que tú eres y lo que Yo soy? Si tú aprendes estas dos cosas, serás dichosa: Tú eres la que no eres, y Yo soy El que soy."

La espiritualidad dominicana se encuentra en germen en estas palabras que indican su práctica fundamental: colocar el alma en frente de Jesús, modelo de toda santidad, a fin de que ella le conozca y se transforme por su visión; aplicarla a las grandes y profundas verdades, fuentes de la acción; llenarla de luz para abrasarla de amor.

Aquí también la Orden aplica su lema: *Veritas.* Ideas desde luego, ideas fuertes, plenas, porque de las ideas nacen los actos, y porque una verdad cuando ella es auténtica maestra de la inteligencia termina por gobernar la vida.

De allí los caracteres de la piedad dominicana:

Eminentemente disciplinada y fuerte, porque está saturada de dogma y siempre apoyada sobre la verdad que la preserva de desviaciones; humilde, con una humildad tanto más firme cuanto que ella nace, no de incesante introspección sobre sí mismo, sino de la consideración de la Divina Majestad: "Yo soy El que soy, tú eres la que no eres."

Pero con todo eminentemente libre. Porque el conocimiento hace nacer el amor. ¿Y qué hay más libre

que el amor? Ya que la sensibilidad está domada y regulada según el orden divino ¿por qué no dejarle al amor sus elaciones, por qué no darle alas al amor? De allí una maravillosa variedad en los santos dominicanos. Cada uno guarda su fisonomía distinta; sus tendencias personales; sus virtudes preferidas, y descubre, bajo el mismo aire de familia, la diferencia de raza, de medio, de educación. Todos tienen la contramarca de la gran característica dominicana: el celo de las almas por el apostolado doctrinal; pero cada uno agrega su nota personal: un Vicente Ferrer, la intransigencia y el ímpetu españoles; un Henri Suzo, la dulzura y la melancolía renana; una Catalina de Sena, la armonía y los ardores de la tierra italiana; en fin, una piedad eminente, confiada, gozosa.

De la grande idea tomista: ¡Dios en primer lugar!, nace una mística confiada que dilata las facultades humanas y las dispone maravillosamente para el apostolado. La formación teológica de los frailes predicadores los habitúa a considerar la perfección sobrenatural en su lineamientos más altos, a "vivir sobre todo de las alturas del alma". Dios nos ama, nos ama infinitamente y nos atrae a Sí por todos los medios. Una sola manera eficaz de responder a este amor: la confianza, el abandono. ¡Lejos, pues, esos medios mezquinos que mantienen el alma atenta a ella misma! Lejos esas incesantes introspecciones sobre sí mismo cuyo natural resultado es fomentar el egoísmo. *¡Sursum!* ¡Hacia lo alto! Que el alma domini-

cana se lance, como alondra que se remonta a todo vuelo hacia la luz, más alto, cada vez más alto! "¡Dios mío, haz que mi alma sea grande!" suplica Catalina de Sena.

Es esta la oración del fraile predicador: él desea engrandecer su vida. En la inteligencia, una doctrina fuerte, plena; en el corazón, un amór ardiente, profundo: afuera, obras vigorosas, leales, atrevidas.

CAPITULO III

EFICACIA DE LA PREPARACION DOMINICANA PARA EL APOSTOLADO

Se puede preguntar si esta vida de austeridad y de contemplación prepara en realidad apóstoles adaptados a las necesidades tan diversas del ministerio. Además de los predicadores, existen en la Iglesia otras sociedades religiosas cuyo fin es salvar almas. Ahora bien, la mayor parte de ellas se han separado, en atención a su ministerio, de la práctica de las antiguas observancias. ¿Por qué la Orden Dominicana las conserva con tanto celo?

Una primera respuesta y muy elocuente es que, en suma, los frailes predicadores se preparan para el ministerio como se preparaban en los tiempos antiguos aquellos sacerdotes cuya actividad apostólica jamás ha sido sobrepujada. En cuanto a austeridad, no van generalmente más lejos de lo que iban los sacerdotes de los diez primeros siglos. Si las observancias han ayudado a aquellos sacerdotes y a aquellos obispos para llevar a la fe y para santificar pueblos tan diversos ¿por qué han de ser ellas hoy menos eficaces?

¿Quién no ha advertido desde luego que el ascetismo tiene por sí mismo una gracia de apostolado? Un misterioso poderío irradia de la auteridad y la hace conquistadora. Desde el momento en que el religioso aparece al exterior, predica. La profesión ha hecho de su persona una afirmación de los derechos de Dios. Por el solo hecho de su vida austera, entregada toda a Dios, por el hecho mismo de su hábito, signo de su vida, se presenta en todo lugar como una protesta viviente contra la impiedad, un testimonio de la perseverancia del amor de los hombres para Aquél que murió sobre la cruz, como un acto de amor permanente. A los cristianos les recuerda que Dios merece ser amado y servido con preferencia a todo. Perpetuo reproche de la mediocridad de la vida, su sacrificio se convierte en una incesante apelación al heroísmo. Sal de la tierra, detiene la corrupción y corrige la insulsez de la ordinaria virtud humana. Así es como la austeridad es el primer apostolado del predicador. Su vida es su primer sermón, y sin duda el más elocuente, porque el renunciamiento impuesto por la regla ha hecho de esta vida la cotidiana revelación de Nuestro Señor Jesucristo. "Aquel —decía un campesino de Lorena a la vista del dulce y austero padre Besson— no necesita hablar: El convierte con solo miraros."

FUERZA MORAL Y CARIDAD

Algunos tienen la tentación de achacar a las observancias el que hacen más difícil el ministerio porque ponen en peligro las fuerzas físicas.

Nadie niega, en efecto, que levantarse de noche, la abstinencia perpetua, el ayuno prolongado y las disciplinas sean una muy ruda penitencia para el cuerpo: "Es muy duro levantarse para maitines", confiesa el Beato Humberto. Sin embargo agrega: "Aunque estemos obligados a asistir a cada una de las horas canónicas, sin embargo debemos ser especialmente fieles a los maitines." Es que, para prevenir los inconvenientes posibles, basta con que la ley de la dispensa mantenga la ley de la autoridad dentro de los límites de la discreción y que la obediencia impida todo abuso. El fraile predicador conserva las fuerzas físicas necesarias y no obtiene de las observancias, aun las más austeras, sino inmensas ventajas.

Suprimiendo la comodidad y toda búsqueda de satisfacciones, las observancias lo endurecen para la fatiga, lo habilitan para la acción fuerte y perseverante y, como lo dijo el gran apóstol de Occidente, San Vicente Ferrer, "ellas adaptan perfectamente su cuerpo al servicio de Cristo".

No sabría decirse hasta qué punto el ascetismo es maestro de firmeza y con cuánta obediente energía templa los caracteres. Los predicadores cuya acción ha sido más profunda y más universal sobre el pueblo cristiano eran grandes ascetas, como entre mil más, Santo Domingo, San Jacinto, San Pedro de Verona, Santo Tomás de Aquino, San Vicente Ferrer, San Luis Beltrán, el Beato Andrés de Pesqueira, el Beato Ventura de Bergame, y, en nuestros días, el padre Lacordaire. Ninguna fuerza en el mundo es

comparable a la fuerza de un hombre que haciendo cada día callar a sus labios, velar a sus ojos, ayunar a su cuerpo, que se someta toda su sensualidad, se posea a sí mismo en la calma dominadora de sí y concentre todas sus facultades, sus pasiones mismas y las energías del cuerpo, hacia un solo fin. Contra aquél que ha disciplinado sus potencias y las aplica a Dios sólo, nada puede prevalecer. Tales eran los santos. Este es el secreto de su dominio prodigioso: "Una sola alma que se levanta, eleva el mundo", decía Newman.

En uno de los claustros de San Marcos, en Florencia, fray Angélico pintó a uno de sus más gloriosos hermanos, San Pedro de Verona, la cabeza ensangrentada y el dedo puesto sobre los labios. Varonil figura de la cual irradía una voluntad indomable. A la primera mirada se desprende la transparente lección buscada por el Angélico: del silencio y de la austeridad nacen las grandes resoluciones. "¡Aprended a callar, decía el mártir a los frailes que pasaban, aprended a venceros: mi claustro silencioso me ha enseñado el precio de la verdad y cómo uno muere por ella!"

Si es útil al apóstol tener un cuerpo vigoroso para soportar las fatigas del ministerio, le es indispensable poseer lo que es el alma de todo apostolado: la caridad. Sólo el amor de Dios forma apóstoles. Un estudiante acababa de oír a Santo Domingo: maravillado de su vigorosa elocuencia, de la claridad con la cual había explicado las Santas Escrituras, le pre-

guntó en qué libro había estudiado cosas tan sublimes: "Hijo mío, le respondió amablemente el Santo, en el libro de la caridad: es el libro que lo enseña todo."

Pues bien, el fin de las observancias es precisamente llamar y preservar la caridad. No son en definitiva sino un conjunto de medios que nos preparan la unión divina; purifican el alma y provocan la visita de Dios. ¿Cuál es el alma que poseyendo a Dios no se abrasa por comunicarlo? Fuente de caridad, las observancias son, pues, fuentes de celo apostólico.

LA RESPUESTA DE LA HISTORIA

Pero la respuesta de los hechos es siempre la más elocuente.

Siete siglos de historia han corrido para alabar la idea de Santo Domingo y aportar innumerables testimonios de la fecundidad apostólica de las observancias claustrales.

Como toda institución humana, la Orden ha pasado por alternativas de progreso y de decadencia. Gracias a Dios, durante varios siglos ha brillado con esplendor único. En otras épocas, su fulgor ha sido velado, su acción aminorada. Sin embargo, una ley se presenta con una evidencia deslumbradora y gobierna constantemente su larga historia: esta ley consiste en que la Orden de Santo Domingo, cuando más se honra el ascetismo, los estudios se desarrollan y la acción apostólica se vuelve fecunda; cuando el amor a la observancia se entibia, al mismo tiempo se de-

bilita el brillo de la ciencia y el vigor de la acción. Austeridad, contemplación, ciencia y apostolado, recíprocamente se apoyan, viven lo uno para lo otro.

El primer siglo de la Orden fue, por excelencia, el siglo del fervor y de la austeridad. Jamás, en verdad, fue practicada la observancia dominicana con más gozoso ardor que en esos tiempos de juventud. Al mismo tiempo, jamás la Orden ha sido más grande. Es la época en que por medio de una pléyade de doctores insignes la ciencia de los predicadores ilumina en verdad la Iglesia entera: el Beato Hugo de Saint-Cher, San Alberto Magno, el Beato Pedro de Taranté, el Beato Roland de Crémone; el Beato Humberto Romano, San Raimundo de Peñafort, y, más grande que todos, Santo Tomás de Aquino. Es la época en que, según una crónica contemporánea, el éxito feliz de la palabra dominicana era tal que "sumía al mundo entero en estupor". ¡Qué apóstoles! ¡Santo Domingo; el Beato Reinaldo de Orleans; el Beato Enrique de Colonia; el Beato Jordán de Sajonia; el Beato Paúl de Hungría; el Beato Juan de Salerne; el Beato Juan de Bizancio; el Beato Jaime de Vorágine; el Beato Jaime de Verceil; San Jacinto; San Pedro de Verona y tantos otros!

De esta espléndida época, el generalato del Beato Juan el Teutónico marca el ápice. Gobierna la Orden durante 11 años, de 1241 a 1252. Pues bien (y este es quizá un hecho único en la historia de las órdenes religiosas) ¡70 de sus hijos, que vivían bajo

su dirección, han sido colocados en los altares! *In diebus ejus,* decía el Beato Humberto, *¡Ordo multum sublimatus est!* Es que, en aquellos días, enérgica y gozosa florecía la práctica de las más austeras penitencias. Ese Beato Juan el Teutónico, que ha hecho que la Orden ascienda a tal esplendor, era un vigoroso celador de la regla cuyo ardor en castigar las menores infracciones y en vigilar la observancia le merecía el sobrenombre de *¡persecutor malitiae!* Sus hijos fueron ascetas: fueron al mismo tiempo sabios y grandes apóstoles.

Si la época siguiente no se mostró digna de esos orígenes tan ricos, se debió a que, bajo diversas influencias, sobre todo exteriores, en particular los estragos de las peste negra y de la guerra de los cien años y el desorden del gran cisma, la vida religiosa dominicana se había entibiado. El debilitamiento de los estudios y de la acción apostólica siguió inmediatamente a la flaqueza en la observancia de la regla. Si algunos predicadores llevaron a cabo aun entonces grandes hechos, estos fueron los que, en medio de la postración general, habían ganado el amor a la observancia primitiva y vertían en su práctica la fecundidad de su vida como San Vicente Ferrer, San Antonino, el Beato Ventura de Bergame, el Venerable Tauler, el Beato Enrique Suzo, todos ellos grandes ascetas. Los otros, al renunciar al ascetismo, consagraron su vida a la mediocridad.

Poco después, cuando por un milagro de íntima

vitalidad la Orden retornó a sus primeras tradiciones ¿de dónde brotó la fuerza que operó esta maravillosa resurrección? De algunos conventos fieles a la estricta observancia: *San Doménico de Fiesole,* que abrigó a muchos santos, entre ellos al Beato Juan Dominici, San Antonino, el Beato Angélico. *Santa Zita de Palermo,* donde el Beato Pedro Jeremías, sabio y gran predicador él mismo, se rodeó de un grupo de sabios y de misioneros que renovaron la Italia meridional. *San Marcos de Florencia,* cuya inmensa influencia conoce todo el mundo ejercida no sólo sobre la política sino también sobre la ciencia y las artes. *El Convento de Cortona* en el cual se agruparon varios santos: el Beato Laurentino de Ripafrata, el Beato Pedro Capocci, el Beato Constantino de Fabriano.

Estos diversos conventos no hubieran llegado a ser hogueras de acción apostólica potente y de vida intelectual sin haber sido previamente centros de estricta observancia. Gracias a su acción, los estudios florecieron. La ciencia dominicana brilló con nuevo esplendor en la Iglesia, santos en gran número volvieron a asumir "la santa predicación universal". Es tal la virtud de las prácticas ascéticas que bastaron algunos centros donde ellas fuesen amadas para renovar la Orden de los Predicadores e infundirle una segunda juventud.

En los siglos siguientes al nombrado la vitalidad de la Orden ha crecido en la medida en que se ha sometido al pensamiento de Santo Domingo uniendo

por siempre, en su familia, el ascetismo, el estudio y la acción apostólica (1).

En los comienzos del siglo XVI, cuando el Nuevo Mundo recientemente descubierto pedía apóstoles numerosos e intrépidos, y con motivo del formidable ataque del protestantismo la Iglesia suspiraba por teólogos defensores de la fe amenazada, hubo un convento, que más que todos los otros, fue el que a un mismo tiempo proporcionó esos sabios y apóstoles: precisamente el convento cuya observancia se hizo célebre por el fervor de San Esteban de Salamanca; habiendo sido allí donde fueron formados, y enseñaron, esos predicadores cuyos nombres descuellan entre los más grandes de la teología, o sean Francisco de Vitoria, Domingo Soto, Bartolomé Carranza, Pedro Soto, Domingo Bañez y Melchor Cano. De allí fue de donde partieron los más ardientes evangelizadores de América; a sólo este convento, tan celoso en su observancia, debe más de cuatrocientos misioneros la Orden.

Algunos años más tarde, cuando los primeros dominicanos llegaron al Nuevo Mundo, se opusieron a s celo dificultades increíbles. Si legítimamente los frailes predicadores jamás han podido dispensarse las

(1) Llama poderosamente la atención ver, por ejemplo, a Tomás de Vio, el gran Cayetano, quien al llegar a ser maestro general aplica su tenaz energía al restablecimiento de la observancia regular que consideraba, decía él, no solamente como un medio de santificación personal, sino también como el más eficaz medio para adquirir la ciencia sagrada y para transmitirla a los demás.

prácticas de penitencia, bien hubieran podido hacerlo esos misioneros despojados de todo y obligados a realizar esfuerzos sobrehumanos en dilatados países; y antes por el contrario, en vez de suavizarla, hacían la observancia más estricta, la contemplación más intensa, al mismo tiempo que daban la razón para ello, que no era otra que la de fecundar su apostolado y reparar el desgaste que ocasionaran sus inmensas fatigas. Uno de su primeros cuidados fue la fundación del convento de Santa Cruz, en Santo Domingo, que bien pronto se hizo célebre por su austeridad y su fervor, y de donde, en pocos años, partieron los misioneros que evangelizaron la mayor parte de los pueblos de América, sucesivamente unos después de otros. Uno de esos misioneros, el venerable padre Betanzas, apóstol de Guatemala y de Méjico, y que ha dejado un gran nombre, decía: "Jamás, en nuestra Orden, las virtudes apostólicas son más poderosas que cuando se derivan de las virtudes monásticas. Olvidar éstas es querer matar aquéllas." Se puede creer en tales hombres.

En el siglo XVII, Francia vio florecer noblemente en el apostolado y en las ciencias a hombres como Contenson, Vincent Baron, Antonin Réginald, Gonet, Goudin, Massoulié, Piny, Souege, Quétif, Echard, etc., quienes, como sabios, eran más o menos discípulos del venerable padre Michaelis, que acababa de restaurar las austeras costumbres primitivas, puesto que con la observancia el honor de la Orden florecía nuevamente.

Pero en la historia dominicana, nada quizá manifestaba con tanta claridad cuánta fue la inspiración del genio de Santo Domingo al decidir que sus hijos se preparasen en la austeridad para el ejercicio de su ministerio, como los anales de la Provincia de Santo Domingo, en Filipinas. Entre todas, esta Provincia es gloriosa por lo extenso de sus trabajos apostólicos y el número de santos que ha dado a la Iglesia, como que solamente a ella pertenecen muchos miles de mártires y se debe la evangelización de cinco vicariatos del Extremo Oriente. ¿Cuál ha sido, pues, la fuente de tanta actividad y santidad? La estricta observancia, la práctica de las austeridades de la Orden en todo su rigor. Al ser organizada por el venerable Juan de Castro, esta Provincia recibió la siguiente orden fundamental: "Las constituciones de la Orden serán observadas hasta en sus más pequeños detalles, principalmente las más austeras y rigurosas. La abstinencia, el ayuno, la pobreza en el vestido y el silencio, así como los viajes a pie, y no a caballo, serán mantenidos sin negligencia ninguna. Hay que levantarse a media noche para cantar maitines, a pesar de la escasez de religiosos en las residencias."

Será asimismo elocuente el testimonio de la historia contemporánea, aun cuando todavía no ha llegado la hora de ponerlo en evidencia, por lo cual insertamos las siguientes líneas de un erudito conocedor de la historia dominicana, y que son una respuesta a todos aquellos que han osado reprochar a las provincias o congregaciones observantes el no

haber producido hombres notables: "Por todas partes y siempre se han hallado reproches de reformas religiosas en labios de los monjes más perezosos e inútiles... Seguramente que pueden organizarse observancias que redunden en perjuicio de los estudios; pero las leyes han previsto el posible inconveniente en las horas más heroicas de austeridad. Todos aquellos que al respecto han pretendido evocar el pasado, han pensado en general en ello; además, la historia constituye un agobiador testimonio. Quitad de la historia literaria y aun artística, de la historia de la enseñanza y del apostolado cuanto pertenezca a los más austeros monjes, y veréis lo que a los otros les queda: el tener que festejar las obras de los antepasados austeros; y eso más o menos es todo" (2).

Verdad es que hay quienes pretenden afirmar que esta concepción dominicana de la vida apostólica, eficaz en los tiempos de fe, no es aplicable a la sociedad moderna, totalmente transformada, y que ha pasado el tiempo de las observancias.

Esta objeción no es nueva; es la misma que los relajados, al finalizar el siglo XV, oponían a los santos que trabajaban por la restauración de la Orden; la misma que los conventuales del siglo XVII explotaban contra la reforma del Venerable Michaëls; más o menos la única objeción que los religiosos de conventos decaídos, en todo tiempo han opuesto a quienes han pretendido conducirlos a su vocación.

(2) P. BERTHIER. El Convento de Santa Sabina, Roma, 1912, p. 543.

Para formularla, hasta hay necesidad de poseer escasos conocimientos respecto del apostolado cristiano y la sociedad moderna. ¿Es que acaso se trata de un sacerdote que seriamente pueda afirmar que la penitencia, la pobreza, la oración y la obediencia son otros tantos obstáculos para la conversión de las almas? Santo Tomás, de ordinario tan reservado, no tiene inconveniente en declarar que quien pretenda sostener una opinión semejante, "es un loco" (3). Contra todos los que la adoptan, nuestras constituciones manifiestan un sentimiento de horror. "¡Que Dios nos preserve, declaran las antiguas constituciones, de aquellos religiosos que hagan poco caso de los medios que del muy Santo Patriarca Domingo hemos recibido para disponernos a la salvación de las almas: la sujeción a las reglas, las observancias monásticas, la solemne recitación del oficio divino; o, lo que es peor todavía, que se dejen seducir por los prejuicios de los hombres de nuestro tiempo, y bajo pretexto de obrar bien, quieran rechazar las observancias como un fardo inútil! ¡Que para siempre nos libre Dios de ellos!" (Prol. Decl. 1.).

El ascetismo es de todos los tiempos, pero principalmente tienen necesidad de él las sociedades que agonizan por haberlo menospreciado. Si creemos, en efecto, que la Orden de Santo Domingo responde

(3) "*Stultum est* dicere per hoc quod aliquis in sanctitate promovetur, efficiatur minus idoneus ad spiritualia officia exercenda et ideo stulta est quorumdam opinio dicentium quod ipse status religionis impedimentum affert talia exsequendi." Sum Theol. 2, 2, qu. 187, art. I.

a las necesidades de la sociedad moderna, no es precisamente por la novedad que a veces puede tener en su sistema, sino porque es austero, porque se apoya en grandes recursos sobrenaturales y es propicio a que se renueve el espectáculo de las antiguas virtudes cristianas ante los ojos de un mundo que las ha echado en olvido.

De la fidelidad al pensamiento de nuestros padres surge nuestra esperanza.

SEGUNDA PARTE

EL EJERCICIO DEL APOSTOLADO

Ordo autem noster specialiter ob praedicationem et animarum salutem ab initio noscitur institutus fuisse. Quapropter studiam nostrum ad hoc debet principaliter intendere, ut proximorum animabus possimus utiles esse. Huic proprio fini intime cohaeret docere ac tueri veritatem fidei catholicae, tum verbo in scholis, tum scripto multiplici.

Quem finem prosequamur aportet praedicantes et docentes ex abundantia el plenitudine contemplationis, ad exemplum SS. Patris nostri Dominici, qui nonnisi cum Deo aut de Deo, in animarum fructum, loquebatur.

(Cons. Nº 3, par. I-II).

CAPITULO I

CARACTER GENERAL DEL APOSTOLADO DOMINICANO

APOSTOLADO DOCTRINAL

Si los hijos de Santo Domingo han adoptado el título de predicadores no es porque hayan querido practicar exclusivamente la predicación propiamente dicha, sino porque desde los albores mismos del Cristianismo la función de la enseñanza se hallaba identificada con la predicación apostólica. Su misión consiste en extender el reinado de la verdad en todos sus dominios. Según la frase de Honorio III, ellos son "los campeones de la fe". Su sitio está en donde quiera que se halla en peligro la doctrina; donde ésta encuentre operarios que la testifiquen con la palabra y con los hechos, como también con la sangre.

Para poder tener una idea exacta del apostolado dominicano es indispensable, guardadas las debidas proporciones, aplicar las siguientes palabras de San Pablo sobre el apostolado católico: *Divisiones quidem gratiarum sunt, idem autem spiritus.* (2 Cor. XII, 4.)

La labor del fraile predicador es inmensa; le es propuesta bajo formas tan múltiples y en proporcio-

nes tan vastas que en realidad puede afirmarse que es por sí misma una síntesis del apostolado católico; demasiado extensa para que un solo hombre pueda abarcarla toda entera. En la Orden encontramos lo que desde luego hemos observado en la Iglesia, y que el apóstol denomina "división de las gracias en la unidad de espíritu". La Orden cuenta con predicadores, misioneros, teólogos, escritores, profesores y directores de almas. Cada uno de sus hijos se dedica a glorificar a Dios según los dones que de El ha recibido, pero una misma inspiración los encamina, un mismo espíritu unifica sus diversas actividades, un mismo carácter da a tan variado apostolado la unidad que le comunica la fuerza y la grandeza.

La Orden tiene como divisa: *Veritas,* que hubo de adoptar desde su origen, habiéndola conservado como su primer título de nobleza a través de los siglos. Al definir oficialmente su vocación en 1266 el Papa Clemente IV la proclamó "La Orden guardiana de la verdad" (1); es decir, que ante todo fue fundada

(1) La frase de Clemente IV: *Ordo custodiens veritatem,* ha sido confirmada aun por los mismos enemigos. De 1324 a 1344, la Iglesia fue profundamente inquietada por la guerra que el emperador Luis de Baviera no cesaba de hacer contra el Pontífice, sostenido por los espirituales y algunos célebres maestros de París. Al llamamiento del Papa, la Orden entera se levantó contra el poder imperial aunque los predicadores pagaron muy caro su adhesión, pues el rabioso furor de Luis de Baviera, lanzándose sobre ellos, principalmente en Alemania, los dispersó y maltrató, pero sin lograr reducirlos al silencio. Mas he aquí que al mismo tiempo el Papa Juan XXII, en su calidad de teólogo privado, aventurose a sostener una teoría

para defender y difundir la verdad. Su apostolado doctrinal; la primera tarea que se propone es una tarea intelectual.

Ministerio esencial. La inteligencia es la maestra del hombre; establecerla en la verdad equivale a constituir al hombre en la virtud y dar a la voluntad una base en qué apoyar la firmeza de sus resoluciones. Quienquiera que la desprecie, de antemano despoja al hombre de su mejor sostén contra los poderes del desorden. Consideramos como una gran desgracia que en la predicación se otorgue al sentimiento el lugar que corresponde a la idea. De las almas sin equilibrio, que no aciertan a derivar de los misterios cristianos sino lo que puede excitar su sensibilidad, de esas almas no se obtiene sino una piedad sin orden. José de Maistre escribía: "Jamás me cansaré de decir que el hombre no vale sino por lo que cree." Y este otro pensamiento de Bonald: "Los dogmas son los que hacen los pueblos."

Asimismo el fraile predicador desea, ante todo, ser un sembrador de la verdad, ilustrando las inteligen-

---

errónea respecto de la visión beatífica, ante la cual se apresuraron a oponerse, aun estando como estaban ya en lucha con Luis de Baviera, los predicadores, a buen número de los cuales el enojo de Juan XXII hizo encarcelar en las prisiones de Aviñón; pero esto no fue óbice para que protestasen. Ante el espectáculo de los frailes que pretendían luchar al mismo tiempo con los dos más grandes poderes de la tierra, el emperador y el Papa, olvidando por un momento Luis de Baviera su encono hubo de exclamar admirado: "Verdaderamente esta Orden es la Orden de la verdad" (TAEGIO, Chron, ampliss. II, pág. 118).

cias. Antes de excitar a los hombres, quiere iluminarlos. Confiado en el auxilio divino con que el bautismo enriquece al alma cristiana no teme exponer las más altas verdades aun al gran número que el bautismo atrae a las cimas del cristianismo. Hállase persuadido de que no encaminará los corazones de los hombres a Cristo sino en cuanto les haga revelación de Dios, de la misma manera que El se ha revelado a sí mismo.

Consecuencia necesaria: el espíritu dominicano es intransigente con el error. La medida de su amor por la verdad, es la misma de su aversión hacia el error. Como detesta la herejía, la persigue sin tregua, hasta el extremo de que su historia no parece otra cosa que un prolongado combate contra ella. Nada le es más odioso que esta falsa tolerancia moderna, este liberalismo despreciable, doctrinal, que reconoce a todas las ideas un valor igual e iguales derechos. El error no tiene ningún derecho; debe desaparecer.

Lejos de perjudicarnos, esta intolerancia doctrinal influye para que nuestro ministerio sea más oportuno. ¿Cuál es, si no, la doctrina, la primera necesidad de las almas modernas perdidas en el laberinto de sistemas desprovistos de concordancia y unidad? ¿Es que todavía hay almas modernas? Simplemente lo que hay son almas extraviadas. El fraile predicador se consagra a restaurar el orden y a hacer que retorne la verdad exilada, esta reina generosa y magnífica que, con su escolta, hará que vuelvan nuestras antiguas pero perdidas glorias cristianas.

CAPITULO II

LA PREDICACION

El Beato Esteban de Salanhac refiere que el Papa Inocencio III al dictarle a Santo Domingo un escrito, comenzó por decirle: "al hermano Domingo y a sus compañeros." Después, al revisar, le dijo: "escriba así: al Hermano Domingo y a los que con él pre dican." Finalmente, habiendo reflexionado un poco más, le insinuó: "así no, sino así: al Maestro Domingo y a los frailes predicadores."

Tal era el nombre que debía corresponder a los nuevos apóstoles por cuanto claramente expresaba su vocación: la salvación de las almas por la predicación.

La razón de ser del dominicano es predicar la doctrina, tal como desde la primera página lo declaran las constituciones: "Nuestra Orden ha sido especialmente instituída para la salud de las almas por la predicación."

"La santa predicación universal" era la fórmula que Santo Domingo deseaba hacer aprobar, primero por Inocencio III y luego por Honorio III.

Universal porque comprende a todo el mundo.

La Orden es una milicia papal, una sociedad emanada directamente de la autoridad del Romano Pon-

tífice y que en su nombre se esparce por todo el mundo para predicar el Evangelio. Los frailes predicadores son enviados directamente por el Papa, de quien derivan el derecho para el apostolado universal.

Porque se dirige a todos, se denomina predicación universal.

Las siguientes son las clases que el predicador debe procurar atraer por medio de la palabra divina: los fieles, los paganos, los herejes, los cismáticos, personas del mundo y del claustro, sabios e ignorantes, civilizados y salvajes, puesto que su vocación lo destina a la salvación de todas las almas y su palabra debe adaptarse a todas las circunstancias. Si su deber es tener la indispensable capacidad para exponer los esplendores de la teología ante sabios auditorios, no lo es menos el de ponerse al alcance de las almas sencillas para enseñarles la sólida piedad; debe procurar confundir al hereje e iluminar a las almas piadosas. Hoy recordará las grandes virtudes cristianas a los pecadores; mañana descubrirá los secretos divinos y los senderos de la mística a las almas fervientes. Su palabra debe comprender a todas las clases, responder a todas las necesidades y tratar todos los temas. "Dios, el ángel, el hombre, el cielo, el demonio, el mundo, el infierno, los preceptos, los consejos, los sacramentos, la Escritura, las virtudes, los vicios, deben ser materia de sus sermones", ha dicho el Beato Humberto. En suma, exponer toda la religión.

PREDICACION APOLOGETICA

Al considerar las actividades de la Orden en los dominios de la predicación desde los comienzos del siglo XIII, consta que ella incesantemente ha seguido o tenido en mira un triple propósito: apologética, universitaria y popular.

Frecuentemente, desde sus orígenes, la predicación dominicana ha adoptado la forma apologética. Durante largo tiempo Santo Domingo predicó en contra de la herejía. Para resumir el carácter de su predicación, el Beato Jordán de Sajonia ha escrito acerca de él: "Defendía la fe y atacaba la herejía." Mediante la conversión de un hereje, su mismo huésped, dio comienzo a la evangelización del Languedoc que durante diez años, y sin preocuparse de peligros ni injurias, le vio ejercer actividades heroicas para extirpar la temible doctrina albigense. Según revelación hecha a Santa Catalina de Sena, "su misión en el cuerpo místico de la Iglesia, consistió en extirpar las herejías".

Por haberlo él deseado, su Orden nunca ha desfallecido en la magna tarea de perseguir las falsas doctrinas. ¿Quién ignora que durante siglos, particularmente en la Edad Media, fue ella quien dirigió la batalla de Vaudois y los albigenses tuvieron los más temibles adversarios en los predicadores? El Beato Juan de Salerno pasó toda su vida confundiéndolos, lo cual le valió ser denominado "el martillo de los herejes". El Beato Rolando de Cremona con tal ardor los persiguió durante largos años, que su vejez no

fue obstáculo para atenuarlo; y fue así como un buen día que se encontraba en Cremona, según cuentan las crónicas, unos hermanos procedentes de los dominios de Federico II, entonces en Brescia, refiriéronle que el filósofo del emperador los había reducido al silencio al tratar con él arduas y complicadas cuestiones. "Ensilladme en seguida un asno", dijo el ardiente viejo, cuyos achaques le impedían viajar a pie y se encaminó inmediatamente para el campo de Federico, habiendo provocado su llegada una especie de reunión o asamblea de señores, pues tal era su celebridad. Al encontrarse con el filósofo le dice: "Maestro Teodoro, con el objeto de que sepas que en la Orden de Predicadores hay filósofos, te concedo escoger entre hacer objeciones sobre cualquier tema filosófico que a bien tengas, o responderme a mí." De su parte, Teodoro prefirió objetar; pero añaden las crónicas que fue de tal magnitud el triunfo obtenido por el hermano Rolando que de él derivó no poca gloria la Orden.

Algunos de estos elocuentes defensores de la fe tuvieron los honores del martirio, como el Beato Guillermo y sus compañeros, muertos en Aviñón, el Beato Nicolás de Hungría, más tarde el Beato Barthélemy Cerveri y otros más.

Entre estos nombres, y más glorioso que todos, brilla el nombre de San Pedro de Verona. Es el prototipo del defensor de la fe. Su palabra, una de las más elocuentes de la Edad Media, fue también una de las más temibles para los herejes. Dios mismo ha dictado su elogio a Santa Catalina de Sena: "Consideraba a Pedro virgen y mártir que, con su sangre arrojó tan-

ta luz que esclareció a los mismos herejes y que tuvo tanto odio al error que resolvió sacrificar su vida por combatirlo." Mientras vivió no hizo sino orar, predicar, discutir con los herejes, proclamar la verdad, dilatar la fe. Inaccesible al temor confesó su fe no solamente durante su vida sino hasta con la muerte; en el momento de expirar bajo los golpes de su asesino, faltándole la voz y la pluma, empapó el dedo con su sangre; no tiene un pergamino el glorioso mártir, pero se inclina para escribir sobre la tierra su profesión de fe: *Credo in Deum.*

No fue él el último de los adversarios de la herejía que la Orden ha dado a la Iglesia. Lejos de esto. Ya que su misión, según la palabra de Clemente IV, consiste en ser "la guardiana de la verdad", después de presentarla para el amor de los fieles, la Orden debe defenderla contra todo ataque de los impíos. Uno de sus constantes cuidados ha sido el de formar a sus hijos para esta obra esencial. En este sentido desde luego, ella les ha recomendado que su predicación sea actual, es decir, que responda a las necesidades actuales de la Iglesia, a las necesidades presentes de las almas. No alcanza uno a sólo enumerar todos los predicadores que se han distinguido en esta defensa de la fe. Para mostrar que las viejas tradiciones no se han perdido, basta citar, pasando por alto la gloria de cinco siglos, el nombre elocuente del padre Lacordaire y su obra de las conferencias de Nuestra Señora de París, tan dignamente continuada por sus hijos.

LA PREDICACION UNIVERSITARIA

Otros predicadores se consagraron igualmente desde los principios a un apostolado más especializado al que, por procurar sobre todo atraer a la juventud estudiantil, podría llamarse apostolado universitario. Siguieron, como los otros, el ejemplo de Santo Domingo, que fundó sus primeros conventos en las ciudades universitarias de Tolosa, París y Bolonia; que quiso siempre inflamar con su palabra ardiente las grandes escuelas de la Edad Media. Bolonia y París fueron particularmente sacudidas por sus acentos. Era tanta la eficacia de su elocuencia en esos medios que maestros y discípulos lo seguían en masa para compartir su vida y, según la expresión de Lacordaire, "veía caer discípulos a sus pies como las espigas maduras caen en verano al golpe de la hoz del segador".

Muchos de sus hijos alcanzaron un éxito semejante. Cuando el Beato Reginaldo de Orleans hablaba "todo Bolonia entraba en efervescencia", escribe el Beato Jordán de Sajonia, quien cautivado a su vez por el que había sido llamado "hechicero de las almas", heredó su don de agradar a la juventud. El primer sucesor de Santo Domingo ha quedado como el modelo de apóstol de los jóvenes. Su bondad, la agudeza de su espíritu, el encanto de su palabra le daban un ascendiente irresistible. Jamás persona alguna recogió más abundante cosecha de maestros y discípulos. Padres y profesores temían esa elocuencia que les arrebataba a sus hijos y discípulos. "Tened cuidado con el Maestro Jordán, decía un célebre

profesor de Verceil; no vayáis a sus sermones: es una cortesana que coge en sus redes a los hombres" (1). Su éxito en las universidades "puso espanto en el mundo entero" cuenta el Beato Humberto, testigo de sus maravillas.

Desde entonces la palabra dominicana va con gusto a la juventud universitaria, para arrojar en esas almas siempre nuevas y ardientes la verdad de la cual ellas mismas se hicieron apóstoles.

LA PREDICACION POPULAR

Sin embargo, en tanto tiempo la generalidad de los predicadores se ha dirigido a todo el concurso de los fieles. No ha querido la Orden confiar sólo a algunos de sus hijos su misión esencial, a saber, la predicación de la doctrina. Por el contrario, ha querido beneficiar con ella a todo el pueblo cristiano. Si alguno de sus hijos, los mejores de todos, han sido encargados de anunciar la verdad a los espíritus de selección o de confundir a los herejes, la gran mayoría de ellos se lanza a través del mundo a predicar esa misma verdad al pueblo cristiano. Solamente cambian los medios: aquéllos son apologistas, éstos misioneros: todos "predican la doctrina".

---

(1) Ese profesor, maestro Gualterio, cuya prebenda era de las más pingües, fue a oír al Beato Jordán olvidando su propia recomendación. Se sintió a su vez conquistado. Pero le asaltaba el recuerdo de su prebenda que le inhibía la voluntad; durante el sermón se golpeaba los flancos con sus puños repitiéndose: "Maestro Gualterio, a pesar de todo irás." Y fue allá, recibió el hábito y llegó a ser un religioso (Vitae Fratrum, Ed. Reichert, pág. 174).

La Orden ha amado siempre la predicación popular, altamente recomendada por nuestros santos y nuestras constituciones.

Ya el Beato Humberto de Romans exhortaba a sus hermanos a "predicar de preferencia donde fuere más necesario, más bien donde otros no han predicado que en los lugares que han oído ya con frecuencia la palabra santa, y a no descuidar las aldeas poco habitadas, como lo hacen quienes no gustan predicar sino en las grandes ciudades".

"Que los hermanos, dicen las constituciones, enseñen al pueblo lo que todos deben saber para salvarnos. Que expongan una doctrina útil, sólida, grave, apostólica, no *predicándose a sí mismos sino a Jesucristo Crucificado.* Que eviten las cuestiones superfluas, que no sirven para la edificación." Está recomendado a los provinciales que escojan para el oficio de misioneros populares "a religiosos sabios, graves y que, únicamente preocupados de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, quieran seguir las huellas de nuestro bienaventurado Padre" (Cons. 958-966).

Santo Domingo, en efecto, empleó su vida en predicar al pueblo. Era llamado "el Maestro de la predicación". Varias veces recorrió Europa, siempre a pie, humilde y recogido, viviendo de limosnas, sin más bagaje que el Evangelio de San Mateo y las Epístolas de San Pablo, anunciando por todas partes la palabra de Dios, enseñando el catecismo sin descanso por todos los caminos, predicando a los habi-

tantes de los campos con tanto amor como a los maestros de las universidades. Francia, España e Italia lo vieron pasar así varias veces distribuyendo con profusión los tesoros de su alma apostólica.

Sus hijos heredaron su fervor. En los comienzos de la Orden, cuenta Gerardo de Frachet, los frailes tenían tanto celo que "muchos no se hubieran creído autorizados para tomar el alimento de su cuerpo, si no habían dado antes el pan de la palabra a una o muchas almas". "Iban a lo largo de los caminos, agrega Esteban de Salanhac, y regaban por doquiera la semilla; sus miembros parecían haberse convertido en lenguas, hasta tal punto todo en ellos predicaba la penitencia y la santidad." Cuarenta años después de la fundación, el maestro general de entonces, el Beato Humberto, podía escribir que la actividad dominicana se dirigía a todos: *Docemus populos, docemus praelatos, docemus sapientes et insipientes, religiosos et seculares, clericos et laicos, nobiles et ignobiles, parvos et magnos.*

En pos de Santo Domingo surgió todo un ejército de predicadores populares; un gran número de ellos abrió un surco glorioso. "¡Oh, qué buenos obreros los que el bienaventurado Padre Domingo envió a trabajar a su viña para arrancar las malas yerbas y sembrar las virtudes!" exclama Santa Catalina de Sena. Estaba la Orden aún en sus principios y ya contaba con frailes cuya predicación sacudía el mundo entero, como el Beato Juan de Salernes, cuya palabra dulce y firme conmovió la Toscana; como el Beato

Henrique de Cologne, "puro y bello como un ángel", cuyos labios de oro dejaban caer acentos tan penetrantes que los burgueses de Colonia, rebeldes en un principio a la fundación de un convento, se apresuraron luego a colocar las primeras piedras para conservarlo dentro de sus muros; como el beato Juan de Vicencio, predicador de la paz, pacificador de la Alta Italia. "Jamás, desde Nuestro Señor Jesucristo, dicen las crónicas, ningún orador arrastró en pos de sí tanta gente como el hermano Juan de Vicencio"; como el beato Andrés de Pescharia "apóstol de los pobres": durante cuarenta años se consagró a la evangelización de los míseros habitantes de los valles alpinos; no hubo valle a donde no descendiera, ni choza, por retirada que fuese, a la que no llevara la palabra divina.

Y por encima de todos, el predicador por excelencia, uno de los más grandes apóstoles de todos los tiempos, San Vicente Ferrer, que hablando literalmente levantó a los pueblos de la Edad Media. Ha podido afirmarse con verosimilitud, que predicó veinte mil sermones. "En vuestras predicaciones, escribió, emplead un lenguaje sencillo y familiar para explicar detalladamente lo que debe hacer el hombre." Nadie mejor que él practicó este consejo. No ha habido elocuencia más popular, más sencilla y por consiguiente más poderosa. Hasta seis horas seguidas lograba mantener pendiente de sus labios a inmensos auditorios, a quienes exponía las verdades fundamentales obligándolos a llorar sus pecados y a implorar misericordia. En sus correrías se detenía en todas partes, así en las aldeas como en los grandes centros, porque decía: Nuestro Señor no dijo: predicad en

las grandes ciudades; sino a todas las criaturas, a los ricos y a los pobres.

Como se ve, el apostolado que se ejerce en los medios populares está en las tradiciones de la Orden tanto como el que se dirige a los medios cultos. El predicador es deudor de la verdad a todas las almas. Y si la palabra dominicana es sabia, cuando es necesario sabe también ser sencilla, familiar y popular.

Por otra parte tiene a su disposición un medio maravilloso para llegar hasta las almas sencillas: el Rosario, que no es otra cosa que el Evangelio puesto al alcance de todas las almas, aun de las más ignorantes. Después de haber inspirado la fundación de la Orden y de haberle dado su hábito distintivo, Nuestra Señora quiso también darle el arma principal de apostolado revelándole a Santo Domingo el Rosario. Es gran gloria de los predicadores que la Madre de Dios los haya escogido para propagar entre el pueblo cristiano esa devoción incomparable, tan sencilla y profunda, tan doctrinal y popular, accesible a todas las condiciones y a todas las edades, que ha sido fuente de infinitas gracias de santidad personal y ha atraído con frecuencia visible protección sobre la Iglesia eterna. "El Rosario es la honra de la Orden Dominicana, es su bandera y su arma de guerra; es la savia y la virtud de su predicación" (2). Mientras la palabra dominicana predique el Rosario, será siempre sólida, eficaz y accesible a todas las almas.

---

(2) Mgr. Gay, Entretiens sur les mysteres du Rosaire, París, Oudin 3ª éd. t. I, p. 28.

CAPITULO III

LAS MISIONES

Una vez que hayamos organizado la Orden, decía Santo Domingo a uno de sus primeros compañeros, iremos a llevar la fe a los cumanos (1). Toda la vida el Santo Patriarca estuvo atormentado por el deseo de ir a evangelizar a los remotos pueblos paganos, a derramar su sangre por Jesucristo. La Providencia no le dispensó esa dicha. Pero su espíritu apostólico pasó al alma de sus discípulos y lo que el Padre no logró cumplir lo realizaron los hijos con un ardor y un éxito hasta entonces desconocidos en la Iglesia. El mundo entero, podemos decirlo sin exageración, ha escuchado la palabra de los misioneros dominicos. ¿Y cuál es el rincón de la tierra que no haya sido regado con su sangre?

SIGLOS XIII Y XIV

La obra de la evangelización de los infieles está tan adentro del espíritu dominicano que desde un principio se dedicó a ella la Orden y creció luego en prodigiosa proporción. Ya en 1220 Santo Domingo

(1) Nación pagana de las regiones balcánicas justamente famosa por su crueldad.

envía a Polonia y a Silesia a dos jóvenes religiosos, uno de los cuales, San Jacinto, predestinado por Dios para llevar el nombre de Cristo hasta las regiones más remotas, posee la gloria de haber dado el impulso apostólico hacia el este y el norte y de haberse arrojado el primero en el corazón de los pueblos bárbaros. A la cabeza de algunos hermanos que lo siguen y de otros que él mismo recluta en gran número entre sus convertidos, ese gran hombre recorre primero a Prusia, Pomerania, las costas del Báltico, Dinamarca, Suecia, Noruega, regiones todavía bárbaras. Por todas partes predica, bautiza, funda iglesias y construye casas religiosas, sin cansarse jamás. Cuando los hermanos que él ha suscitado y establecido en numerosos conventos son ya suficientes para acabar la conversión de esos países, el infatigable apóstol desciende hacia el sur: evangeliza a la Rusia blanca, a la roja y los pueblos ribereños del mar Negro, y por el Asia central llega hasta el Tibet y la China. Sembrador jamás cansado, vuelve sobre sus pasos y anuncia el evangelio a los pueblos de Moldavia, Volinia, Lituania, y después de haber llevado de nuevo el fuego de su palabra a todas las riberas del Báltico, desciende hacia los Balcanes, a la tierra de los cumanos que Santo Domingo había deseado tanto evangelizar... No es posible relatar todas las labores de ese hombre y de sus compañeros, ni la suma incalculable de los sufrimientos que debieron padecer, ni sus éxitos.

Durante ese tiempo, en 1221, el Beato Paúl funda

la Provincia de Hungría cuyos miembros se aplican al instante a evangelizar los pueblos balcánicos, célebres por sus instintos feroces. El Beato Ceslas lleva la fe a Bohemia, a Bosnia y a Silesia y obtiene un éxito tan rápido que ya en 1227 el convento por él fundado cuenta con ciento veintiseis religiosos. Los hermanos de la Provincia de España pasan a Marruecos y al poco tiempo predican sobre toda la costa berberisca hasta Egipto. Las mismas regiones más septentrionales, Groenlandia e Islandia, ven el hábito blanco de los predicadores, y al cabo de cortos años veintisiete conventos dominicanos se levantan allí donde nunca antes había sido pronunciado el nombre de Jesús.

Un poderoso impulso llevaba a la masa de los predicadores hacia el apostolado y el martirio. Con toda verdad el espíritu apostólico de Santo Domingo continuaba viviendo en sus hijos. ¿Quién no conoce la sublime escena que vio el Capítulo General de 1228? El maestro general, el Beato Jordán, teniendo necesidad de misioneros, los pidió a los miembros del Capítulo. No había acabado aún de hablar cuando todos los miembros estaban ya postrados a sus pies, en venia, suplicándole con lágrimas que los enviara a ellos mismos. El hermano Pedro de Reims, provincial entonces en Francia, se prosternó también con sus religiosos y dijo al maestro: "O dejadme a estos hermanos o permitidme ir con ellos al martirio."

Algunos años más tarde, el Beato Humberto de

Romans fue testigo de un espectáculo parecido. Habiendo Inocencio IV pedido hermanos para enviarlos a los tártaros, el maestro hizo conocer los deseos del Pontífice al Capítulo de la Provincia de Francia: "Entonces, cuenta Gerardo de Frachet, se presentaron hermanos de tanta consideración y en tan gran número que todos se pusieron a llorar. *Fletus mirabilis Capitulum illud occupavit.* Los unos lloraban de gozo porque habían obtenido el permiso de partir: los otros de dolor porque el permiso les había sido negado."

No habían trascurrido aún veinte años desde la fundación de la Orden cuando era ya necesario organizar una congregación particular para la evangelización del Asia: la *Congregación de los Hermanos Peregrinos por Jesucristo entre los infieles;* ¡tanto se desarrollaba el movimiento apostólico! Aún más: la sed de martirio se propagó de tal modo entre los hijos de Santo Domingo y comenzó a despoblar de tal manera los conventos de Europa, que los Papas tuvieron que intervenir para regular esa tan admirable aspiración.

Nada espantaba a esos intrépidos "Peregrinos". Iban siempre por grupos y a pie, el bordón en la mano, valientes "infantes de la pobreza voluntaria", como se expresaban los textos primitivos: *pedites in voluntaria paupertate;* sin dinero, mendigando el pan de cada día, no llevando en su alforja más que algunos libros santos, guardando siempre con rigor las más austeras observancias de la Orden, el silencio, la

abstinencia y el ayuno. ¿Qué habrían podido ellos temer? No tenían más que una ambición: verter su sangre por Jesucristo.

Al cabo de pocos años con haber ocupado las regiones aún bárbaras de Europa, una gran parte de Africa y toda el Asia, habían llegado a los confines del mundo y el Papa Inocencio IV podía dirigir una Bula "a los Hermanos Predicadores misioneros en los países de los sarracenos, de los griegos, de los búlgaros, de los cumanos, de los sirios, de los gazarianos (habitantes del Quersoneso Táurico), de los godos, de los licocios (ribereños del Ponto Euxino), de los rutenos, de los jacobitas, de los nubios, de los gergios, de los armenios, de los indos, de los mosiliotas, de los tártaros, de los húngaros de la grande Hungría y de los otros pueblos infieles del Oriente".

Un siglo después de la fundación, el entusiasmo dominicano por acudir a las misiones era aún tal que el Papa Juan XXII exclamaba: "¡Verdaderamente estos hermanos han sido creados para brillar y alumbrar en la Iglesia de Dios!"

Y así fue durante mucho tiempo. Desgraciadamente en la segunda mitad del siglo XIV los estragos de la peste negra, agravados con las largas perturbaciones del Gran Cisma de Occidente, paralizaron esa magnífica expansión. Casi todos los misioneros perecieron víctimas del terrible flagelo. En sus quince conventos de Persia, por ejemplo, de la Congregación de los Peregrinos no sobrevivieron sino tres religio-

sos, que los mismos conventos de Europa, en estado de ruina, no pudieron siquiera socorrer (2).

LAS MISIONES A PARTIR DEL SIGLO XVI

Durante el siglo XV a los impulsos de un gran número de santos suscitados en ella por Dios, la Orden floreció de nuevo volviendo a la primitiva observancia, al mismo tiempo que renacía tan hermoso o más hermoso que antes el entusiasmo apostólico por las misiones.

Los primeros años del siglo XVI abrieron una nueva era de apostolado. Era la época de efervescencia en que Cristóbal Colón descubría la América, Vasco de Gama doblaba el Cabo de las Tormentas y Albuquerque ofrecía a su rey el inmenso imperio de las Indias.

Dondequiera que penetraron los atrevidos exploradores, los dominicos los siguieron, y aún más, repetidas veces pasaron adelante.

---

(2) La peste negra causó en la Orden, como por todas partes, estragos espantosos y la redujo a un estado de desolación. Para no citar sino algunos ejemplos, en la Provincia de Provenza la peste se llevó a 370 hermanos durante la cuaresma de 1348; en Marsella, perecieron todos; en Florencia, 90; en Pisa 40. Sin embargo, el flagelo no pudo extinguir del todo el espíritu apostólico; aun hubo misioneros dominicanos. En 1371 Gregorio XI envía un grupo importante de ellos a Asia. (Fontana, Monum. Dominin. 1371-1374.) En 1405 el obispo de Pekín era un dominico; lo mismo el obispo de Groenlandia en 1433. Fue a dos misioneros dominicos a quienes Tamerlán confió su famosa carta al rey Carlos VI conservada en nuestros archivos nacionales.

Durante este período moderno, se distinguen tres corrientes de apostolado dominicano: la española, hacia las Américas, la portuguesa, hacia las Indias, y la que partía de la Nueva Provincia de Filipinas hacia el Extremo Oriente.

En el Nuevo Mundo.—Acaban apenas de desembarcar en América los conquistadores españoles cuando llegaron también para la evangelización de los indígenas los hermanos predicadores de Salamanca. El primer grupo desembarca en Santo Domingo en 1510 y funda el famoso convento de la Santa Cruz, del que debían salir tantos apóstoles y mártires. Al cabo de algunos meses, convertidos los indios de Santo Domingo y llegados nuevos misioneros, los audaces predicadores parten a la conquista espiritual de América. En 1512, están ya en Puerto Rico; en 1513, en Venezuela, donde cae el primer mártir del Nuevo Mundo, el Beato Francisco de Córdoba; en 1520 en Panamá; en 1526 en Méjico, donde veinte años después la Orden cuenta con 45 centros de misiones; en 1529 en el Perú; en 1530 en Guatemala, donde construyen la primera iglesia y el primer convento; en 1529 en Nueva Granada; en 1534 en el Ecuador; en 1541 en Vera-Paz; en 1542 en la Florida; en 1552 en Chile.

En todos esos países trabajaron intensamente con éxito admirable. Pueblos enteros fueron atraídos a la fe por su predicaciones. La historia cuenta, por ejemplo, que San Luis Beltrán bautizó en tres meses diez mil indios de la Nueva Granada. Y cuando

los aventureros que habían invadido el Nuevo Mundo se entregaron a cometer los abominables excesos que la historia ha fustigado, los predicadores se levantaron en masa contra ellos en defensa de los indígenas. Fueron los primeros en construir hospitales y escuelas para el servicio de los indios; fundaron las universidades de Méjico, Lima, Quito, Santiago. "Nada grande se ha hecho en el Nuevo Mundo, escribe el historiador Meléndez, sin la intervención de los hijos de Santo Domingo." Es el mismo testimonio que daba más tarde el Papa Clemente X: "La Orden de Santo Domingo parece haber recibido del cielo en herencia la gloriosa misión de traer al conocimiento del verdadero Dios y de sujetar a la Iglesia Romana el inmenso pueblo de América" (Bula del 16 de septiembre de 1617).

La Orden dio a la Iglesia el primer mártir del Nuevo Mundo, el Beato Francisco de Córdoba; su primera santa, Rosa de Lima; los primeros evangelizadores del Perú, Puerto Rico, de Venezuela, de Guatemala, de Vera-Paz, de Nueva Granada, del Ecuador y de Chile.

En Asia.—Durante esos mismos años otros dominicos, a la zaga de los conquistadores portugueses, se esparcían por las regiones recién descubiertas de Asia. Cuando Alfonso Albuquerque en 1503 partía de Lisboa para el Extremo Oriente, llevaba con él a cinco predicadores, cuyo celo fue rápidamente recompensado con resultados magníficos: en las costas de Malaca, en Cochinchina, levantaron con tal éxito un

primer convento, centro de la evangelización de las regiones de Culán, que el Papa estableció un obispado para el gobierno de la Iglesia.

Dos años después, en 1505, otros misioneros vienen en auxilio de sus hermanos y amplían rápidamente las primeras conquistas. Dos nuevos centros de evangelización se establecen en Ormuz y en Goa. De allí los predicadores irradian en todas direcciones. En Ormuz, a la entrada del golfo Pérsico, el hermano Juan del Santo Rosario funda un convento destinado a ser el punto de partida de los misioneros de Persia y de Arabia. En Goa, el hermano Domingo de Lonza estableció el convento de Santa Catalina, de extensísimo campo de acción: sus misioneros llevaron la fe hasta el Coromandel, Ceilán, las islas de la Sonda y Malaca. En este último país el éxito fue tan rápido que en 1549 la Orden contaba ya dieciocho conventos entregados a la evangelización de sesenta mil cristianos. Esos conventos llegaron a ser a su vez reservas de apóstoles para las regiones más lejanas de la Indochina, de Cambodia, de Siam, de Anán, de Tonkín y de la China (3).

Otros predicadores invadieron el Africa, evangeli-

(3) El primer mártir de la Iglesia de Siam, es un predicador, el Venerable Jerónimo de la Cruz, martirizado en 1516. La Orden dio también a la China su primer mártir, el Beato Francisco de Capillás, martirizado en 1648, y su primer apóstol de los tiempos modernos, el Venerable Gaspar de la Cruz, el cual, más feliz que San Francisco Javier, logró franquear las fronteras entonces temibles del Celeste Imperio, en 1555. El primer chino llegado al sacerdocio y al episcopado es también un predicador, el padre Gregorio López.

zando las costas mediterráneas, el Congo, las dos Guineas, el país de los cafres, las riberas del Zambeza, Mozambique, Zanzíbar, Nubia, Etiopía y todas las costas africanas hasta el golfo de Adén.

Era esa una obra inmensa. El mundo infiel todo era atacado simultáneamente. "Jamás, dice el padre Lacordaire, la Orden de Santo Domingo había ofrecido tan gran espectáculo. Quien lo hubera visto de arriba y de una sola mirada, como Dios, no habría creído posible que un tan pequeño número de hombres pudiera hablar tantas lenguas, ocupar tantos lugares, dirigir tantos asuntos y derramar tanta sangre."

Al mismo tiempo el campo del apostolado dominico se extendió aún más por la fundación de una nueva Provincia cuya historia es con justicia gloriosa en la Iglesia: la Provincia del Santo Rosario de las Filipinas.

En 1564 Miguel López de Legaspe se apodera de la isla de Luzón y funda en Manila una colonia española. Era una posición admirable para la difusión del Evangelio en el Extremo Oriente; a una corta distancia al norte las islas del Japón y de Formosa; al oeste la inmensa Asia, Tonkín, Siam, Cambodia; al sur los grandes archipiélagos del océano Indico; al este las islas innumerables de la Oceanía. A continuación los predicadores, siempre en acecho de nuevas misiones, acudieron a fundar en Manila el convento que debía llevar tan lejos el reino de Jesucristo y derramar tanta sangre por la fe.

De allí irradian en todas direcciones: hacia 1570 descienden a Cambodia, a Siam y a Corea. En 1590 logran penetrar a la China donde pronto varios de ellos logran la felicidad de dar su sangre por Jesucristo.

En nuestros días evangelizan aún varias provincias del Imperio Chino y no hace mucho tiempo dieron a la verdad el testimonio de su sangre.

En 1596 emprenden la evangelización de la Cochinchina, Tonkín y Anán, donde no debían cesar durante tres siglos de dar mártires a la Iglesia.

En 1601 desembarcan en el Japón. Era allí donde la Providencia les reservaba sus más gloriosos y más sangrientos triunfos. No hay nada más glorioso en los anales de la Iglesia que la historia de esos mártires del Japón muertos en los principios del siglo XVII: Alfonso Navarrete, Luis Flórez, Francisco de Morales, Jacinto Orfanel y sus numerosos compañeros; y los otros cuatro martirizados en 1637, que se mostraron tan magnánimos en sus torturas que Alejandro de Rodas pudo llamarlos "los más grandes mártires del Japón": Guillermo Courtet, Miguel de Ozarata, Antonio González y Vicente de la Cruz. La Orden tuvo entonces el gozo de dar mártires por centenares a la Iglesia.

Hoy el celo apostólico de los predicadores lejos de haberse enfriado parece más bien hallarse animado de nueva savia. La Orden tiene misiones en todas partes del mundo.

En 1940 el estado de las misiones de la Orden se

hallaba establecido así: una arquidiócesis: Puerto España, en las Antillas Inglesas, confiada a la Provincia de Irlanda.

Dos diócesis: Sendaia, en el Japón y Multana en las Indias, confiadas respectivamente a las Provincias del Canadá y de Roma.

Diez vicariatos apostólicos: Urumba y Madre de Dios en el Perú, dependientes de la Provincia de España; Curazao, encomendado a la Provincia de Holanda; Niangara, en el Congo Belga, en donde trabaja naturalmente la Provincia de Bélgica; Langson y Caobang, en la Indochina, y Foochow, Amoy, Funning, en el Japón, que están confiados a los religiosos de la Provincia de Filipinas.

Las tribus indígenas que viven en el territorio del Brasil, son evangelizadas por los religiosos de ese país así como por algunos franceses, pertenecientes estos últimos a la Provincia de Tolosa, y por los de la Provincia italiana de Lombardía.

Cinco prefecturas apostólicas: Tingchow, en el Japón, confiada a la provincia alemana; Kienoww, igualmente en el Japón, campo señalado al apostolado de la Provincia de San José de los Estados Unidos. En el mismo país, están Formosa y Shikoku, encomendadas al celo de los padres de la Provincia de Filipinas. En fin, los dominicanos de la Provincia del Perú anuncian el Evangelio a los indios de Canelos.

Catorce misiones están confiadas a la Orden sin formar, sin embargo, una circunscripción eclesiástica:

Constantinopla y Esmirna, en Turquía, confiadas respectivamente a la Provincia de San Pedro Mártir y a la de París. Mesopotamia, Siria, Noruega, Suecia (y desde la guerra de 1939, Finlandia) Argelia, poseen establecimientos de los padres de la Provincia de París. Los de Inglaterra trabajan en el Transvaal, en Johannesbourg; el Africa del Sur es igualmente tierra de apostolado de la Provincia de Holanda: Transvaal, Orange-Vrijstaat. Esta misma Provincia se ocupa igualmente de la evangelización de Dinamarca. La isla de La Concepción, en las Antillas, depende de los padres ingleses, mientras que Chunking se beneficia con los sacrificios de los padres de la Provincia de Polonia.

Los corazones valerosos que sueñan con llevar el Evangelio a "los pueblos sentados a la sombra de la muerte" pueden venir: la Orden de Santo Domingo les dará un campo de apostolado más vasto aún que su entusiasmo.

CAPITULO IV

LA ENSEÑANZA

ORGANIZACION DE LA ENSEÑANZA

Por amplio que fuera el apostolado de la predicación universal de las misiones entre salvajes, Santo Domingo no vaciló en abrir a sus hijos un nuevo y casi igualmente vasto campo de operaciones: la enseñanza. Al darles como fin predicar la doctrina, "tenía también que imponerles la obligación de estudios profundos que los capacitaran para exponer la verdad tanto ante los más sabios auditorios como ante los más sencillos, y para defender la religión cuando fuere necesario, ya por la refutación de los sofismas del error, ya principalmente por la exposición de las misteriosas y abundantes riquezas del dogma cristiano".

Así, pues, desde los principios lanzó a sus hijos de lleno en el movimiento universitario. En 1215, apenas llegados a Tolosa, los hace frecuentar la escuela episcopal de teología. Dos años después, cuando los dispersa a los cuatro vientos, encamina los dos grupos principales hacia las dos grandes ciudades universitarias de la época, París y Bolonia, para que prediquen, sin duda, pero también, dicen las crónicas,

"para que estudien". Y para mejor realizar ese fin que había fijado a su Orden trata él personalmente de orientar su labor de reclutamiento de preferencia en los medios intelectuales de las grandes universidades. Los bienaventurados Reginaldo y Jordán lo imitan con tal éxito que muy pronto, gracias a los innumerables profesores y estudiantes ganados a la vida religiosa, los predicadores pasan de discípulos a maestros y abren escuelas en todos los puntos de Europa.

Ello era prestar a la Iglesia un servicio inmenso.

En ese tiempo, principios del siglo XIII, la sociedad cristiana atravesaba una crisis doctrinal temible. Las escuelas episcopales y monásticas que hasta entonces habían atendido a la formación intelectual del clero estaban en plena decadencia o extinguidas. Algunos pocos centros, París sobre todo, monopolizaban la vida intelectual de Europa. De allí resultaba para el clero una ignorancia a veces extrema y en los medios universitarios un gran peligro para la ortodoxia, porque la introducción reciente de las obras de Aristóteles comentadas por Avicena y Averroes turbaban los espíritus puestos en plena efervescencia y tentados de organizar con ellas una filosofía fundamentalmente opuesta al pensamiento cristiano. Sin contar con que numerosas sectas (cátaros, albigenses, pobres de Lyon), se aprovechaban de las circunstancias para seducir las poblaciones que el clero ignorante no sabía instruir.

A la sociedad cristiana le hacían falta escuelas y una enseñanza sólida y ordenada.

Es cierto que el Papado se esforzaba hacía ya cier-

to tiempo en poner remedio a situación tan comprometedora. Pero no había tenido éxito. El tercer Concilio Ecuménico de Letrán (1179) había promulgado decretos para la organización de la enseñanza; esos decretos habían permanecido letra muerta. El cuarto Concilio de Letrán (1215) volviendo sobre lo mismo, había recordado con severidad a los obispos el deber sagrado de proveer a la enseñanza, y aún más, había ordenado la apertura de a lo menos una escuela de gramática por obispado y una de teología por arzobispado. Los Papas multiplicaban los esfuerzos, ya personalmente, ya por medio de sus legados, para conseguir la ejecución de sus decretos. Era muy poco lo que lograban obtener. El episcopado se mostraba cada vez más incapaz de resolver el grave problema de las escuelas y de la enseñanza.

Santo Domingo trajo la solución.

Al dispersar a sus dieciseis compañeros les había prometido sostenerlos con sus oraciones. En efecto, dice el Beato Jordán, "la virtud de Dios los acompañó para multiplicarlos". La rápida difusión de esa Orden apostólica y sabia es un hecho muy extraordinario (1). Cuatro años después de la dispersión (1221) el Fundador, al reunir en Bolonia el primer Capítulo General, veía congregados en derredor suyo a los representantes de ocho Provincias que contaban ya varios miles de religiosos. Algunos años más y el maestro general gobernaría seiscientos conventos y quince mil religiosos.

(1) "Al cabo de algunos años, esa gran Orden se dispersó por todos los puntos de Europa, principalmente por Francia, porque no tuvo igual en la consideración de que gozaba en el mundo sabio." (Mons Douai. Essai..., pág. VIII.)

Ahora bien, cada convento dominicano era una escuela de teología. Allí se estudiaba intensamente: *Fratres* —dicen las constituciones primitivas—, *in studiis taliter sint intenti ut de die, de nocte, in domo, in itinere, legant aliquid, vel meditentur.* Más aún: allí se enseñaba en realidad de verdad: las mismas constituciones prohiben expresamente establecer un convento sin un doctor que enseñe a los hermanos y a los clérigos seculares que quisieren instruírse: *Conventus sine Priore et Doctore non mittatur.*

Es fácil ver la consecuencia: cubriéndose Europa de conventos dominicos, se cubría al mismo tiempo de escuelas teológicas (2).

Así se explica que los obispos hicieran inmediatamente y en todas partes una clamorosa acogida a los predicadores y los atrajeran a sus ciudades episcopales "para predicar y enseñar" (3). Tal era el medio providencial de ejecutar los decretos de los concilios.

---

(2) Para no citar más que un ejemplo, en el mediodía de Francia, en el territorio actual de la Provincia de Tolosa, la Orden tenía abiertas a principios del siglo XIV cincuenta y dos escuelas teológicas y tres universidades o *studia generalia.* Falta aún mucho para que hoy mismo la enseñanza sagrada sea distribuída con tanta profusión. (*Cf. Acta Capitul. provinc., publicadas por Mons. Douais.* Tolosa, 1894.)

(3) El 22 de abril el obispo de Metz escribió a su pueblo para anunciarle la erección de un convento de predicadores: "Cohabitatio ipsorum, non tantum laicis in predicationibus, sed et clericis in sacris lectionibus esset plurimun profutura, exemplo Domini Papae qui eis Romae domun contulit, et multorum archiepiscoporum et episcoporum. (*Gallia christiana,* XIII, Instrumenta, p. 409.) En efecto, los Papas llamaron a su lado a un maestro dominico para la enseñanza de la teología. Este

Cincuenta años después de la fundación, convertida en el primer poder intelectual de Europa y con más de quince mil profesores, la Orden proveía a la enseñanza en todas las naciones cristianas (4). Gracias a ella el gravísimo problema escolar quedaba ya resuelto. Santo Domingo se ufanaba públicamente de ellos ante los que encontraban que había sido hecho un puesto demasiado vasto a los recién llegados: "Aún hoy —replicaba a Guillermo del Santo Amor— vosotros los seculares sois incapaces de ejecutar los decretos del Concilio de Letrán proveyendo a la enseñanza de teología en cada iglesia metropolitana, en tanto que, gracias a Dios, mis religiosos han abierto más escuelas de las que habían sido ordenadas." (Contr. Imp. Dei. cult. XXI.)

Algunos de los maestros de esa primera generación dominicana se cuentan entre los más grandes de su tiempo: el Beato Rolando de Cremona, el Beato

---

maestro fue llamado más tarde *Magister Sacri Palatii,* y sus atribuciones han ido aumentando. El maestro del Sagrado Palacio ha sido siempre un dominico, lo mismo que los titulares de muchos otros oficios instituídos para la defensa doctrinal de la fe. Haciendo alusión a esos cargos reservados a los predicadores Su Santidad Benedicto XV escribía el 29 de octubre de 1916. "Si los Romanos Pontífices han encomendado a perpetuidad a la Orden de los Predicadores algunos determinados cargos creados para la preservación de la fe, ello ha sido para dar público testimonio a la integridad de su doctrina."

(4) El diccionario Larousse, *art. Saint Dominique,* designa esa gran obra dominicana con una palabra original: "Santo Domingo fue en Europa el primer ministro de instrucción pública."

Hugo de Saint-Cher, primer cardenal de la Orden, el Beato Ambrosio de Sena, Pedro de Tarentaise (el futuro Beato Inocencio V), el Beato Moneta de Cremona, San Raimundo de Peñafort, etc...

Una vez resuelto el problema escolar, la Orden vino a resolver también el problema doctrinal.

Como hemos dicho, hacía falta en la Iglesia una enseñanza ordenada de la teología. En el campo filosófico y en el teológico la confusión era casi tan completa como en el político: como innumerables barones y grandes señores tenían reducida a Europa a un mosaico de principados independientes y con frecuencia enemigos, casi de igual modo una multitud creciente de opiniones dividía el campo filosófico. Semejante división originaba necesariamente la debilidad (5).

La Orden de Predicadores hizo a la Iglesia el don incomparable de una filosofía sólidamente establecida y organizada sobre la unidad de un punto de vista universal. Ella lo había recibido de dos de sus más ilustres hijos: Alberto el Grande y sobre todo Tomás de Aquino. Este último, comprendiendo que la metafísica es la ciencia de las ciencias y el principio unificador tanto del orden intelectual como del

(5) "Ninguno de los Padres de la Iglesia había llegado a levantar el edificio total de la teología. Después de mil doscientos años de trabajos, sus escritos esparcidos en el pasado parecían las ruinas de un templo no construído, pero ruinas sublimes que esperaban con la paciencia de la inmortalidad la mano del arquitecto. Este debía salir de las cenizas de Santo Domingo." (*Mém. pour le rétabl. chap. IV.*)

material, se empeñó en construir una metafísica cristiana; valiéndose de los sistemas anteriores, sobre todo del aristotelismo, que él depuró de sus grandes errores, organizó una filosofía, el primero y único sistema científico que se haya jamás adaptado integralmente al pensamiento cristiano. Sobre esa filosofía organizó el pensamiento teológico hasta entonces disperso. Levantó un edificio que podemos llamar eterno, porque sus bases son los datos empíricos o racionales de la primera evidencia.

A su muerte, en 1274, la teología estaba ya ordenada y era una; el pensamiento cristiano, sustraído a las fluctuaciones de los sistemas inconsistentes y protegido contra las aventuras, había cobrado inmensa fuerza.

Desde fines del siglo XIII, la luminosa doctrina tomista había invadido el mundo de las escuelas e impreso su sello en la generalidad de los espíritus. El ejército de los profesores dominicos trabajaba en propagarla con tan grande éxito que a principios del siglo XIV la escuela dominicana ocupaba en forma indiscutible la preeminencia intelectual de Europa. "*Frater Jacobe* —decía a su hermano Jacobo de Viterbo, más tarde arzobispo de Nápoles, el célebre general de los ermitaños de San Agustín y después arzobispo de Bourges, Gilles de Rome— *Frater Jacobe si Fratres Praedicatores voluissent, ipsi fuissent scientes et intelligentes, et nos idiotae, et non communicassent nobis scripta Fratris Thomae.*

ALGUNOS MAESTROS DE LA ESCUELA TOMISTA

Imposible seguir el desarrollo progresivo del magisterio dominico: eso sería hacer la historia de siete siglos de magisterio filosófico y teológico. Podemos resumirla diciendo que la Orden Dominicana ha guardado siempre como norma principal el conservar y desarrollar la doctrina tomista. Agradecida al tesoro que la Providencia le ha confiado, ha permanecido escrupulosamente fiel en defenderla con tenacidad, en propagarla con celo incansable y en desarrollarla en los escritos de los hijos espirituales del DoctorAngélico, ese ejército innumerable y poderoso que se ha convenido en llamar Escuela Tomista.

Es la gran escuela teológica.

"La Orden de los Predicadores, dice Suárez, S. J., ha dado tantos valientes defensores de la fe, que son pocos los escritores de algún renombre notables por su doctrina que no pertenezcan a la familia dominicana."

No podemos citar sino algunos nombres, con Alberto Magno a la cabeza, quien se constituyó en la Universidad de París en el primer defensor de la doctrina tomista.

En los siglos XIV y XV: Hervé le Breton, Durando d'Aurillac, Juan Capreolus († 1459), *princeps tomistarum,* el Beato Juan Dominici, San Antonino († 1459), Pedro Niger y Juan de Torquemada.

A fines del siglo XV, la actividad intelectual de la Orden se desarrolla aún más, hasta proyectar en los

dos siglos siguientes un magnífico esplendor. Los predicadores hacen parte de todas las universidades de Europa y fundan a su vez veintisiete universidades propiamente dominicanas (Capítulo General de 1551) en que enseñan profesores de gran renombre.

Las de España se distinguen entre todas por sus incomparables maestros: Francisco de Vitoria († 1546), Domingo Soto († 1560), Melchor Cano († 1560), Pedro de Soto († 1563), Bartolomé de Medina († 1581), Luis de Granada († 1588), Domingo Báñez († 1604), Tomás de Lemos († 1629), Juan de Santo Tomás († 1644).

En Italia brillan entre muchos otros: Silvestre de Ferrare († 1526), Cayetano († 1534), Ambrosio Catharin († 1553), Daniel Concina († 1756).

Las Provincias Francesas oponen al protestantismo, al jansenismo y a la incredulidad crecientes teólogos de nota: Juan Nicolai († 1663), Vicente Contenson († 1674), Vicente Barón († 1674), Antonio Goudin († 1695), Jacques Guérinois († 1703), Antonio Réginald († 1676), Juan Bautista Gonet († 1681), Antonio Massoulié († 1706), René Billuart († 1751), belga.

No bastándoles el Viejo Mundo a su actividad intelectual, los predicadores, al mismo tiempo que hacían penetrar la fe cristiana en las dos Américas, fundaban también en ellas las primeras grandes universidades del Nuevo Mundo, semejantes a las que dirigían en Europa: en 1538 fundaron una en Santo Domingo; 1612, en Santa Fe de Bogotá; en 1645, en

Manila; en 1681, en Quito; en 1721, en La Habana.

Si los estragos de la revolución de 1789 causaron primero en Francia, y luego sucesivamente en todas las naciones europeas, una notable disminución de la actividad dominicana, la restauración emprendida en nuestro país por el padre Lacordaire y extendida a los otros países por el padre Jandel, trajo de nuevo con la primitiva observancia las antiguas tradiciones intelectuales. Hoy la Orden ha restablecido su organización escolar y la mayor parte de las Provincias poseen *Studia,* algunos de los cuales no tienen nada que envidiar a las universidades. Ha creado varias escuelas de altos estudios de ciencias sagradas, todas ellas de continental reputación: en Roma, el Pontificio Colegio Angélico (6), en Friburgo, la Facultad de Teología; en Jerusalén, la Escuela Bíblica. Publica también numerosos periódicos destinados a la difusión de su doctrina teológica, entre los cuales se encuentran en lengua francesa: *Revista*

---

(6) El Pontificio Colegio Angélico comprende las tres facultades canónicas de teología, de filosofía, de derecho canónico, una sección especial de Sagrada Escritura y otra de estudios históricos, y cátedras de arte cristiano y de arqueología sagrada.

En Friburgo, los predicadores ocupan todas las cátedras de la facultad de teología y algunas de otras facultades. Dirigen además el *Convictum Albertinum.*

En Manila, los predicadores dirigen la Universidad Pontificia, que cuenta en la actualidad con más de sesenta profesores y dos mil quinientos alumnos.

En Francia, el convento de Saulchoir en Etiolles, cerca de París, ha sido erigido en facultad de teología, filosofía, derecho canónico e historia.

Bíblica, Revista Tomista, Revista de Ciencias Filosóficas y Teológicas, Vida Intelectual, Vida Espiritual y Cuadernos de la Vida Espiritual, Reencuentros. La casa de *Ediciones dominicanas del Ciervo,* en París, ha publicado numerosas revistas y colecciones que gozan de gran autoridad en sus respectivas ramas: colección *Unam sanctam,* para la teología de la Iglesia; *El arte sagrado,* órgano de la renovación artística en la Iglesia, afamada en los mismos círculos profanos; *Casa de Dios* y *Lex Orandi,* son las revistas técnicas del movimiento litúrgico, cuyas ideas son vulgarizadas por la revista popular *Fiestas y Estaciones.* Los Dominicanos forman parte del grupo directivo de *La Vida Católica ilustrada,* una de las publicaciones más leídas de Francia, y cuyo tiraje alcanza a los 300.000 ejemplares.

Son igualmente los dominicanos, los animadores del grupo *Economía y Humanismo,* cuyo solo nombre evoca el del reverendo padre Lebret, O. P. su fundador. Esta organización, en la que colaboran religiosos y laicos, inspirándose en la doctrina de la Iglesia, y partiendo de encuestas científicamente realizadas, tiene en mira poner la economía al servicio del hombre. La presencia en este movimiento de industriales, de técnicos de las distintas ramas de la actividad, de especialistas en doctrinas marxistas, le asegura una autoridad incontestable entre todos aquellos que, sea cual fuere su credo filosófico o religioso, se preocupan por las cuestiones sociales. En 1948, celebró una reunión internacional que con-

gregó, entre otros participantes, a representantes de la América Latina. *Economía y Humanismo* tiene una oficina en el Brasil: Río de Janeiro, 126, calle Caluly.

Dentro del mismo espíritu de colaboración entre sacerdotes y laicos, es menester citar a *Testimonio,* la nueva revista de los Terciarios Dominicanos de Colombia, que ha permanecido desde su aparición fiel al espíritu de objetividad de la Orden, y ha sido acogida, por las voces de simpatía llegadas de todos los puntos del horizonte cultural, con aplauso general. El hecho de que esta revista esté dirigida por laicos indica suficientemente la fidelidad de los dominicanos de Colombia a la doctrina pontificia sobre la Acción Católica, y demuestra un sentido despierto de la responsabilidad en las *élite*s laicas cristianas.

En España la *Ciencia Tomista* conserva con honor la tradición intelectual de la Orden en el país de su fundador. *La Vida Sobrenatural* estuvo a la vanguardia del movimiento de renovación espiritual en la tierra de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz.

Además, la Orden ha contribuído grandemente por sus profesores y escritores a la renovación de los estudios sagrados en el magisterio eclesiástico. Los nombres de algunos de sus hijos de los últimos tiempos pueden ser colocados con honor al lado de los de sus padres: tales, por ejemplo, Zigliaria, González, Guillermín, Coconnier, Schwalm, Denifle, el padre Gardeil. Nadie ignora hoy el nombre del padre

Lagrange, el llorado y santo director de la Escuela Bíblica de Jerusalén, renovador de la exégesis católica, por mucho tiempo incomprendido aun por los suyos, y quien se impuso a la crítica liberal y murió después de haber formado discípulos que continúan su obra.

No citamos más que los desaparecidos, porque, por una gracia inestimable de Dios, la generación actual con un éxito cada vez más acentuado continúa ese gran movimiento de la restauración tomista bajo la alta dirección del Papado, que se complace en rendir a la actividad de los predicadores el siguiente homenaje: "Aún hoy día, escribía en 1913 el gran Pío X, vemos en esa Orden ilustre a un gran número de hombres notables, fieles al gran doctor que no envejece nunca, y que esclarecen magníficamente y defienden con fuerza los dogmas y las instituciones cristianas." (Carta del 16 de julio de 1913.)

CARACTERISTICAS DE LA ENSEÑANZA DOMINICANA

Si se quiere dar las notas características que en todos los tiempos han distinguido a la enseñanza dominicana, debe decirse que ella ha sido a la vez audaz y tradicional; pero de una audacia humilde, apoyada sobre la razón y siempre dócil a la fe.

Fue a la razón humana iluminada por la revelación y guiada por la Iglesia a la que Santo Tomás encargó la organización de la ciencia teológica. La primera característica de la ciencia tomista es así el ser eminentemente racional: primero en el sentido de que se sirve del método del razonamiento especula-

tivo, el antiguo método escolástico, cuyo abandono ha traído siempre consigo la confusión del pensamiento filosófico y la decadencia teológica; y luego, y sobre todo, por cuanto está fundada sobre las verdades primeras, sobre datos eternos, bases necesarias tanto de la razón como del dogma.

Doctrina tan racional que no parece ser otra cosa que el buen sentido iluminado por la fe. Por ese motivo es ponderada, huye del exclusivismo de los sistemas, da al espíritu y a la materia lo que les corresponde, es elástica, comprensiva, abierta en todas direcciones, hospitalaria con toda idea justa, cuidadosa de no expresar más que la verdad integral, la verdad común, la verdad universal. ¿El más hermoso título de su fundador no es acaso el de *Doctor communis,* doctor universal?

Por lo mismo que está asentada sobre bases inconmovibles, es también audaz. Toda doctrina viva es asimiladora, está siempre en marcha. Es así como la formación tomista ha dado a los predicadores de todos los tiempos el gusto del progreso y de la iniciativa. Ellos se han esforzado en realizar la palabra de Santo Tomás sobre el progreso de la ciencia: *Ad quemlibet pertinet superaddere id quos deficit in consideratione antecessorum.* Porque ellos buscan la ciencia no por la ciencia sino por razón de las almas que quieren iluminar, uno de sus constantes cuidados ha sido el de buscar y una de sus gracias ha sido la de discernir en la verdad inmutable, para cada época, el aspecto que podía esclarecer las necesidades

nuevas. La existencia misma de la Orden fue el fruto de una iniciativa de Santo Domingo tan extraordinaria que hizo vacilar a los Papas: desde sus orígenes, los predicadores han conservado el gusto por las iniciativas atrevidas.

Desde el punto de vista intelectual la primera de tales iniciativas fue la de asociar el estudio a la vida religiosa, novedad tan plena de consecuencias que la fundación dominicana se convirtió por ello en uno de los hitos de la historia intelectual de Europa. Hasta el siglo XIII la vida monástica, y aun la canónica, no estuvieron necesariamente ligadas al estudio. "El verdadero monje —dice San Benito— vive del trabajo de sus manos." San Francisco de Asís desconfiaba del estudio como de un peligro y dispuso en su regla que quienes no hubiesen estudiado antes de entrar en religión no deberían hacerlo después de ello. Santo Domingo, por el contrario, suprimió a sus hijos todo trabajo manual y los desprendió de toda preocupación material a fin de que pudiesen dedicarse por completo al estudio, haciendo así de la ocupación universal y permanente una obligación fundamental de la vida religiosa. El convento se trocó de ese modo en una casa de estudio, y esto constituyó una iniciativa de importancia suprema que, al ser imitada por la mayor parte de las grandes órdenes religiosas, iba a transformar el estado intelectual de Europa.

Iniciativa en los estudios bíblicos.—"Fue la Orden Dominicana —escribió Vercellone— la que

tuvo la gloria de haber renovado por primera vez en la Iglesia los ejemplos ilustres de Orígenes y de San Jerónimo en cuanto al culto intenso de la crítica sagrada." En efecto, desde 1230 los predicadores se aplicaron a la corrección del texto bíblico adulterado por los copistas, y crearon las *Concordancias,* que no fueron sino inmensas labores emprendidas por el Beato Hugues de Saint-Cher con la ayuda —se afirma— de quinientos religiosos de San Jacobo de París, renovadas más tarde por el convento de Oxford y revisadas muchas veces por insignes exégetas.

El primer comentario total de la Biblia fue publicado por el mismo Hugues de Saint-Cher; Santo Tomás renovó por su parte la crítica bíblica aplicando a ella un método nuevo, más hondo y razonado, de modo que fue denominado por sus contemporáneos como el *Expositor.* Fue un predicador, fray Pedro Schwarz, quien publicó la primera gramática hebrea; y también un miembro de esta Orden, Agustín Justiniani, quien "el primero de todos, en un golpe de audacia reunió en un solo conjunto denominado *Octaplo* los dos Testamentos, en cinco lenguas principales: hebreo, caldeo, griego, árabe y latín". (Sixte de S. *Bib. Sanct.)*

Y en los días actuales ¿no es acaso la Orden de Santo Domingo la que crea en Jerusalén la primera grande Escuela Bíblica y la primera Revista Bíblica?

INICIATIVA EN LOS ESTUDIOS DEL DERECHO CANÓNICO.—Fue San Raimundo de Peñafort, tercer maes-

tro general de la Orden, quien recogió, antes que todos, las Decretales de los Papas para formar con ellas el *Corpus Juris,* y quien fundó la casuística, a favor de la *Suma de los casos de conciencia,* que otro predicador, San Antonino, debería luego elevar a la perfección posible.

Iniciativa en los estudios de las lenguas orientales.—Desde sus días iniciales, los predicadores comprendieron la necesidad del conocimiento lingüístico para el apostolado y la exégesis. Ellos fundaron las escuelas orientalistas y permanecieron solos y sin imitadores durante largo tiempo. En 1236 la Provincia Dominicana de Tierra Santa contaba numerosos *Studia Linguarum,* o sea escuelas bíblicas en donde era posible aprender el griego, el hebreo, el caldeo, el árabe y las lenguas asiáticas. Pocos años después otras semejantes fueron abiertas en Túnez, en Murcia, en Barcelona, en Tiflis, en Bagdad. De estas escuelas salió fray Raimundo Martín, cuyo *Pugio fidei,* obra maestra de la apologética, fundó el orientalismo bíblico.

Iniciativa en el estudio de historia.—Los predicadores han dado el impulso inicial y preparado los primeros modelos para las grandes colecciones de vidas de santos. En 1240 Bartolomé de Trento publicó su *Liber epilogorum in gesta sanctorum;* en 1243 Juan Mailly su *Abreviatio in gestis et miraculis sanctorum;* poco después Bernardo Guy, "el historiador más destacado de su tiempo", el *Speculum Sanctorale.* Y por último ¿quién no conoce la maravillosa *Leyenda áurea* del Beato Jacobo de Vorágine?

Iniciativa aun en el simple estudio de las ciencias profanas.—En el curso del siglo XIII tres dominicanos: Alberto el Grande, Vicente de Beauvais y Tomás de Cantimpré se dieron a la tarea de codificar en una vasta síntesis todos los conocimientos de su época, de donde resultaron extensas enciclopedias, admirables no sólo por el trabajo prodigioso que ellas suponen en una edad en que era preciso recorrer toda Europa a pie en busca de raros manuscritos, sino también por la sabiduría inmensa de que dan testimonio.

Iniciativa en la difusión y vulgarización de las ciencias sagradas.—En pleno siglo XIII el hermano Lorenzo compone el primer tratado de filosofía escrito en lengua francesa. En 1274 el Beato Humberto escribe para uso de los padres del Concilio General de Lyon una memoria en la cual solicita, entre otras cosas, un compendio de la doctrina cristiana para los fieles. Fue ella la primera mención de un catecismo dentro de la Iglesia Católica. Sus hermanos realizaron su anhelo e hicieron aparecer numerosos catecismos; después publicaron, a pesar de tenaz oposición, las primeras versiones de la Biblia en lengua vulgar: en francés, catalán, alemán, armenio. Más aún: los predicadores comenzaron a exponer en exquisitas obras maestras las sublimes lecciones de la teología ascética y mística, como lo demuestran el Beato Jordán de Pisa, el Beato Dominici, San Antonino, Tauler y el Beato Suzo.

Iniciativa en el estudio de la filosofía y de la teología.—Cuando los predicadores aparecieron —por extraño que nos parezca— ni los sacerdotes ni los religiosos eran admitidos a los estudios filosóficos, reservados a los simples clérigos y a los laicos. Los predicadores rehusaron admitir este ostracismo que les colocaba en estado de inferioridad intelectual y organizaron por sí mismos los estudios filosóficos. Hubo resistencia, oposición, vejámenes. Poco les importó. "A aquellos que pueden lograr buenos éxitos y tomar partido en favor de las ciencias sagradas, decía el Beato Humberto, es preciso abandonarles la brida y dejarles el campo libre." *Laxandae sunt habenae circa studiam hujus modi.* Los predicadores se vengaron del mal humor de sus adversarios —como se dijo arriba— renovando el mundo filosófico, dotando a la Iglesia de un sistema ordenado, fácil y vigoroso en el cual pudiese venir a apoyarse la teología.

Aquí sobre todas las cosas, es preciso decirlo, en este vasto campo del pensamiento teológico, se ejerció la fecunda iniciativa de los predicadores. La obra doctrinal de Santo Tomás fue una revolución en teología, y chocó de modo tan violento contra los sistemas adoptados hasta entonces que levantó controversias tan estrepitosas como tenaces. ¿En 1277 el obispo de París, Etienne Tempier y el arzobispo de Cantorbery, Roberto de Kilwardy, no encontraron justo condenar algunas proposiciones tomistas?

Después, cuando fue preciso defender ya la teolo-

gía, ya las fuentes mismas de ella, fue un predicador, Melchor Cano, quien creó la ciencia de los *Lugares Teológicos,* de que él fue un verdadero príncipe.

Los predicadores estaban bien persuadidos durante los siete siglos de su enseñanza, del deber definido ya por Santo Tomás: *ad quemlibet pertinet superaddere in quod deficit in consideratione antecessorum.* Ellos marcharon en la línea primera, pero siempre dentro del sendero tradicional según el sentido católico: *secundum doctrinam Ecclesiae intelligentis sane,* tal como lo decía su maestro, aquél tan sabio en medio de su valentía, a quien llamaban sus contemporáneos: *Prudentissimus Frater Thomas.*

Es este el segundo carácter fundamental de su doctrina tradicional. Ella lo es en cierto modo por necesidad, puesto que le está prohibido apartarse de la línea trazada por el Angélico Doctor, cuyos principios están llamados en las escuelas dominicanas a formar los espíritus y a iluminar todas las ciencias. Santo Tomás viene a ser el blando puerto de este navío intrépido. "La doctrina de Santo Tomás —dice el padre Lacordaire— es la savia que al correr por las venas de la Orden le conserva su fortaleza original. Quien no la ha estudiado a fondo puede ser dominicano por el corazón, mas no por la inteligencia." Nadie en la Orden es llamado a formar discípulos si antes no ha hecho juramento de dictar sus enseñanzas conforme a las doctrinas tomistas. Después de muchos siglos el libro de texto escolar de los

estudiantes dominicanos no es otro que la Suma Teológica explicada página por página, método de tanta eficacia para la seguridad y la continuidad de la doctrina, que la Iglesia lo ha hecho suyo y lo ha impuesto a las universidades católicas (7).

De esta doctrina tomista de que hablamos, doctrina oficial de la Orden, la Iglesia Romana da testimonio de que ella no es sino la coordinación y algo así como el desenvolvimiento de la más pura tradición cristiana. "Por haber venerado profundamente a los santos doctores, escribió admirablemente León XIII, Santo Tomás parece haber heredado la inteligencia de todos ellos. Las enseñanzas de los Padres eran como miembros dispersos de un solo cuerpo. El los reunió, les dio consistencia al vincular a los unos con los otros, los clasificó en orden admirable, les dio, en fin, un desarrollo tan extraordinario, que su obra sigue siendo la fortaleza y el decoro de la Iglesia." "Esta doctrina, afirma Benedicto XV, tiene sobre las otras, exceptuando las de los Concilios, la precisión de los pensamientos y la exactitud de la exposición en grado tan alto que quien la abrace está seguro de no equivocarse, y quien se aleje de ella es ya sospechoso de error."

Tal es la doctrina eminentemente católica que ha

---

(7) Ver en *Douais,* Essai... p. 87 y siguientes, cómo la Suma Teológica sustituyó poco a poco en las escuelas a las Sentencias de Pedro Lombardo. Desde 1313 un Capítulo General ordenó que se leyera a Santo Tomás al propio tiempo que a Pedro Lombardo, impuesto entonces a todos los profesores. Pero, como resultado de necesidades escolares, no fue sino en la segunda mitad del siglo XV cuando la Orden pudo establecer la enseñanza directa y exclusiva de la Suma Teológica.

sido en todo tiempo de los predicadores. El Pontificado da testimonio aun de la fidelidad dominicana a la enseñanza del teólogo más grande de la Iglesia, y esto es para la Orden el más precioso de los elogios: "Lo más digno de alabanza en esta Orden, escribe Benedicto XV, no tanto es haber nutrido en su seno al Doctor Angélico sino haber permanecido siempre fiel a sus enseñanzas, sin desviarse en una sola palabra de ellas" (8).

Por último, si se quiere calificar finalmente la doctrina tomista es preciso agregar que ella está vivificada por aquello que San Pablo llama "el sentido de Dios". Aquellos que la han organizado fueron ayudados en su trabajo por íntimas sugestiones de su piedad más honda y "escrutaron las profundidades de Dios" tanto con el corazón como con la inteligencia. Todos esos ilustres doctores dominicanos que hemos nombrado eran grandes religiosos en quienes las gracias propias del doctorado estaban fecundadas por las inspiraciones de la intimidad divina. Un buen número de ellos ha sido colocado en los altares: el Beato Pedro de Tarentaise (Inocencio V), el Beato Ambrosio de Siena, San Alberto Magno, Santo Tomás de Aquino, San Raimundo de Peñafort, San Antonino, el Beato Henrique Suzo, el Beato Dominici. Sin haber recibido los honores oficiales de la canonización los restantes han arrojado un vivo destello de santidad; algunos han sido honrados por el culto del pueblo, como el Beato Rolando de Cremona, el

(8) Carta del 29 de octubre de 1916.

Beato Hugo de Saint-Cher, el Beato Moneta, el Venerable Tauler, y el Venerable Luis de Granada.

¿Quién no comprende que una línea tal de doctores hubo de dejar una tradición docente, puesto que estuvo en ellos mezclada de modo tan íntimo la santidad a la ciencia? Ellos hicieron comprender a sus hermanos, tanto por la palabra como por el ejemplo, que la teología es una ciencia viva, que para poseerla no basta inclinarse sobre los manuscritos con ojos de sabio, sino que es preciso amar de todo corazón la verdad, y en todos los estudios —como dice Santo Tomás— buscar *ut semper plus et plus cognoscatur Deus.* Que las palabras ociosas sean descartadas' "Es preciso silbar —decía fray Bartolomé de Medina, el grande iniciador del siglo XVI en España— al maestro en teología que disertando sobre cuestiones complicadas para mostrar su habilidad literaria, descuida aquello que hace florecer la piedad y la caridad."

El verdadero tomista lo dirige todo a Dios y pone lo sobrenatural en medio de su ciencia. Cuanto él toca, hasta las partículas menores de la verdad en que se detiene, todo ello lo anima con un soplo de pensamiento y de corazón que tiende hacia Dios. Si es verdaderamente fiel a los métodos del maestro, nada estudia que no esté iluminado por la luz divina, *in Deo, in summo rerum vertice.* Dios ante todo, tal es el principio unificador de la teología tomista. Cuando ella hace investigaciones menores y cuando escudriña los misterios de las acciones humanas, siempre lo hace *sub ratione Dei.* Otras escuelas teológicas pre-

fieren aportar soluciones que parten de la libertad humana. El tomista parte siempre de Dios e ilumina todos los problemas con la lumbre de esta idea directriz que, después de haber dado una orientación especulativa, hace del sistema una enseñanza viva, generadora de piedad activa que brota de las profundas fuentes del dogma. La teología tomista es una ciencia penetrada de la más alta contemplación.

Es una gracia extraordinaria, la más señalada talvez de todas las otorgadas por la Providencia a la Orden de los Predicadores, que sus millares de teólogos, desde Alberto Magno hasta los contemporáneos elogiados por Pío X y Benedicto XV, tan diversos por la raza, la época y el genio, se hayan encontrado como en lugar de cita en la unidad de un punto de vista universal, para elevar concertadamente este grandioso edificio intelectual en que los Papas invitan a la Cristiandad a buscar la doctrina auténtica. Vasta catedral, airosa y fuerte, de vitrales bañados en luz por los rayos que la rodean: de lo alto por la contemplación, de lo interior por el estudio, de todos los ángulos por la tradición; siempre acogedora y abierta siempre a todos, asi a la multitud informe como a la aristocracia selecta, que allí encuentra una profusión desconcertante de riquezas intelectuales y en donde, sobre todo, hallan al Dios escondido que preside y distribuye la vida. Una casa de luz, y en síntesis, para las inteligencias, la más bella de las casas familiares de la Iglesia: tal es la filosofía tomista.

TERCERA PARTE

NUESTROS MODELOS

Inhaerentes traditionibus totius historiae nostrae, admonentes deprecamur obtestamurque universos Fratres nostros ut "attendant ad petram unde excisi sunt".

(Veteres Constit. Prol. Decl. I.)

Para que una Orden lo sea realmente necesita una teoría, una disciplina, un modelo; en otros términos. requiere de una idea para ser realizada, de maestros que enseñen la aplicación de esa idea, de modelos que al presentarla en la práctica de la vida despierten el espíritu de quienes los miren.

La Orden de Santo Domingo posee tales elementos fundamentales. La idea que debe realizar en el mundo, la hemos expuesto ya en páginas precedentes: el apostolado doctrinal cuya fuente se halla en la contemplación; la disciplina que la guía y la sostiene está definida en sus constituciones, elaboradas en el transcurso de los siglos por los Capítulos Generales y aprobadas por la Iglesia; los modelos son los santos que, habiendo adoptado un ideal supremo, lograron traducirlo en su perfección y cuya vida y saludable influencia sobre el pueblo cristiano han demostrado no sólo que es posible vivir según la idea dominicana, sino que para la Iglesia misma es conveniente que haya en su seno hombres cuya existencia se desarrolle de acuerdo con aquella.

Los santos dominicanos son innumerables. "Creo verdaderamente, escribe Segneri, que la Orden de Santo Domingo ha dado más santos al cielo que libros a las bibliotecas." Su primer acto de generosidad es mostrarnos el camino. Ellos son nuestros guías,

A quienes tienen el alma despierta ellos les hablan. Ellos nos enseñan a vivir. Incontables voces vienen de ese brillante pasado que nos defenderán siempre de toda desviación en el sendero. ¿Qué ordenan ellos? Proseguir la empresa para la cual ellos vivieron y sufrieron, bajo su consejo y ayuda; mantener la tradición familiar y transmitirla al porvenir, tan pura como ellos nos la legaron, pero enriquecida con nuestro concurso, revestida de la misma nobleza, orientada hacia el mismo núcleo de perfección.

Nuestra fuerza radica en ser solidarios. Nosotros no tenemos sino que seguir sus huellas para estar seguros de cumplir la obra que Dios aguarda de nosotros.

CAPITULO I

SANTO DOMINGO

Todas las páginas de este libro no hablan en síntesis sino de Santo Domingo, como es lógico al bosquejar la fisonomía ideal del predicador, asceta, contemplativo, apóstol. Algo de lo que fue su grande alma queda aquí revelado. Cada una de estas líneas tiene mucho de su influencia; y es casi el único objeto de ellas.

La Providencia ha querido, efectivamente, que el ideal del predicador fuese plenamente realizado por el mismo que lo había concebido y que estaba predestinado para manifestarlo a los ojos del mundo. El Fundador de la Orden, Santo Domingo, es el más perfecto modelo de ella, en tal forma que cada uno de sus hijos al pretender la entrada a lo íntimo de su propia vocación tan sólo necesita mirar hacia él para percibir los rasgos esenciales de la fisonomía moral que deba hacer suya.

Fueron numerosos los santos que se entregaron a la penitencia y a la contemplación a la sombra del claustro. Más numerosos quizás aquellos que se entregaron a la vida activa por medio del ejercicio de las obras de caridad espiritual y corporal. Más bien

raros aquellos que han cultivado a la vez la vida activa y la contemplativa

Santo Domingo fue de estos últimos: al adoptar el ideal apostólico puro, llevó al grado más excelso la contemplación y la acción en armonía maravillosa.

Como contemplativo estuvo a la altura de los místicos más profundos. Largo tiempo vivió en el silencio. Estudiando en la Universidad de Palencia y haciendo parte del Capítulo de Osma permaneció durante treinta y cinco años. Nadie ha superado el rigor de su austeridad. "Jamás he visto otro hombre en quien la oración fuese más habitual, decía el abad de San Pablo de Narbona. Pasaba las noches en vela, llorando y gimiendo por los pecados de sus prójimos." Fue un hombre todo de Dios y todo en Dios, que se abismó, hasta hacer de ello su costumbre, en aquellas claridades sobrenaturales que la Sagrada Escritura llama "inaccesibles". Para conocerlo es preciso frecuentarlo con absoluta asiduidad y en paz completa, porque no hay otro paso en la multitud de los santos más tranquilo y más firme, más dulce y más fuerte que el suyo. Ordinariamente se le llamaba "el muy dulce padre Domingo".

El primer aspecto bajo el cual aparece es el de la profundidad. Cuando se le contempla silencioso en los claustros de Osma o prosternado al pie de los altares de Santa Sabina, o caminando detrás del grupo de sus discípulos, se siente como que el corazón se repliega en el fondo de sí mismo y se detiene asombrado ante simplicidad y profundidad tanta.

Mas he aquí que este silencioso, este penitente tan sumido en la contemplación, fue un hombre de acción que dio a su siglo un impulso decisivo. La contemplación había encendido en su corazón un fuego devorador: el celo de las almas "El bienaventurado Domingo tenía una sed ardiente de la salud de las almas y un celo sin límites por su salvación. Dios le hizo comprender que era necesario poner de manifiesto ese celo. Una noche mientras oraba en la Basílica de San Pedro tuvo una visión: los apóstoles Pedro y Pablo, los príncipes del apostolado, se le aparecieron. Pedro le entrega un bordón, Pablo un libro y ambos le dicen: "Ve y predica, Dios te ha escogido para ese ministerio."

Sin interrumpir su contemplación salió, pues, de su silencio y partió con los pies desnudos, sin dinero, sin recursos, a merced de los hombres y de la Providencia. Recorrió varias veces a pie la Europa Occidental, predicando a todos en las aldeas, en las ciudades, en las universidades. "Era tan ferviente predicador, que de día y de noche, en las iglesias, en las casas, en el campo, en los caminos, no cesaba de anunciar la palabra de Dios y recomendaba a sus hermanos hacer lo mismo y no hablar sino de Dios."

Aquello fue como una explosión de vida divina; el fuego que ardía en su pecho se desbordó. Las verdades acumuladas en sus años de recogimiento salieron entonces de su corazón con raudales de amor que conmovían a los más endurecidos. Bastó aquel hombre solo para conmover a las naciones cristianas.

Las crónicas de su tiempo nos cuentan que por él su siglo se conmovió en sus cimientos. ¡Fue él quien en pocos meses convirtió en el norte de Italia a más de cien mil herejes. Tal era el poder divino que irradiaba este hombre! "Su oficio fue el del Verbo, mi único Hijo (le reveló Dios Padre a Santa Catalina de Sena). Apareció en el mundo sobre todo como un apóstol; tan poderosos eran la verdad y el brillo con que sembraba mi palabra, disipaba las tinieblas y esparcía la luz."

Era un hombre completo. Si consideramos su vida interior, está a la par de los más grandes místicos; si atendemos a sus obras, es el émulo de los más grandes hombres de acción. Consagró las noches a la contemplación más ferviente y los días al apostolado más activo. Fundó una Orden de religiosas claustradas consagradas a la oración perpetua, y una Orden de Predicadores en donde todo converge a la acción. Doctor, expuso la teología en el palacio de los Papas. Hombre de trabajo, organizó personalmente su Orden y cada uno de sus conventos. Misionero, no cesó de recorrer a España, a Francia y a Italia. Predicador, lanzó su noble empresa lo mismo a las muchedumbres que a los maestros de las universidades. Fue el consejero de los Papas y de los hombres de guerra. Este contemplativo supo unir el sentimiento más profundo de las cosas divinas con el sentido más justo y más práctico de las cosas humanas. Con la misma luz iluminaba ante sus ojos el ideal y la realidad, siempre de acuerdo en sus actos. Luz so-

brenatural que inundaba todos los aspectos de las cosas. Vivió y se movió en medio de esta luz que unificó su vida. Perteneció a la raza de esos grandes intelectuales apasionados, primeramente de la reflexión, pero que pasan en seguida a la acción impulsados por el amor mismo de su propio pensamiento hasta traducir sus luminosas ideas en obras fuertes que dirigen con vigoroso impulso.

A su dulce y fuerte figura no le falta ninguna belleza: pureza de alma, lucidez de espíritu, fuerza de voluntad, ternura y suavidad de corazón, profundidad en la contemplación, energía y flexibilidad en la acción, agota la gran imagen de este jefe que también fue padre y doctor (1). La liturgia canta en su honor: "Fuiste la antorcha de la Iglesia, doctor de la verdad, predicador de la gracia." En toda circunstancia apareció grande. Después de siete siglos su pensamiento continúa guiándonos y sus obras sosteniéndonos.

Dios mismo quiso hacer su elogio en la famosa visión de Santa Catalina de Sena.

Catalina vio al Eterno Padre. De su boca salía el Verbo, su Hijo amadísimo; y mientras la santa lo contemplaba, Santo Domingo salió del pecho del Señor, en tanto que se escuchaba una voz que decía:

"He aquí hija mía, Yo engendré dos hijos, el uno por naturaleza y el otro por adopción. Y así como

(1) Gregorio IX dice en la bula de canonización: "Fue hecho pastor y conductor del pueblo de Dios" (Pastor et Dux in populo Dei factus.)

mi Hijo por naturaleza se hizo en cuanto hombre obediente hasta la muerte, del mismo modo mi hijo adoptivo, Domingo, me obedeció en todo desde su nacimiento hasta su muerte. Todas sus obras se conformaron a mis mandamientos y supo conservar hasta el fin de su vida limpia e inmaculada la inocencia que le di en el bautismo.

Del propio modo que mi Hijo por naturaleza dejó oír su voz en el mundo en testimonio elocuente de la verdad que puse en sus labios, así también mi hijo adoptivo predicó el Evangelio a los herejes, a los cismáticos y a todos los fieles.

Mi hijo por naturaleza envió a sus apóstoles a llevar el Evangelio a todas las criaturas; mi hijo adoptivo continúa y continuará en adelante enviando a sus hermanos sometidos a la obediencia y a la disciplina que les impusiera a predicar a todas las naciones. Esta es la razón por la cual en virtud de un privilegio especial él y los suyos siempre interpretarán con fidelidad mi palabra sin traicionarla jamás.

Mi Hijo por naturaleza cooperó con su palabra, con sus actos, con su vida entera a la salvación de las almas. Mi hijo adoptivo se consagró sin reserva, mediante su doctrina y sus ejemplos, a libertar a las almas de los engaños del demonio, del error y el pecado. Porque el fin principal que tuvo al fundar su Orden fue el de arrancar a las almas de la esclavitud del error y del pecado para traerlas al conocimiento de la verdad y a la práctica de una vida virtuosa y cristiana. Por todos estos motivos lo comparo con mi Hijo por naturaleza."

He ahí al padre y primer modelo de los predicadores.

CAPITULO II

LOS SANTOS

"Las órdenes religiosas, escribe el padre Lacordaire, son el mayor esfuerzo de la Iglesia para vencer al mundo a fuerza de abnegación y por consiguiente de santidad."

¿La Orden de Santo Domingo ha cumplido con este fin? La historia debe respondernos. Quienes conocen los anales de la Orden saben cuán pocas familias religiosas han tenido la felicidad de dar al cielo tantos santos. Un verdadero ejército de predicadores que la voz de la Iglesia o la del pueblo cristiano proclamó bienaventurados rodea con "una corona de honor y de gloria" al patriarca de Osma: papas, obispos, doctores, misioneros, vírgenes, mártires.

Habiéndosele preguntado al Papa Clemente X cuántos santos había dado a la Iglesia la Orden de Predicadores, respondió: "Contad las estrellas del cielo, si podéis hacerlo."

"Desde su fundación, escribe Clemente XIV, esta Orden gloriosa ha sido como un campo fértil que no ha dejado de dar a la Iglesia hombres eminentes en doctrina y santidad."

Y Pío IX: "De la familia de predicadores, como de

una mina inagotable, no dejan de salir hombres ilustres por su santidad. Verdaderamente el Todopoderoso ha hecho grandes cosas por esta Orden y la ha enriquecido de santos."

El padre Savonari, teatino, escribe: "En el espacio de veinte años, tres mil frailes predicadores han muerto en olor de santidad. Pío IX y León XIII han llevado a los altares a ciento veinte hijos de Santo Domingo, como para demostrar que la fecundidad dominicana está lejos de agotarse."

Se ha renunciado a dedicar una fiesta especial a cada uno de los santos de la Orden, y se celebra su memoria en una fiesta colectiva que lleva en la liturgia dominicana el nombre de Todos los Santos de la Orden. En la bula que la instituyó, Clemente X escribía: "Es justo que la Orden celebre en un día particular la fiesta de todos sus santos, porque si quisiéramos asignar un día propio para cada uno, necesitaríamos componer un nuevo calendario para sólo ellos."

Ahora bien, nada más variado que esta inmensa asamblea de santos dominicanos. Todas las situaciones están representadas, cada uno puede encontrar sus modelos.

Vemos allí Papas: San Pío V, el Beato Inocencio V, el Beato Benedicto XI, el Venerable Benedicto XIII.

Cardenales: El Beato Hugo de Saint-Cher, el Beato Juan Dominici.

Obispos: San Antonino, El Beato Jacobo de Vo-

rágine, el Beato Agustín de Biella, el Beato Bartolomé de Braganza.

Doctores y teólogos: Santo Tomás de Aquino, San Alberto Magno, San Raimundo de Peñafort.

Escritores místicos: el Beato Henrique Suzo, el Venerable Tauler, el Venerable Luis de Granada, Santa Catalina de Sena.

Predicadores: San Pedro de Verona, San Vicente Ferrer, el Beato Reinaldo de Orleans, el Beato Juan de Vicenza, San Luis María Grignon de Monfort.

Misioneros: San Jacinto, San Luis Beltrán, el Beato Pablo de Hungría, el Beato Alfonso de Navarrete, el Beato Guillermo Courtet.

Frailes conversos. El Beato Simón, el Beato Jean Massias, el Beato Martín de Porres.

La variedad no es menos sorprendente si consideramos sus orígenes.

Como la Orden se ha extendido por toda la tierra, no hay un pueblo en el cual ella no cuente con personajes eminentes en santidad; es esta quizá su más bella gloria: la de haber hecho surgir santos en todos los puntos del mundo, así sea del suelo ingrato de las naciones bárbaras y todavía paganas. Citemos los nombres de algunos solamente:

En Francia: el Beato Reinaldo de Orleans, el Beato Bertrand de Garrigues, el Beato Humberto de Romans, el Beato Inocencio V, el Beato Guillermo Arnaud, el Beato Nicolás de Rochefort, el Beato Andrés Abellón, el Beato Guillermo Courtet.

En España: Santo Domingo, San Raimundo de

Peñafort, San Vicente Ferrer, San Luis Beltrán, el Beato Alvarez de Córdoba, el Beato Fernando de Capillas, el Beato Francisco de Posadas.

En Portugal: el Beato Pelayo, el Beato Gil, el Beato Pedro de Santarem, el Beato Pedro de Aveiro, el Beato Vicente de Lisboa, el Beato Gonzalo de Guimaraens, la Beata Juana.

En Italia: San Pedro de Verona, Santo Tomás de Aquino, San Antonino, San Pío V, el Beato Alberto de Bergamo, el Beato Ambrosio de Siena, el Beato Raimundo de Capua, Santa Inés de Montepulciano, Santa Catalina de Sena, Santa Catalina de Ricci.

En Alemania: San Alberto Magno, el Beato Jordán de Sajonia, el Beato Enrique de Colonia, el Beato Enrique Suzo, el Beato Santiago de Ulma.

En Inglaterra: el Beato Lorenzo, el Beato Brice, la Beata Eufemia.

En Irlanda: más de cien mártires de quienes la Sagrada Congregación instruye actualmente la causa.

En Bélgica: el Beato Odón de Gante, el Beato Siervo de Lovaina, el Beato Juan Lammens, el Beato Antonio Timmermans, la Beata Margarita de Ypres.

En Holanda: San Juan de Gorcum, la Beata Gertrudis.

En Dinamarca: el Beato Rano de Dacia, el Beato Steno.

En Suecia: el Beato Juan de Upsala.

En Polonia: San Jacinto, el Beato Ceslas, el Beato Berenguer de Cracovia, el Beato Bernardo de Ha-

licz, el Beato Hermann, el Beato Estanislao, el Beato Félix de Sirardz.

En Bohemia: el Beato Conrado de Praga, la Beata Zedislava.

En Hungría: el Beato Pablo y sus compañeros, el Beato Froment, el Beato Sadoc y sus cuarenta y ocho compañeros, el Beato Mauricio, la Beata Margarita, la Beata Isabel, la Beata Helena.

En Suiza: el Beato Conrado de Constanza, la Beata Matilde de Stans.

En Malta: el Beato Andrés Xuerés.

En Rusia: el Beato Maynard, la Beata Constanza.

En Armenia: el Beato Bartolomé el Pequeño.

En Etiopía: el Beato Felipe de Sceva, la Beata Arsenia.

En América: Santa Rosa de Lima, el Beato Martín de Porres, la Beata Ana de los Angeles.

En Annam: el Beato José Uyen, los Beatos Vicente Yen, Domingo Hanh, Tomás Dè, Pedro Tù, José Canh, y muchos otros indígenas beatificados por León XIII.

En Tonkín: el Beato Pedro Thac, el Beato José Tang, el Beato Vicente Lien.

En el Japón: los Beatos Gaspar Cotenda, Vicente de la Cruz, Pablo y Miguel Fimonoya, Domingo Xobioya, Juan Tomaki, Luis Misaci, y veinte japoneses más que Pío IX ha colocado sobre los altares.

Uno imagina sin dificultad que esta multitud contiene tipos muy diversos. No hay entre ellos dos que sean parecidos. Grande y comprensivo, el ideal dominicano admite ampliamente esas diferencias de razas y de temperamento, pero al mismo tiempo definido y firme en él resulta la multiplicidad en la unidad.

Porque siglos y países muy diversos han trabajado para enriquecerlo, el inmenso coro de santos dominicanos es variado, pero subsiste su unidad, porque todos aquellos que lo componen llevan el signo distintivo de los hijos del Patriarca de Osma. Cualesquiera que hayan sido sus orígenes o sus funciones nuestros santos han sido contemplativos-apóstoles. Ellos han sacado de una contemplación abundante e ininterrumpida, el gusto y la fuerza de los trabajos apostólicos.

Entonces su contemplación reviste un carácter especial: perteneciendo a una Orden cuya divisa es VERITAS y en la cual los intensos estudios teológicos mantienen la vida íntima, tienen, si se permite la expresión, una santidad de antorcha; van a Dios sobre todo por la luz. Lo que ellos buscan por todas partes es la VERDAD, pero la VERDAD primera, el Verbo Viviente, el "Verbo hecho carne que ha habitado entre los hombres." Por esto todos se han distinguido por un culto apasionado de la Santa Humanidad de Jesús sobre todo en sus grandes manifestaciones: la Pasión y la Eucaristía (1). Realizan maravillosamente la palabra de San Pablo: *Divisiones*

(1) Un solo hecho es suficiente para mostrar con claridad la devoción dominicana a la Pasión de Jesús: entre los santos de la Orden hay aproximadamente, 90 estigmatizados. En cuanto a la Eucaristía, todo el mundo sabe el papel que desempeñaron el Beato Hugues de Saint-Cher y Santo Tomás de Aquino en la institución de la fiesta del Corpus Christi. La Cofradía del Santísimo Sacramento, fundada y propagada por los predicadores, depende del superior de la Orden.

quidem gratiarum, unus autem spiritus (2), En la familia espiritual de Santo Domingo existe división de gracias dentro de la unidad de espíritu.

A todos estos grandes hombres que nos han trazado la vía nosotros profesamos una sumisión absoluta y una filial gratitud. Son ellos quienes han hecho la Orden y la han mantenido en un estado de fidelidad muy constante a su ideal que en adelante la Orden por largo tiempo no puede olvidar. Ellos la hacen conocer en su verdad poniendo de manifiesto su vida íntima. Ellos son su primera riqueza, la explicación de su duración, su salvaguardia perdurable.

(2) Ciertamente hay divisiones de las gracias, pero el espíritu es uno.

CAPITULO III

LOS MARTIRES

El martirio es el testimonio supremo que el hombre puede rendir a la verdad. Era conveniente y aun parecía necesario, que la Orden *Guardián de la Verdad* le diera el testimonio de su sangre porque, según la palabra de Pascal, "uno cree más fácilmente a los testigos que se hacen matar".

Santo Domingo no tuvo la felicidad de verter su sangre por Cristo. Mas él lo deseó ardientemente. Varias veces durante su apostolado en Languedoc, creyó que los herejes le darían esta joya tan deseada. Un día, como él permaneciera tranquilo delante de las peores amenazas, "¿no tienes miedo de la muerte?, le preguntaron los herejes atónitos; ¿qué harás si nosotros nos apoderamos de ti?" El les dirigió esta sublime respuesta: "Yo os suplicaría que no me dierais muerte de un solo golpe, sino quitándome los miembros uno a uno para prolongar mi martirio; yo os pediría que me redujerais a nada más que un tronco sin miembros, yo os pediría me arrancarais los ojos, y rodar entre mi sangre antes de morir, a fin de conquistar una más bella corona de mártir." Si sabía de un pueblo en donde su vida podía estar

en peligro, se apresuraba y lo atravesaba cantando. Mucho mejor si estaba muy fatigado; se tendía a lo largo del camino y dormía.

Un día, entre Prulla y Fanjeaux, los asesinos lo esperaban, emboscados en un camino cruzado. Domingo lo sospechaba y parte muy alegre. Pero cuando ellos le vieron acercarse intrépido y alerta, comprendieron que con darle muerte apenas conseguirían colmar su mayor felicidad, y renunciaron a su proyecto: "¡Qué tontos, se dirían ellos, hacerle el juego! ¿No sería hacerle un servicio y satisfacer sus más vivos deseos?"

Los hijos han sido más afortunados que su padre. Por millares han tenido la felicidad de morir por Cristo.

La Orden no tenía todavía diez años de existencia cuando ya había dado testimonio de su sangre. Fueron los herejes quienes comenzaron a procurarle esta gloria. La generosidad de los predicadores para dirigir la lucha contra la herejía, según las indicaciones del Papado, les valió ser perseguidos con furia por todo aquel que entonces trabajaba con el fin de destruir la sociedad cristiana. Numerosos fueron los mártires. Cayeron de todos los lados: en Francia, en Italia, en España, en Hungría, en Austria, en Dalmacia, en Bohemia, en todo Europa, la sangre dominicana corrió a raudales.

De su lado, los bárbaros se dedicaron con saña a dar a los hijos de Santo Domingo la suprema felicidad que ambicionaban. De manera muy especial en

los países de misiones, donde Cristo fue glorificado por la sangre de los predicadores. Desde 1226 los Beatos Domingo y Alberto son martirizados en los países balcánicos; en 1242 el Beato Pablo con sus noventa compañeros; en 1261 doscientos frailes en Egipto; durante el mismo tiempo un centenar de frailes en Tartaria; en 1260 en Sandomir, el Beato Sadoc y sus cuarenta y ocho compañeros. Su muerte es célebre en la Orden. Una noche después de maitines, el lector acababa de abrir el martirologio cuando de pronto vacila desconcertado, los ojos fijos sobre la primera línea, escrita en letras de oro: *Sandomiriae passio quadraginta novem martyrum* (1). Los frailes quedan estupefactos. Se revisa el libro: ¡estaba escrito! El fraile Sadoc arrebatado exhorta a sus hijos a morir con valor y todo el día siguiente las cuarenta y nueve víctimas señaladas por la Providencia se preparan para el sacrificio. En efecto, al día siguiente los tártaros se apoderan de la ciudad. Era en la noche, después de completas. Siguiendo el uso de la Orden, los predicadores cantan la "Salve Regina". Los tártaros penetran en la Iglesia y los asesinan. Su último grito fue un grito de esperanza y de amor a la madre de Dios: *¡Spes nostra, Salve!*

Después de esto, en casa de los predicadores, cada vez que un religioso se acerca a sus últimos momentos, los frailes se reúnen en torno de su cama para cantar dulcemente la Salve Regina, el canto de la confianza que le adormece en los brazos de Nuestra Señora, Reina y Madre de la Orden.

Lejos de desalentarlos, estos hechos excitan el ar-

(1) La pasión de los 49 mártires de Sandomir.

dor apostólico de los hijos de Santo Domingo. Un insaciable deseo de sufrir por Cristo los empuja hasta el confín del mundo. Era lo que los impulsaba a solicitar el permiso de partir para los campos más peligrosos, si bien los superiores generales y los Papas mismos trataban de moderar este deseo de martirio.

Nosotros, desafortunadamente, hemos perdido los nombres de gran número de estos felices predicadores; pero sabemos que ellos fueron muy numerosos. Apenas un siglo después de la fundación, el Capítulo General de Valencia ordenó el censo de nuestros mártires; entre los años de 1234 a 1335 los conventos enviaron 13.270 nombres.

¡Trece mil doscientos setenta mártires dominicanos en el espacio de cien años!

Esto no es, sin embargo, sino el principio. A todo lo largo de los siglos XIV y XV, los herejes y los bárbaros por su odio al verdadero Dios continuaron inmolando a los predicadores. Más tarde aún, cuando el protestantismo desencadenó la guerra religiosa sobre las naciones cristianas y el descubrimiento de las Indias ofreció un nuevo campo de apostolado a los misioneros, el número de mártires se multiplicó gloriosamente. "Había entonces, dice el padre Lacordaire, entre los dos mundos una lucha en la que la sangre dominicana se derramaba abundantemente. Los protestantes la hacían verter a torrentes en Europa. En América, en Asia y en Africa la ofrecían en sacrificio por otros errores. Jamás la Or-

den de Santo Domingo había presentado un mayor espectáculo. No habría creído posible que un número tan pequeño de hombres pudiera hablar tantos idiomas, ocupar tantos lugares, dirigir tantos asuntos y derramar tanta sangre."

Cuando un Capítulo General de esta época ordenó un nuevo censo de los mártires, se contaban más de veinte y seis mil de ellos. Pronto se multiplicaron con tal abundancia en Europa y en los países de misiones que otros dos Capítulos Generales declararon que se debería renunciar a tener una lista completa de ellos.

Y no obstante, poco más tarde, Santa Teresa anunció después de una visión una nueva era de mártires dominicos: "Cuando estaba orando, cercana al Santo Sacramento (cuenta ella en su *Vida)*, me apareció Santo Domingo con un libro grande entre sus manos, me mandó leer en éste ciertas palabras escritas con mayúscula y yo leí estas palabras: *En los tiempos venideros, esta Orden florecerá y habrá muchos mártires.*"

La profecía se ha realizado: desde Santa Teresa la Orden ha dado otros miles de mártires a la Iglesia.

En el curso de los siglos XVII, XVIII y XIX en todo el mundo la sangre dominicana ha vuelto a derramarse a torrentes: en Francia, en Irlanda (2), en Inglaterra, en Flandes, en los Países Bajos, en Polo-

(2) La Sagrada Congregación de Ritos ha declarado en 1917, venerables a 107 mártires dominicos de la Provincia de Irlanda los que se espera pronto ver sobre los altares.

nia (3), en Rusia, en Lituania, en las islas del Archipiélago, en Armenia, en Algeria, en Etiopía, en el Zambeza, en el Monomotapa, en Madagascar, en Santo Domingo, en Guadalupe, en Chile, en el Perú, en Vera Paz, en Méjico, en la Filipinas, en las islas de Sonda, en Timor, en la isla de Ende, en la costa de Malabar, en Siam, en Tonkín (4), en Annam, en Formosa, en China, en el Japón (5).

Gracias a Dios no hay país en el mundo entero en que los predicadores no hayan regado su sangre. Y todo deja esperar que la Providencia seguirá otorgándoles la dicha de poder dar el supremo testimonio del amor: no hace mucho que veintisiete hijos de Santo Domingo fueron crucificados en China y Pío X durante los once años de su Pontificado ha colocado en los altares 53 mártires dominicos.

Al pensar que por una bondad enteramente gra-

(3) De 1648 a 1672 la sola Provincia de San Jacinto dio 444 mártires a la Iglesia.

(4) Actualmente la Sagrada Congregación de Ritos instruye la quizás más grandiosa causa de beatificación que haya sido introducida jamás: la causa de 1742 hijos de Santo Domingo martirizados en Tonkín.

(5) La Orden dio a la Iglesia: el primer mártir de América, el Beato Francisco de Córdoba; el primer mártir del Perú, el Venerable Vicente de Valverde; los primeros mártires de Vera Paz, los Venerables Domingo de Vico y Andrés López; el primer mártir de China, el Beato Francisco de Capillas; el primer mártir de Formosa, el Venerable Francisco de Santo Domingo; el primer mártir de Siam, el Venerable Jerónimo de la Cruz; el primer mártir francés del Japón, el Beato Guillermo Courtet.

tuita de Dios llegó a ser hermano de tantos santos, gloriosos o desconocidos, cuyos méritos le llevan y arrastran, el fraile predicador siente afirmado su coraje y le parece que su alma se extiende.

¿Le será posible dejar que se extinga el recuerdo de los antepasados?

Mas he aquí que ese recuerdo siempre activo, sin cesar traído a la memoria por sus obras y los lugares donde ellos vivieron, elevan al hombre más mediocre por encima de sus miserias y lo levantan a las regiones del heroísmo. Este recuerdo impone un deber y obliga al mérito; su fuerza obliga a la fuerza; la santidad de los padres decreta la santidad de los hijos. Por aquel recuerdo, el más humilde de los religiosos siente que hace parte de una Orden, o sea de una sociedad regida por leyes sobrehumanas, enriquecida por una tradición inagotable, animada por un aliento espiritual.

Cada generación entregó a la siguiente una tradición siempre más rica en virtud y en verdad. Sacamos nuestras fuerzas de un tesoro acumulado por millares y millares de predicadores que, por espacio de siete siglos, consumieron su vida en la práctica de la fuerte disciplina regular y en las labores apostólicas. Nosotros vivimos de ellos. El fraile predicador no tiene que buscar lecciones y una fórmula de vida. ¿Qué otra regla, si no la propia, podría procurarle más el sentido de la grandeza cristiana? ¿Qué historia, si no la historia de sus padres, podría hacerle comprender más la fecundidad del sacrificio religioso,

excitar su celo y hacer nacer en su corazón las más nobles ambiciones?

Tenemos una tradición, vivimos envueltos en recuerdos: esta es nuestra fuerza. ¿Qué convento no puede citar un nombre ilustre, una lista de nombres ilustres? Santos vivieron en nuestras celdas; los mártires se hicieron allí dignos de su sacrificio; nosotros podemos recoger ahí su espíritu. Si se recuerda, el fraile es testigo de grandes vidas. Si mantiene su alma en atención oye cómo surgen de los claustros donde medita, no recuerdos estériles, sino enérgicos llamamientos, perpetuo reproche a cuantos despreciaron las voces amadas de los grandes predecesores: ¡Síguenos, hijo de nuestro espíritu! ¡Recoge nuestra herencia, aumenta el honor de nuestro nombre!"



Proyecto del monasterio y templo de Santo Domingo que actualmente se construyen en uno de los sitios mas bellos de Bogotá (Colombia).



Proyecto del Colegio Apostólico de la Orden de Santo Domingo, cuya construcción se adelanta en Bogotá (Colombia).

LOS DOMINICOS EN COLOMBIA

Por FRAY ALBERTO E. ARIZA S., O. P.

"Ningún hombre, después de los Apóstoles (escribe el padre Ravignan, S. J.), había podido contemplar en tan breve espacio de tiempo una creación más bella, un fruto más hermoso para su autor y para su corazón como Santo Domingo de Guzmán al echar los fundamentos de la gloriosa Orden de Predicadores."

Efectivamente, la Orden Dominicana nació gigante. Cinco años después de fundada, en el segundo Capítulo General celebrado en Bolonia bajo la presidencia del mismo Santo Patriarca, en 1221, se decretó la erección de ocho Provincias, entre ellas la de Inglaterra con todas las Islas Británicas; y en 1228 se erigieron cuatro más, entre ellas la de Dacia con los países escandinavos.

Del norte de Noruega, acompañando a los exploradores marinos, pasaron bien pronto los dominicos a Groenlandia, tierra del futuro continente americano, adelantándose más de un siglo al viaje de Colón. En 1381 los navegantes Nicolás y Antonio Zeno visitaron el convento dominicano de Santo Tomás, de Groenlandia, y describieron con lujo de detalles la vida de los religiosos en aquellas latitudes. (Puede verse el relato en la obra de Rodolfo Cronau "América, historia de su descubrimiento desde los tiempos primitivos hasta los más modernos", t. III, ed. 3ª, pág. 190, Barcelona, 1892.) Juan Alzog y César Cantú

afirman lo mismo. El convento subsistía a principios del siglo XVII, cuando fue visitado por los holandeses.

Aquel foco de cristianismo irradió a Cristo en una vasta extensión: restos de su apostolado se han descubierto en las costas orientales del Canadá y de los Estados Unidos. Actualmente se exhibe en el Museo Nacional de Washington una piedra hallada en Kensington, Minnesota, que lleva una larga inscripción que principia así: "A. V. M. ab omni malo libera nos. 1362": "Dios te salve, Virgen María, líbranos de todo mal. Año 1362." En seguida se describe el viaje de treinta exploradores, ocho suecos y veintidós noruegos, que vinieron de Finladia.

Con razón gloríase la Orden de haber sido la primera en llevar la antorcha de la fe a los pueblos americanos, como lo afirma el Papa Clemente X en la bula de canonización de Santa Rosa de Lima.

Para perpetuar la gratitud al extraordinario apoyo de los dominicos a la empresa del descubrimiento, Colón bautiza con el nombre de Santo Domingo la isla Española y su capital; en la ciudad de la Vega, de la misma isla, canta su primera misa en 1510 Bartolomé de las Casas, quien, trece años después, habría de hacerse dominico llevado de la simpatía que causó en su ánimo la entereza sin vacilaciones con que los dominicos defendían a los naturales; crea luego el Derecho Internacional junto con su hermano Francisco de Vitoria; atraviesa catorce veces el océano para hacer la defensa de los aborígenes americanos,

hasta cuajar su criterio en las Leyes de Indias, a pesar de la violenta oposición de poderosos adversarios: aquel fraile, "figura sublime, la mayor de las que se levantan en la vasta escena del mundo al inaugurarse con los descubrimientos oceánicos la época colonial, la única igual en magnitud a las de los mayores descubridores, descubridor él mismo de un vastísimo y bellísimo continente moral, y más admirable y venerable por eso que ningún otro" (1) es la personificación del espíritu de verdad y de justicia de la Orden Dominicana, protectora infatigable de los derechos de las naciones vencidas en el Nuevo Mundo.

En 1510 arriban a la isla de Santo Domingo los padres Pedro de Córdoba, Antonio de Montesinos, Bernardo de Santo Domingo y un hermano. En 1512 el padre Francisco de Córdoba y el hermano Juan Garcés desembarcan en la costa venezolana de Cumaná, y sufren el martirio en 1514, dando a la Orden la gloria de que sus hijos sean los primeros mártires de América; en 1515, una nueva misión de dominicos continúa la peligrosa empresa y dan la vida por la fe en 1520; entran a Panamá en 1522; al Perú en 1522; a Méjico en 1526; a Centro América en 1529; a Chile en 1535; a Argentina en 1550; a la Florida en 1553. Desde el Canadá hasta Patagonia no hay región cuyo suelo no haya sido regado con el sudor y la sangre de los dominicos. "América pertenece a los dominicos por derecho de conquista", ha escrito acertadamente un autor agustiniano.

(1) Gonzalo de Reparaz, prólogo a la "Historia de las Indias" por Fray Bartolomé de las Casas.

PRIMEROS MISIONEROS EN COLOMBIA

El primer religioso dominico que pisó el actual territorio colombiano fue el padre fray Vicente de Peraza, en 1522, como obispo de Santa María la Antigua del Darién. En febrero de 1529 llegó a Santa Marta la primera expedición de misioneros, compuesta de veintiún sacerdotes dominicos. Como primeros heraldos del Evangelio en nuestra patria, sus nombres son dignos de eterna memoria:

Fray Tomás Ortiz, superior de la misión, protector oficial de los indios, primer obispo de Santa Marta en virtud del patronato real; fray Jerónimo de Loaiza, segundo obispo de Cartagena; fray Gregorio de Beteta, obispo electo de Cartagena; fray Juan Méndez, obispo de Santa Marta; fray Domingo Salazar, primer obispo de Filipinas; fray Domingo de las Casas, capellán de Jiménez de Quesada, confundador de Bogotá, celebrante de la primera misa en la altiplanicie andina y en la fundación de Bogotá, padre de la cristiandad en el Nuevo Reino de Granada; fray Juan de Aurrez; fray Agustín de Zúñiga; fray Rodrigo de Adada; fray Martín de Trujillo; fray Bartolomé de Ojeda; fray Pedro de Villalba; fray Pedro Zambrano; fray Gaspar de Carvajal, capellán de Francisco de Orellana en el descubrimiento del Amazonas; fray Martín de los Angeles; fray Bartolomé de Talavera; fray Tomás de Mendoza; fray Juan de Osio; fray Francisco Martínez; fray Pedro Durán y fray Juan de Montemayor.

Todos ellos fueron varones eminentes en ciencia

y en virtud, héroes apostólicos cuyos hechos quedaron escritos con caracteres inmortales como fundadores del cristianismo y mensajeros de la civilización. Sesenta y dos años más tarde, todavía algunos de ellos predicaban el Evangelio en diversas partes de América y Oceanía.

MISIONES

Con la llegada de los primeros dominicos a nuestro territorio se inicia la lucha por implantar la civilización cristiana en esta porción del continente americano. Fue una empresa titánica que sólo un heroico amor a Dios y a las almas pudo sostener y llevar al extraordinario y pasmoso éxito que registró.

Periódicamente llegaban de España misiones más o menos numerosas que iban penetrando en el vasto y desconocido país. Toda la costa atlántica, desde Maracaibo hasta Panamá, los actuales departamentos del Chocó, Bolívar, Atlántico, Magdalena, Boyacá, Santander del Sur y del Norte, Cundinamarca, Tolima, Huila, gran parte de Antioquia, Caldas, Cauca, Valle del Cauca y Nariño, las intendencias de la Goajira y el Meta; Casanare, Arauca, Vichada y Putumayo, recibieron de los dominicos la luz de la religión antes de terminarse el siglo XVI. Parece increíble! Para poderlo apreciar en su justa realidad hay que trasladarse a aquellos tiempos, sin medios de comunicación, en lucha contínua con las tribus salvajes y las fieras, en oposición casi siempre con los conquistadores, en un país desconocido y lleno de inmensos peligros! Tan heroicos hechos nos revelan

el temple de aquellos varones, verdaderos hijos del varón apostólico que fue Santo Domingo de Guzmán!

A los conquistadores se rinden homenajes, se erigen estatuas: pero casi nunca se tiene en cuenta que sus admiradas hazañas tuvieron éxito, gracias, en muchas ocasiones, al aliento que los misioneros les infundían en las horas de abatimiento y desorientación; recordemos solamente que si Jiménez de Quesada descubrió el Nuevo Reino de Granada, y si Francisco de Orellana navegó todo el Amazonas, a la intrepidez de sus capellanes Domingo de las Casas y Gaspar de Carvajal lo deben.

El más ilustre de los misioneros de Colombia fue San Luis Beltrán, apóstol de la costa atlántica y del bajo Magdalena, elegido y confirmado prior del convento de Santa Fe de Bogotá. Los portentosos hechos de su vida lo colocan entre los mayores taumaturgos de la Iglesia.

LA PROVINCIA DOMINICANA. CONVENTOS

En 1551 el Capítulo General de Salamanca decretó la erección de la Provincia de San Antonino, señalándole el territorio de las actuales repúblicas de Colombia y Venezuela. Como Congregación dependiente del Perú figuró hasta 1558, en que, con fecha 28 de julio, el Reverendísimo Padre General Justiniani nombró Vicario General al padre José Robles por seis años; el Capítulo General de Aviñón, 1561, comisionó al General para que designara el primer provincial; en 1567, el maestro de la Orden la declara formalmente erigida con autoridad de nuestro gran Pontífice San Pío V.

Tenía ya entonces la Provincia los siguientes diez y siete conventos:

Santo Domingo, de Santa Marta (1529); San José, de Cartagena (1539); Santo Tomás, de Tocaima (1544); Vélez (1549); Santísimo Rosario de Santa Fé de Bogotá (1550); Santo Domingo, de Tunja (1551); San Sebastián Mártir, de Popayán (1551); Santo Domingo de Ibagué (1555); Nuestra Señora del Rosario, de Valledupar (1563); San Antonio de Padua, de Pamplona (1563); San Sebastián Mártir, de Mariquita (1565); San Pedro Mártir, de Guatavita (1566); San Jacinto, de Ubaque (1566); San Vicente Ferrer, de Tocarema (1566); Santo Domingo, de Tolú (1567); San Vicente Ferrer, de Mérida (Venezuela) (1567); Santo Tomás de Aquino, de Muzo (1567).

Cada convento era un centro de misiones. Posteriormente, hasta la exclaustración, se fundaron los siguientes:

San Pedro Mártir, de Toro (1573); Santo Toribio, de Pasto (1575); Santo Domingo, de Buga (1575); Cali (1575); Santo Domingo, de Ríohacha (1587); San Vicente Ferrer, de Santa Fe de Bogotá-Fucha (1609); Santo Ecce-Homo (1620); Nuestra Señora del Rosario, de Chiquinquirá (1636); Santa María Magdalena, de Mompox (1644); San Pedro Mártir, de Pueblonuevo (1664); Nuestra Señora del Rosario de las Aguas, de Santa Fe de Bogotá (1670); San Martín de Porres, de Leiva (1855).

ARZOBISPOS Y OBISPOS

Indice bien claro de la pujante vitalidad de la Orden y de la influencia que ejerció en la marcha y orientación de los intereses espirituales y culturales

de la república, es el gran número de sus hijos que fueron honrados con la dignidad episcopal. Sin contar los que fueron preconizados pero que no llegaron a ejercer, regístranse cinco arzobispos de Bogotá, nueve obispos de Cartagena, dos de Popayán, siete de Santa Marta, uno (el primero) de Santa Fe de Antioquia, uno (el segundo) de Santa María la Antigua del Darién, uno de Chiapas (México), dos de Mérida (Venezuela) y seis de Panamá. La Orden ocupa en Colombia el primer puesto por el número de prelados tomados de sus claustros.

LABOR DOCENTE

"No fue el gobierno quien dio los primeros pasos para la difusión de las luces en nuestro país. Fueron los frailes dominicanos" (Juan Pablo Restrepo, "La Iglesia y el Estado en Colombia", cap. VII). "El primero que pensó en fundar un colegio en este reino fue el obispo (dominico) de Cartagena fray Jerónimo de Loaiza... Pidió y obtuvo del rey la licencia, pero su traslado a Lima en 1542 le impidió realizarlo" (Vergara y Vergara). "No podrá negarse que las primeras luces del saber que rayaron en las colonias españolas se debieron a los religiosos dominicos" (J. M. Groot).

Lo anterior es tributo justo a la verdad. La primera escuela que hubo en Santa Fe de Bogotá, la establecieron los dominicos en su convento en 1563. Esto mismo acaeció en las demás ciudades y pueblos fundados por los dominicos: cada convento, cada residencia tenía una escuela gratuita, por largo tiem-

po el único centro cultural que existió; por eso el emperador Carlos V, por cédula de 8 de enero de 1551, manda a la Real Audiencia de Santa Fe de Bogotá que obligue a los indios a llevar a sus hijos a los conventos de Santo Domingo para que los religiosos los eduquen.

Los conventos de Bogotá, Tunja y Cartagena, fueron erigidos desde sus principios en estudios generales o universitarios, a los que concurrían no sólo los religiosos de la Orden sino también los demás eclesiásticos y los seglares.

La escuela de Santa Fe de Bogotá, abierta en 1563 con estudios primarios, tuvo ya en 1571 cátedras de artes (o filosofía) y teología: en 1573 ya fue un colegio formal bajo el patrocinio de Santo Tomás de Aquino. El fundador de Bogotá, para premiar y estimular el noble y hasta entonces único esfuerzo por la cultura de la ciudad y del reino, cedió su biblioteca al coelgio y fundó una capellanía para la celebración anual de la fiesta del Angélico Doctor.

En el mismo año de 1573, debido a la actividad del padre Juan Méndez, el rey Felipe II pedía informaciones para erigir en universidad el colegio de Santo Tomás; en 1580 el Papa Gregorio XIII expidió la bula haciendo Universidad Pontificia los estudios del convento, con todos los privilegios de costumbre.

La universidad se organizó con cátedras de humanidades (literatura, ciencias naturales, etc.), artes (filosofía), teología, derecho canónico y civil, y medicina.

Una síntesis como la que estamos haciendo no permite reseñar los sabios profesores que dieron lustre a los claustros de la primera univeridad de nuestra patria; y menos dar cuenta de las obras que escribieron sobre filosofía, teología dogmática y moral, derecho, ciencias naturales, historia, filología, etc.; algunas de ellas se imprimieron en Europa hasta cuatro veces y se tradujeron al italiano; varias vieron la luz pública en España y otras muchas se perdieron. En filología ocupa el primer lugar el padre Bernardo Lugo, uno de los muchos dominicos peritos en las lenguas aborígenes.

En 1694 tenía la Provincia veintisiete maestros en sagrada teología.

Grande honor hizo a su nombre el ilustre instituto dominicano; durante la Colonia y parte de la república, fue fanal poderoso que iluminó los ámbitos del Nuevo Reino de Granada, y al par de los colegios Mayor del Rosario y de San Bartolomé, fragua donde se forjaron los fundadores y libertadores de la patria.

En 1853 "El Catolicismo" informaba que "este establecimiento, sostenido por el ilustre patriotismo de los religiosos de Santo Domingo, y por la eficaz cooperación del apreciable doctor Pascual Sánchez, es uno de los pocos planteles de educación que han quedado en la capital de la república, después de la destrucción casi completa de este ramo, hecha por la nueva democracia".

El 5 de noviembre de 1861 terminó la gloriosa y

meritoria vida del plantel con el asalto al convento y el destierro de los religiosos decretado por el gobierno. Ochenta y tres años después habría de resucitar el colegio de Santo Tomás en Santa Fe.

Los dominicos han fundado, regentado o apoyado eficazmente los siguientes colegios:

BOGOTÁ. *Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario,* fundado por el gran arzobispo dominico fray Cristóbal de Torres, y regentado por los dominicos durante los trece primeros años. En sus claustros alienta el espíritu de Santo Tomás que su fundador le imprimiera. *Liceo Frassati,* fundado en 1942 en nuestra residencia de Marly, y regentado durante sus dos años de vida por el reverendo padre fray Pablo E. Acebedo.

CHIQUINQUIRÁ. *Colegio del Sagrado Corazón,* fundado por el muy reverendo padre fray Saturnino Gutiérrez en 1865, en asocio del insigne literato Enrique Alvarez Bonilla; trasladado en 1872 a Leiva, donde duró cinco años en el antiguo convento de San Agustín. *Colegio de Nuestra Señora de Chiquinquirá,* abierto en el edificio del convento por los padres dominicos para suplir la clausura temporal del colegio de Jesús, María y José; funcionó durante los años de 1897 y 1898, bajo la regencia del padre fray Vicente María Cornejo. *Colegio de Nuestra Señora del Rosario,* fundado por el reverendo padre fray Domingo Roa, y puesto bajo la dirección de los hermanos de las Escuelas Cristianas, de 1901 a 1906. *Colegio de Jesús, María y José,* fundado por los sacerdo-

tes Antonio Paniagua, Agustín Matallana y Juan Andrés Bermúdez. Su primer vice-rector fue, en 1826, el padre Tiburcio Rojas. El párroco de Chiquinquirá, como presidente de la Junta de Patronos por estatuto de fundación, se ha distinguido siempre en la defensa de los intereses del plantel. Varias veces se ha atentado contra la autonomía del colegio; otras tantas los dominicos han salido a la defensa con todo éxito. Muchos religiosos de la comunidad han sido sus rectores y profesores.

COROZAL. En esta importante ciudad del departamento de Bolívar fundó y regentó durante varios años un colegio el padre fray Tomás Sánchez, de uno de los conventos de la costa atlántica. Enseñó, entre otras asignaturas, filosofía y latín. El padre Sánchez murió allí en 1845.

FACATATIVÁ. El padre fray Tomás Posada fundó en esta ciudad y regentó por cuatro años un colegio después de la exclaustración de 1861.

NUNCHIA. En esta población de los Llanos de Casanare, el padre fray Jacinto Higuera, ayudado de su hermano Moisés Higuera, después obispo, tuvo un *seminario de misiones* en 1882.

SOGAMOSO-LABRANZAGRANDE. El padre fray Raimundo Yori abrió el 15 de enero de 1865 el *Colegio de la Independencia,* en Sogamoso. En 1867 lo trasladó a Labranzagrande (2). En 1874 pasó nuevamente a Sogamoso.

---

(2) Una crónica de "La Caridad, enero 18 de 1867, dice: "En este colegio hay alumnos internos y externos, y las ense-

TUTA. En esta población boyacense regentó un colegio a fines del siglo pasado el padre fray Miguel Rodríguez; uno de sus alumnos fue el señor Leonidas Medina, obispo de Pasto y de Socorro y de San Gil.

SAN ANDRÉS. En esta importante ciudad de Santander regentó un colegio el padre Calixto Belver a fines del siglo pasado. Falleció el padre Belver de párroco de Chocontá.

ZAPATOCA. *Colegio de Santo Tomás de Aquino,* fundado en 1913 y regentado por los padres dominicos hasta 1930 inclusive con éxito muy satisfactorio.

RUBIO (Venezuela). *Colegio de María Inmaculada.* En 1926 fue fundado este colegio por los padres dominicos; en sus claustros se han formado casi todos los hombres que hoy sobresalen en la vecina república.

HEROES DE LA LIBERTAD

Los dominicos merecieron bien de la patria por el entusiasmo con que abrazaron la causa de la independencias. Fray Ciriaco Archila, portero de Santo Domingo de Bogotá, compuso las estrofas que enardecieron los ánimos de los comuneros del Socorro; el padre fray Simón Archila educó en los Llanos del

---

ñanzas comprenden: instrucción religiosa, idiomas latino, francés, inglés, alemán e italiano, música vocal e instrumental, dibujo lineal de perspectiva y paisaje, matemáticas, filosofía intelectual, literatura, historia, nociones elementales de agricultura, minerología, química y derecho canónico, teología, historia sagrada y eclesiástica, etc."

Apure y Barinas al después famoso general José Antonio Páez; fray Mariano Garnica, después primer obispo de Santa Fe de Antioquia, firmó el acta de independencia del 20 de julio de 1810; los dominicos de Chiquinquirá cedieron generosamente el dinero y las alhajas de la Virgen de Chiquinquirá en 1815 para la guerra de la independencia, "colocándose así en el rango de los más distinguidos servidores de la patria" (Gaceta Ministerial, 1815); muchos dominicos sufrieron el destierro en tiempo del exterminador Pablo Morillo; varios fueron capellanes del Ejército Libertador, entre ellos los padres Ignacio Mariño y Pablo Lobatón, quienes prepararon los batallones en los Llanos, acompañaron la gloriosa expedición y estuvieron presentes en la batalla de Boyacá. El padre Mariño lució el grado de coronel.

LA EXCLAUSTRACION

Tantos servicios en favor de la formación y de la liberación de la Patria no fueron tenidos en cuenta cuando en 1821 empezaron a expedirse las leyes contra las comunidades religiosas, en virtud de las cuales muchos conventos fueron suprimidos y sus bienes incautados por el gobierno. Y aunque el Libertador quiso en 1828 reparar el agravio, ello no fue posible porque los políticos enemigos del Libertador eran ya muy poderosos; la ingratitud, unida a la impiedad, continuó su tarea devastadora que culminó en 1861 con la total destrucción de las comunidades religiosas.

LA RESTAURACION

El golpe contra la religión en el siglo pasado fue tan demoledor que sólo por un milagro de la Providencia Divina sobrevive nuestra comunidad en Colombia. Es el caso de repetir las palabras del padre Lacordaire, cuando después de varios años de ostracismo, llevó el hábito dominicano a Francia: "Aquí estamos de nuevo; no hemos podido menos porque somos los primeros vencidos por la vida que hay en nosotros; somos inocentes de nuestra inmortalidad, como la bellota que crece al pie de un viejo roble muerto es inocente de la savia que la empuja hacia el cielo."

Los frailes somos inmortales porque Dios cuida de nosotros; la racha desatada de tiempo en tiempo por los hombres podrá causar estragos, arrasará la frondosidad; pero no arrancará las raíces que se afirman en la eternidad de Dios. Quienes nos condenan a muerte verán nuestra bendición sobre su tumba.

El padre maestro fray Buenaventura García Saavedra, último rector de la Universidad de Santo Tomás, quien sufrió el destierro en los Llanos de San Martín, de 1861 a 1866, fue el predestinado por la Providencia para restaurar la familia dominicana en Colombia: el 20 de noviembre de 1881 logró restablecer la Comunidad de Chiquinquirá, cabe el trono de la Dulce Madre del cielo; luego se restauraron los conventos de Tunja (1903) y de Bogotá (1905); el reverendísimo padre fray Jacinto María Cormier declaró restaurada formalmente la Provincia en 1910.

ESTADO ACTUAL

Actualmente tiene la Provincia los tres conventos formales de Bogotá, Tunja y Chiquinquirá, y las siguientes residencias: Popayán, restaurada en 1933; Leiva, fundada en 1855; Santo Ecce-Homo, restaurada en 1940; Bucaramanga, fundada en 1944; Cúcuta, fundada en 1944; Rubio (colegio y parroquia), fundada en 1926; San Cristóbal (Venezuela), fundada en 1940. La Provincia tiene a su cargo las misiones del Alto Apure en Venezuela, fundadas en 1540 y restauradas en 1930; y las del Catatumbo, en Colombia, iniciadas en 1563 y restablecidas en 1944 bajo el patrocinio de San Luis Beltrán.

Una de las más hermosas realizaciones en esta etapa de restauración es el colegio de Santo Tomás de Aquino, restaurado en 1944 en magnífico edificio construído técnicamente para ello; ha sido aprobado plenamente por el gobierno, y está reputado como uno de los mejores de la nación por sus condiciones higiénicas y pedagógicas.

Obligada la comunidad a salir del centro de la ciudad capital a causa de la estrechez cada día más angustiosa que la imposibilitaba para desarrollar con éxito su misión doctrinal y apostólica, se ha empezado ya a construir el nuevo templo y el convento de Santo Domingo en uno de los sitios más hermosos de la ciudad. Allí serán instalados los estudios superiores de la Orden en Colombia en un edificio dotado de las comodidades necesarias y con espacio suficien-

te para facilitar la vida de estudio y de liturgia propia de la Orden Dominicana.

También se trabaja en la construcción de un edificio apropiado para el Colegio Apostólico donde los aspirantes puedan prepararse convenientemente para ingresar a la comunidad. Estará localizado en un sitio muy ameno, cercano a la capital de la república.

Con la confianza puesta en Dios, en la Santísima Virgen del Rosario y en Nuestro Padre Santo Domingo, esperamos que en días no lejanos nuestra comunidad reconquiste la posición que por derecho le corresponde en Colombia como civilizadora y orientadora del pensamiento y plasmadora de la cultura católica.

MONASTERIO DE LA SEGUNDA ORDEN

El monasterio de Santa Inés de Montepoliciano fue fundado en Bogotá en 1645. Hasta el siglo pasado gozó del magnífico edificio y templo construído por el arzobispo dominico fray Juan de Arguinao en 1677. La revolución despojó a las religosas de todo, el 7 de febrero de 1863. Unas fueron al destierro, a Cuba y a España; otras, ayudadas por el gran arzobispo Antonio Herrán, pudieron establecer la comunidad en una casa antigua de la calle 11, donde hasta el presente ha estado el monasterio con una vida de privación y de sacrificio que asombra a quienes de ello pueden darse cuenta. Actualmente son cuarenta y dos religiosas.

La Divina Providencia cuida visiblemente de esta comunidad dedicada al servicio del Señor en forma tan abnegada. El monasterio tiene la propiedad de la antigua iglesia de Santa Inés (calle 10 con carrera 10); la falta absoluta de recursos ha impedido la construcción de un monasterio que llene las condiciones indispensables.

CONGREGACION DE TERCIARIAS DOMINICAS DE SANTA CATALINA DE SENA

Esta congregación fue fundada en la Villa de Leiva el 18 de febrero de 1880 por el ilustre padre fray Saturnino Gutiérrez y por la reverenda madre Gabriela de San Martín de Porres. Cuenta hoy con más de trescientas cincuenta religiosas y treinta y dos casas en Colombia y dos en Ecuador. Se dedica a la educación de la juventud en colegios y escuelas, y al cuidado de los enfermos en hospitales y clínicas, y de huérfanos y desvalidos. El instituto está muy bien acreditado, y desde 1933 está aprobado definitivamente por la Santa Sede.

CONGREGACION DE TERCIARIAS DOMINICAS DE SANTA ROSA DE LIMA

Esta congregación fue fundada por monseñor Antonio Silva, obispo de Mérida en Venezuela, en 1903. En 1924, a petición de la superiora, fue agregada a la Orden Dominicana, y visten desde entonces el hábito dominicano. Tiene ocho casas y ciento treinta religiosas, todas en Venezuela, pero dentro del territorio de la Provincia de San Antonino, de Colom-

bia. Los padres dominicos de Colombia les han ayudado eficazmente en la organización de su vida dominicana.

HERMANAS DOMINICAS DE LA PRESENTACION DE TOURS

Tienen en Colombia dos Provincias muy florecientes, cuyas casas centrales están en Bogotá y en Medellín. Se dedican a los colegios, hospitales y clínicas, escuelas, orfelinatos, asilos de locas; trabajan también en las misiones de Casanare, y atienden seminarios y otras obras de beneficencia. Hay más de 200 casas.

HERMANAS NAZARENAS DOMINICAS

Fundadas en 1938 por el reverendo padre fray Eliécer G. Arenas y por la madre Sara Alvarado, para atender las necesidades de las muchachas del servicio doméstico; formación cristiana, atención en enfermedades o en la vejez, etc. Sirven a las comunidades de sacerdotes. Tienen seis casas y cerca de cincuenta hermanas.

TERCERA ORDEN SECULAR

En 1943 el muy reverendo padre fray Gabriel María Blanchet organizó la Hermandad de Santo Tomás de la Tercera Orden secular en Bogotá, con elementos profesionales y universitarios. Sus miembros son muy entusiastas por la propagación de la Orden y trabajan seriamente en imbuírse del espíritu dominicano. Una realización del apostolado doctrinal que han empezado a ejercer es la publicación de "Testimonio", revista mensual que ha tenido gran aceptación en los círculos intelectuales por la franqueza en afrontar los problemas actuales y en proponer las soluciones católicas.

CONCLUSION

A vuela pluma hemos esbozado la vida y la actividad asombrosa de los hijos de Santo Domingo de Guzmán en Colombia a través de cuatro siglos. La historia de tan prodigioso apostolado aún está por escribirse; los colombianos no saben lo que deben a estos religiosos muchas veces menospreciados y perseguidos. Todas las tribus, desde la costa atlántica hasta el Amazonas, y desde el Táchira, el Apure y el Orinoco al Pacífico, vieron llegar a esos mensajeros de veste blanca y negra; bajo su manto hallaron, con sorpresa, la protección que, vencidos y humillados, no esperaban encontrar ya bajo los cielos; fueron esos frailes los padres de su fe cristiana, los primeros en tratarlos como a seres racionales, redimidos con la sangre de Cristo, acreedores al respeto que merece la dignidad humana. Ellos presidieron las primeras ceremonias religiosas a la sombra de las selvas o en la abierta pampa, ayudaron a trazar las ciudades y los pueblos, sin exigir encomiendas para sí. Y cuando el conquistador, olvidando su carácter de cristiano, echaba mano de la violencia, los frailes no vacilaron en enfrentársele defendiendo con su cuerpo al infeliz indígena, paria en su propia tierra. Y atravesaron los mares repetidas veces para abogar ante los reyes por los desvalidos, y con la fuerza y la sinceridad de sus razonamientos confundieron a sus adversarios que consideraban a los naturales del nuevo continente como bestias, o a lo sumo les concedían la condición de esclavos por naturaleza,

para quienes no debía haber consideración alguna. El caribe, el motilón y el chibcha depusieron su coraje para oír el mensaje que por boca de los frailes blancos les enviaba un rey, cuyo imperio abarca la tierra, y bajo cuyo poder serán juzgados conquistadores y conquistados, blancos, cobrizos y negros, y a cuyo tribunal han de llevarse a revisión las justicias de los hombres.

Los ardientes valles del Magdalena y del Amazonas, del Cauca y del Apure, del Meta y del Chicamocha, los vieron enjugarse la frente en los días angustiosos de la conquista; las inaccesibles cordilleras les vieron detenerse para conseguir un descanso en la penosa marcha en busca de almas; les vieron acogerse a la sombra de un árbol para celebrar el augusto Sacrificio y predicar la palabra divina, sentarse en la cabeza disecada de un animal, en una piedra o en un tronco para oír la confesión del arrepentido, tomar el agua cristalina de cualquier fuente para bautizar a los neófitos. ¿Qué selvas, qué playas o qué llanuras no les conocieron? ¿Qué lengua no hablaron? ¿En qué llagas del cuerpo o del alma no pusieron su delicada mano? ¿Cuándo no mezclaron sus lágrimas con las del atribulado y perseguido?

Y mientras sin darse sosiego recorrían nuestras vastas regiones para abatir el imperio secular de la idolatría e iluminar con la antorcha de la fe a los pueblos sumergidos en las tinieblas y sombras de la muerte, sus hermanos en las aulas de Europa recogían los ecos de sus enseñanzas para concretarlas en te-

sis de firmeza inconmovible y levantar el monumento del Derecho Internacional que ampararía por siglos a la persona humana, sin distinción de razas ni color. Así los dominicos conquistaron un mundo para Dios y redactaron el Código de los Derechos Humanos, que sigue vigente ante los tribunales más altos del siglo XX, sin que las sutiles disquisiciones de los sabios modernos hayan hallado todavía fórmulas mejores que puedan suplantarlos.

LAUS DEO

INDICE

TERCERA PARTE

APENDICE

Se acabó de imprimir esta obra en los talleres de la Editorial A B C, en Bogotá, Colombia, el día treinta de agosto de 1948, fiesta de Santa Rosa de Lima, Terciaria Dominicana y Patrona de América.


EDICIONES CAN y ANTORCHA